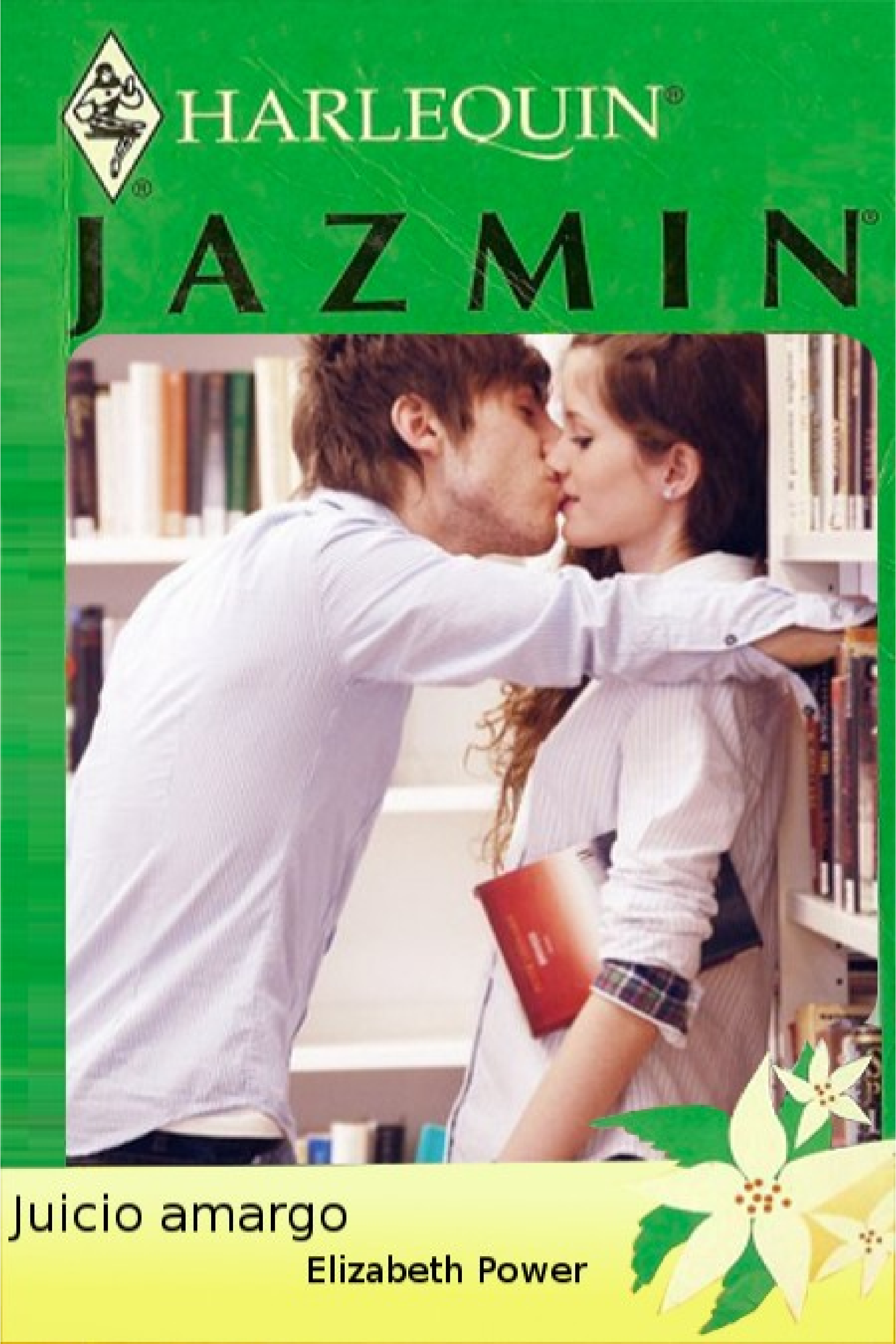


HARLEQUIN
JAZMIN
Juicio amargo
Elizabeth Power

Amándote de esta manera (1994)
En Harmex: Juicio amargo
Título Original: Bitter judgement (1988)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 993
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Colt Falloner y Raine Wellard

Argumento:

—Vaya, vaya… Raine Wellard —Colt pronunció su nombre como si le repugnara— ¿No es pequeño el mundo?

¡No era justo! Luego de seis años desde que este hombre había amenazado destruirla, ahora estaba a punto de ser su nuevo jefe, Ella volvió a Jersey decidida a rehacer su vida y nadie iba a detenerla… ni siquiera Colt Falloner, después de todo, Raine sólo tenía que decirle la verdad acerca del pasado y entonces podría disfrutar la venganza más dulce. Entonces, ¿por qué guardaba silencio?

NOTA: Publicada en Harmex como Julia 36-3 (1993)

Capítulo 1

Tan pronto como abrió las puertas de cristal, Raine sintió la tensión y excitación en la oficina de Channel Island esa mañana.

—Hubo un sacudimiento en la gerencia el fin de semana, Raine —informó la rubia recepcionista, limándose una uña—. La sustitución ya se llevó a cabo y tenemos nuevo director general. Y es una cosa que… ¡guau!

Era obvio que Sheila lo aprobaba, dedujo Raine con una sonrisa, imperturbable al descubrir que la nueva compañía al fin había ganado el control. Le habían advertido que eso pasaría cuando aceptó el empleo.

—Sin embargo, es mala suerte para ti, Raine —continuó Sheila desde su escritorio—, porque dicen que tiene el impulso de un pistón, la crueldad del diablo y, encima de eso, parece ser del tipo que no soporta ninguna tontería de nadie. ¡Y tú vas a trabajar para él!

—Gracias por la advertencia —rió Raine echando atrás sus rebeldes rizos de color castaño rojizo, sin permitir que los comentarios de la muchacha la preocuparan demasiado. Island Marine, según sabía, tenía buena reputación allí en Jersey, sus proyectos de desarrollos marinos eran lucrativos, tomaban en cuenta el medio ambiente y la chica consideraba que tenía suficiente experiencia como secretaria para poder manejar a los ejecutivos más difíciles.

Además, ella siempre trabajaba mejor bajo presión, reflexionó.

Tomó el ascensor en la recepción, aunque normalmente habría usado las escaleras para llegar a su oficina. Se acomodó la chaqueta de su traje verde de algodón antes de abrir confiadamente la puerta de su cubículo.

Una sensación de frío corrió por sus venas y un pequeño jadeo de sorpresa se le escapó.

—¡Colt!

El hombre miraba algo sobre el escritorio de Raine, y cuando aquellos penetrantes ojos de color café la observaron, la joven se estremeció imperceptiblemente. Aquellas fuertes y duras facciones estarían grabadas en su mente de por vida: el espeso cabello leonado que caía hacia un lado de su alta frente, la nariz arrogante, las

prominentes mejillas y mandíbula, así como la sensualidad de su boca firme y dominante. Pero los años habían añadido rigidez al mentón, una severidad a los ya cínicos labios y su mirada encontró la de ella con un odio tan profundo que por un momento, Raine quiso dar vuelta y echarse a correr. Pero no lo hizo. Había salido de Guernsey no sólo por un puesto con mucho mejores perspectivas de las que pudo soñar en su propia isla, sino también para alejar todos los fantasmas de una vez por todas. ¡Y si Colt Falloner todavía la despreciaba por lo que sucedió seis años atrás, ese era su problema, no de ella!

—Bien, bien… —comentó él con frialdad y odio, encubiertos bajo el rico timbre de su voz, y la hizo estremecer. Colt se detuvo a medio metro de ella; su fría inspección captó el pálido marfil de su piel, la naricilla pecosa, los labios perfectamente delineados y el inusual brillo retador de los ojos color esmeralda—. Raine Welland —pronunció su nombre como si le repugnara—. ¿No es un mundo pequeño?

¡Dios! ¿Qué capricho del destino, qué cruel coincidencia había decretado que él entre toda la gente, fuera la piedra angular de Island Marine?, se preguntó Raine desesperanzada. ¡Un hombre que seis años antes había amenazado destruirla!

—Colt, yo…

No supo qué estuvo a punto de decir. No pudo expresarlo porque la oscura intensidad de los ojos de él la dejó sin habla. Con una escalofriante crueldad, esa mirada parecía despojarla de su confianza arduamente ganada, de su compostura y, lo más desconcertante, de su ropa… Recorrió con insolencia sus generosos y altos senos, su pequeña cintura y la suave curva de sus caderas hasta sus esbeltas piernas, con la intención evidente de avergonzarla.

Él notó el rubor en los pómulos de Raine y su boca se curvó con fría burla al saborear su incomodidad.

—¿Cuántos corazones has roto, Raine? ¿Cuántas… *vidas* ha arruinado esa belleza traicionera desde la última vez que nos vimos? ¿Diez? ¿Veinte?

Era claro que él nunca creería que no había habido ninguna relación seria para ella desde la amarga experiencia que sufrió con el medio hermano de él, así que ni siquiera intentaría decírselo.

—¿Cuántos te gustaría que dijera, Colt?

Un músculo brincó en la dura mandíbula y al acercarse Colt un paso hacia ella, Raine sintió un apretón nervioso en el estómago.

—Eres toda una mujer, ¿verdad? —comentó él y en su mirada de desprecio Raine reconoció la fiera y elemental atracción del macho hacia la hembra. Se sorprendió cuando el pulso palpitó como respuesta. Y a través de sus embotados sentidos, lo escuchó decir—. Realmente has cambiado, Raine. No puedo negarlo. Aunque estaba allí, por supuesto, hace seis años… el embrión de ese encanto seductor… aun cuando no eras más que una escolapia. Pero entonces no tenías la confianza necesaria para quedarte y enfrentarme, ¿verdad, Raine?

No, aceptó ella con la garganta seca. Fue ese último encuentro con él lo que la había hecho alejarse. Ella era entonces una tímida muchacha de dieciocho años asustada y acobardada por él.

—*Fue* hace seis años —enfatizó ella con cansancio, pero la fatigada nota en su voz sonó más como aburrimiento, se dio cuenta al ver endurecerse la boca de Colt.

—Y ese lapso, por supuesto, lo hace más fácil para tu conciencia.

La dureza de su tono le trajo ese antiguo y familiar miedo que continuaba vivo en ella, pero por su propio bien estaba decidida a no permitir que Colt lo supiese. Sus ojos verdes brillaron al responder:

—Te dije entonces que había razones… buenas razones para lo que hice.

La hostilidad relampagueó en las atormentadas profundidades de los ojos de Colt y un odio implacable hizo que Raine se humedeciera los labios y diera instintivamente un paso atrás.

—¿Qué razón pudo ser tan buena para dejar plantado a mi hermano dos semanas antes de la boda? —inquirió con tan fría reserva que la hizo estremecerse—. Él estaba loco por ti y lo sabías… sin embargo, lo dejaste sin más. Rompiste con tanta maldad que él no supo lo que hacía… perdió el control de ese auto.

—Eso no fue culpa mía —respondió ella defendiéndose—. Él…

—¿No fue tu culpa? —había un áspero escepticismo en la voz de Colt. Avanzó hacia ella con las manos descansando sobre sus esbeltas caderas, haciendo que su camisa se estirara sobre su pecho, enfatizando el oscuro triángulo de vello bajo ella, la superlativa condición de sus duros músculos y de la estrecha cintura—. Por causa tuya, Tim llegó tan borracho esa noche que golpeó de frente el coche

de Stephanie. Mi esposa está muerta. Mi hijo no tiene madre. Y mi hermano está inválido de por vida… ¡todo porque tu voluble mentecita cambió de idea! ¿Has considerado alguna vez cuánto sufrimiento causó tu jueguito a una familia? Porque fue sólo un juego para ti, ¿verdad, Raine?

—¡Eso no es verdad! —exclamó ella. El sol que se infiltraba a través de la ventana panorámica hacía brillar su cabello como si fuera de cobre—. ¿Y no piensas que yo sufrí? —exhaló con incredulidad, pues el recuerdo ensombrecía sus ojos—. ¡Dios! ¡Lamento lo que sucedió! En especial a tu… esposa —encontraba difícil hablar de ello, aun ahora; todavía encontraba tortuoso aceptar la cruel realidad que trajo consigo el rompimiento de su compromiso. Sí, había sufrido su propia agonía después, conoció una inmensa culpa, si bien injusta, pero todo estaba en el pasado y no había manera de que Colt Falloner la intimidara ahora—. Por supuesto que lo lamento —murmuró enfáticamente—. Pero no me hago responsable por ello, Colt. Te lo dije entonces, pero no me escuchaste. Rompí con Tim porque descubrí que él estaba saliendo con otra persona.

Y nada pudo haber sido más cruel, pensó ahora, que atestiguar su infidelidad de primera mano. Pero, por supuesto, fue la palabra de él contra la suya…

La cínica boca se apretó y Colt declaró sin piedad:

—Sí, me dijiste —su respiración era pesada y una vena latía en su cuello—. Pero no esperabas que creyera eso, ni entonces ni ahora —él casi rió, aunque no había humor en sus ojos—. Y menos por el modo en que Tim reaccionó cuando se dio cuenta de que no ibas a casarte con él. Él negó la acusación y yo le creí. ¿Por qué no iba a hacerlo si Tim estaba hecho pedazos por ti? —sus ojos se convirtieron en dos ranuras de filoso acero—. Él tenía veintidós años y toda la vida por delante. Disfrutaba los deportes, Squash, cricket, rugby. Y ahora, por causa tuya, ¡todo lo que puede hacer es apenas caminar!

Colt se acercó peligrosamente a ella, haciéndola tragar saliva. Los senos de Raine se levantaban bajo su blusa blanca con cuello de encaje y ahora, debido a la cercanía, percibió el fresco y masculino aroma de su colonia.

—Hemos pasado por todo… hace seis años, Colt —pronunció con tranquilidad. La cercanía de ese cuerpo esbelto y duro, hacía que su voz temblara un poco—. Por supuesto, preferiste tomar partido por

Tim. Todo el mundo lo hizo. Si no hubieran… —encogió los hombros, buscando algo que le diera el coraje de enfrentar el odio amenazador de Colt—. Debió haber sido su nombre el que fuera manchado en los periódicos, no el mío.

Una sonrisa curvó la dura boca y una chispa surgió en los ojos de Colt. Con mucha suavidad, él dijo:

—Pero aun así regresaste.

La mirada de Raine se movió hacia la ventana, que ofrecía la vista de la marina y, más allá, la orilla dorada de la somnolienta playa calentada por el sol que formaba la bahía de St Aubin. Era demasiado pronto todavía para la muchedumbre de turistas que invadía la isla cada verano, así que había sólo unas cuantas personas tomando el sol y menos aún en el mar, porque el agua estaba fría.

—Sí, regresé —lo enfrentó ahora con su pequeña barbilla en alto, la espalda erecta y tratando de ignorar el hecho de que, aun con sus tacones altos, ni siquiera alcanzaba la mandíbula de Colt—. Entre ustedes los Falloner y los chismosos locales hicieron un buen trabajo al casi destruir mi reputación —se estremeció al recordar cómo, además de ser cruelmente lastimada y desilusionada, también estuvo asustada—. Pero yo era más joven entonces… demasiado sensible a lo que la gente pensaba de mí. Ahora… no me importa. He madurado mucho.

Una ceja rubia se alzó.

—Y —pronunció él con frialdad—, te quedaste corta.

Había un tono sensual bajo sus palabras; una apreciación abierta en los ojos de Colt hacía que su pulso se acelerara de nuevo. Raine apretó los labios, en un gesto inconsciente de rebeldía contra una primitiva atracción sexual… y el esbozo de una sonrisa tocó la boca de él, casi como si fuese consciente de las conflictivas emociones en el interior de Raine.

—¿Entonces… no debo esperar tu renuncia?

Raine respiró profundamente, tratando de recobrar la compostura y de no permitir que la sagaz mente de Colt adivinara la lucha interior por quedarse y enfrentarse a él de ese modo. Sabía que debía hacer lo que él sugería y renunciar en ese momento, dejar la isla e irse tan lejos como pudiera de Colt y de su ardiente desprecio. Pero su orgullo no se lo permitía. Después de huir de su furia amenazadora la última vez, le había costado meses recuperar la confianza para dejar

de nuevo el refugio de la granja de sus padres y conseguir un trabajo, aun en su nativa Guernsey. Pero lo logró. Trabajó en una sucesión de empleos, desde mecanógrafa hasta secretaria personal, obteniendo con el tiempo una segunda independencia al tener su propio apartamento. Igual que antes, sintió la necesidad de romper la sofocante y sobreprotectora relación con sus bien intencionados padres.

—No tengo intenciones de renunciar —respondió ella con suave resolución.

La cabeza de Colt se inclinó ligeramente y su boca se apretó, y sus ojos eran inescrutables mientras penetraban la suave profundidad verde de los de Raine.

—¿Aun cuando todavía sea mi intención destruirte?

La despiadada determinación de ese anuncio hizo que el cabello de la nuca de Raine se erizara, pero sostuvo la mirada de él en obstinado desafío y sólo un ligero temblor de su voz le dio a Colt un indicio de cuánto le temía al responder:

—Puedes intentarlo, Colt.

La indignación relampagueó en los ojos oscuros, mas fue controlada con rapidez y la boca de él se curvó en una sonrisa sardónica.

—No sólo lo intentaré, querida. Lo lograré.

Raine habría respondido con mordacidad, pero él se acercó demasiado y la amenazadora proximidad de su cuerpo, con su débil y elusivo aroma, le robó cualquier pensamiento coherente. Dejó escapar un débil sonido mientras la mano de Colt se deslizaba bajo la suave caída de sus mechones rojizos, moviéndose con deliberación bajo el escote de su blusa, y él sonrió con cruel satisfacción al observar el pequeño latido en el hueco expuesto de su cuello.

—¿Me tienes miedo, Raine?

Ella no contestó, su lengua parecía estar pegada al paladar. El estímulo de los dedos de Colt sobre su piel enviaba una carga eléctrica a través del cuerpo de la chica haciendo que cada uno de sus nervios respondiera. Sí, le tenía miedo, pero era esa oscura sexualidad suya lo que la asustaba más.

—Colt…

—Oh, no te preocupes, querida —había algo cortante en la riqueza de su voz—. Al contrario de las cicatrices de mi hermano, las tuyas no

serán visibles —su mano se movió para rodear el cuello de ella y el aliento quedó atrapado en el pecho de Raine. La gentil presión de su pulgar contra el pulso de la chica se convirtió casi en dolor.

Colt retiró su mano y expresó con aspereza:

—Si crees que cruzó por mi mente la idea de despedirte por ser quien eres, entonces olvídalo. Voy a hacer que te arrodilles antes de dejarte ir esta vez, Raine, así que la única manera en que estarás libre para escapar a tu castigo, es que dejes este trabajo por tu propia voluntad. Dudo que le dieras a Tim siquiera esa oportunidad.

¿Así que ahora quería la satisfacción de su renuncia? ¿Era eso lo que le estaba diciendo? Levantó la barbilla inconscientemente para exclamar con tonto valor:

—¡Nunca!

Un músculo se tensó en su mandíbula. Aparte de eso, las fuertes facciones de Colt eran inescrutables. Estaba a punto de decir algo, pero el teléfono sobre su escritorio sonó ruidosamente. Raine observó al hombre cruzar la habitación para tomar la llamada.

* * *

Con disgusto contra ella misma, se movió hacia la ventana. Un yatecito se movía por las azules aguas como un juguete a merced de los elementos, tan vulnerable como ella lo fue años antes. Tal vez, en parte, ella misma había contribuido a su propio daño, por ser dolorosamente ingenua. Pero al menos había salido de la experiencia con un escudo… una inmunidad emocional contra cualquier relación profunda con el sexo opuesto, una negativa a permitir que alguien se acercara a ella.

Probablemente esa era la razón por la que se sentía ahora tan sacudida por el fuerte magnetismo masculino de Colt. Y si él supiera la verdad nunca la creería. Nadie lo haría, pensó con un gesto de burla en los labios.

Levantando la vista, se sorprendió al verlo estudiándola y su boca se tensó mientras colgaba el auricular.

—¿Te divierte pensar en lo que hiciste a mi familia?

Consideró decirle que su familia era lo más alejado de su mente, pero lo pensó mejor.

—Estás cometiendo un grave error con tus acusaciones, Colt, pero tienes un criterio demasiado estrecho para darte cuenta —se volvió para verlo—. Cómo llegaste a ser tan importante en los negocios

teniendo una visión tan estrecha, nunca lo sabré.

Pudo darse cuenta por el modo en que los ojos de él se oscurecían, que su comentario lo había enfurecido.

—Bien, ya que mencionas los negocios, sigamos con eso, ¿no? —colocó su portafolios sobre el escritorio, abriéndolo para depositar un fajo de papeles en el interior—. Tengo una reunión con los directores de la compañía y quiero que vayas conmigo, así que necesitaremos las cuentas del año pasado, los registros de las deudas sobresalientes y las actas constitutivas.

Colt cambió de tema con tal rapidez que Raine se quedó aturdida por unos instantes… incapaz de asimilar que este alto ejecutivo era el mismo hombre que unos cuantos minutos antes prometió venganza. Pero ella era eficiente y estaba acostumbrada a vérselas con decisiones de último minuto a los niveles más altos, y segundos después reunía los papeles más importantes y lo seguía hacia el ascensor.

—Tomaremos el mío —indicó en el estacionamiento cuando ella se dirigía a su pequeño Fiat verde. Raine sintió un revoloteo de nervios en el estómago.

Por supuesto, era más simple que llevar dos autos, pero la idea de estar con él en un espacio tan confinado hacía que sus manos temblaran.

Con una fina ceja arqueada, lo observó abrir la puerta del pasajero de su lustroso Mercedes plateado y se preguntó mientras la cerraba, cómo podía conservar esa impecable cortesía, esa incuestionable aceptación de ella como mujer, cuando lo más importante para él era buscar cómo arruinarla. Pero su ansiedad resultó infundada, porque casi de inmediato le pidió un informe de los últimos días de la compañía anterior, la Marina Enterprises. Aunque ella era nueva en la empresa, se sintió aliviada de poder darle esa información.

La reunión transcurrió bien. Al tomar notas para Colt, Raine atestiguó con renuente admiración, el modo en que él manejaba a los miembros del consejo de la compañía asociada, usando a la vez una dura decisión y un encanto que no era forzado en lo absoluto. Más tarde cuando regresaban a la oficina, él se mantuvo en un hosco silencio y Raine se quedó sentada, rígida.

Un niño que pasaba por la calle, la hizo preguntar.

—¿Cómo está Sean?

Ella sintió, más que vio, la dura mirada que le dedicó.

—¿Te *importa*?

El profundo tono de su voz la hizo sentir escalofrío. Por supuesto que le importaba. Era verdad que no conocía bien al niño, pero en las pocas ocasiones en que Tim la llevó a casa de su hermano, había disfrutado la presencia del bebé.

—No habría preguntado si no me importara, Colt —aseguró ella —. Supongo que ya lleva dos años en la escuela.

—Más o menos —la respuesta era cortante.

—¿Le gusta? —insistió ella esperando calmar la tensión entre ellos al hablar de cosas simples y ordinarias.

—Se las arregla —los ojos de él no se apartaban del camino y justo cuando Raine pensaba que ese era el fin del tema, Colt dijo—: Sería más feliz si pudiéramos pasar más tiempo juntos. En este momento él vive en Inglaterra con sus abuelos y asiste a la escuela allá. Yo tuve que pasar mucho tiempo fuera este año y no me gusta dejarlo con niñeras por mucho tiempo. En consecuencia, no lo veo todos los fines de semana —Raine notó el tono lastimero de su voz al hablar de su hijo—. Es un niño inteligente, pero todavía no comprende por qué tiene dos casas mientras la mayor parte de sus amigos tiene una.

—¿No sería más fácil que su abuela viniera a vivir aquí? —parecía la solución obvia para Raine.

—Ella se ofreció —respondió Colt—, pero sé que prefiere Inglaterra y creo que no es justo desarraigarla de su casa y sus amigos… no me gustaría que lo hiciera. De todos modos, espero traer de vuelta a Sean a la isla tan pronto como pueda —y con una voz que igualaba el rugido amenazador del auto, añadió—: El niño necesita una madre.

Dé la cual tú lo privaste, aseguraba su tono con más efectividad que las palabras. Raine emitió un suspiro silencioso de fracaso. Así que volvían a lo mismo. Él no tenía intenciones de dejarla salir del aro.

—Todos los niños la necesitan —murmuró ella, sintiendo simpatía por el pequeño Sean.

—Un tema sobre el que sabes todo, por supuesto.

Su sarcasmo la hizo sentir como si hubiera rozado contra ortigas y quiso decir algo, pero él la interrumpió, cortando su intento de vengarse.

—Algunas mujeres son maternales por naturaleza, Raine… son buenas madres. Otras… otras sólo utilizan sus atributos femeninos

para perseguir sus propios fines.

Sacudiendo distraídamente la manga de su chaqueta, Raine le dedicó una fría mirada.

—Como yo, naturalmente.

Colt no respondió, pero su opinión de ella era obvia.

Había tomado el camino costero y toda su concentración estaba dirigida a la angosta y serpenteante carretera, que ofrecía impresionantes vistas de los acantilados. Algunos decían que era la parte más espectacular de la isla y Raine estaba de acuerdo.

Sin embargo, su atención fue apartada con brusquedad de ahí, por el comentario de Colt.

—Esa peligrosa belleza tuya engaña a la mayoría de los hombres, Raine, pero no a mí. Hay veneno en tu interior, pero está tan bellamente empaquetado que hombres débiles cómo Tim se enredan porque no pueden resistir esos encantos fatales. Transmites esa traicionera sexualidad tuya sin tener siquiera que intentarlo —ella lo miró con rapidez, sorprendida de que él fuese tan consciente de ella —. Hasta aquellos pobres tontos en la reunión no podían quitarte los ojos de encima, así que para ellos fue un afortunado escape divagar si te acuestas conmigo.

Esos comentarios peyorativos la irritaron y un rubor de indignación le tiñó las mejillas. Pero ella sabía lo que él había querido decir. Las indiscretas miradas de los miembros del consejo dirigidas a Colt y a ella no dejaban nada a la imaginación.

—¡No podría pensar en una idea más repugnante aunque tratara! Si todos son tan astutos como tú para leer la mente, entonces deberían saber que preferirías morir que ponerme un dedo encima, ¿no es cierto?

Con una voz tan sedosa, tan suave que ella no supo si escuchaba bien, declaró:

—Al contrario —y de pronto se detuvo a un lado del camino y apagó el motor.

Capítulo 2

A lo lejos, una pequeña playa blanca se extendía y bordeaba una tranquila ensenada. Raine lanzó una rápida mirada a Colt, llena de cautela.

—¿Qué estás haciendo? —lo desafió, la voz de ella, ronca por alguna emoción reprimida que hizo que la sangre se le acelerara.

Una sonrisa sin calor se dibujó en la boca de Colt.

—Seguro que no necesitas preguntar, mi traicionera niña —el asiento rechinó bajo su peso cuando él cambió de posición. El movimiento lo hizo quedar perturbadoramente cerca de ella—. ¿No fue eso una invitación?

Las mejillas de Raine se sonrojaron.

—¡Sabes muy bien que no fue nada de eso!

Raine levantó una mano para golpear las arrogantes facciones de él, pero Colt la atrapó en el aire, y empujó a la chica contra el suave cuero del respaldo.

—Yo no lo haría —exhaló y su rostro estaba tan cercano al de ella que pudo sentir su cálido aliento en la piel—. Debías saber mejor que nadie que la apariencia exterior no significa nada, así que créeme… no soy ningún caballero, Raine. Nunca he golpeado a ninguna mujer, pero si usas esas pequeñas garras contra mí, ¡nada me dará más satisfacción que *devolverte el golpe*!

¡Dios, cuánto debía odiarla!

Ella parpadeó por el dolor que le infligían los dedos de Colt en la muñeca y él aminoró la presión. Raine casi podía percibir la ira de él y la fuerza de su sexualidad bajo esa áspera emoción, de pronto mareó sus sentidos.

—Sabes, a veces en el pasado me pregunté cómo sería si estuviéramos juntos —la hizo estremecer al decirle eso—. Bastante indecoroso de mi parte, ¿verdad? —rió con suavidad ante la sorpresa en los ojos de ella—. Oh, sí, tú eras el sueño de todos los hombres —declaró con mofa, mientras con el dedo índice trazaba la suave curva de la mandíbula de Raine.

Ella se puso tensa. La sensualidad de su contacto la mantenía cautiva, víctima de su propia respuesta traicionera.

—No finjas sorpresa —aconsejó él con una suavidad aterciopelada

que podía ser una caricia de amor si ella no supiera cuánto la despreciaba—. Supuestamente, cuando más joven, estabas loca por Tim, también parecías interesada en mí.

—¡Cerdo arrogante! —sus ojos echaban chispas y esta vez su mano golpeó la mejilla de Colt sin pensarlo. Por instinto, se protegió para evitar la dura represalia que nunca llegó. Pero debió saber que a pesar de su amenaza, él era un hombre demasiado consciente de su fuerza para considerar golpear a una mujer, y menos aún por un simple despliegue de orgullo herido. Porque eso era todo, a pesar de que ella no deseaba aceptar la verdad. Porque, para su irritación, él tenía razón. A los dieciocho años, ella fue consciente de esa cruda sexualidad, pero la sorprendió descubrir que él se había dado cuenta del hecho.

—Nunca me incliné por desengañar a mi hermano, Raine, ni ahora ni en el pasado, y en aquella fiesta, cuando bailamos, estabas tan tensa en mis brazos como la cuerda de un violín. Tampoco he olvidado cómo te ruborizaste cuando miré esos encantadores ojos verdes, o cómo latió tu corazón cuando te sostuve contra mí ¡ni cómo después te apartaste de mí como si estuviera infectado!

¡Y ella pensaba que él no lo había notado! La vergüenza hizo que le subiera el color, al darse cuenta de lo ingenua que fue.

—Te estás adulando —pudo decir de un modo casual, pero había un temblor en su voz que no escapó a Colt.

—No lo creo —manifestó él con frialdad—, así que ahora somos sólo tú y yo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella al volver sus pálidos rasgos hacia la dura expresión de Colt.

Él no respondió, pero deslizó un brazo a través del respaldo del asiento, y de pronto inclinó la cabeza para apretar sus labios tibios contra el pulsante hueco de su cuello.

Raine contuvo el aliento. Su sangre se agolpaba en sus oídos, en tanto cada centímetro de su cuerpo clamaba en respuesta a la tierna exploración de su boca, al fresco y estimulante aroma de él. Se hallaba tan paralizada por la acción que no podía ni siquiera moverse para empujarlo. Antes que ella recobrara sus sentidos, Colt levantó la cabeza.

—Es bastante simple —expresó entonces y su voz era tan fría y sin emoción como si estuviera ordenando la cena—. Te deseo, Raine. E

intento tenerte.

—¿Y cómo piensas lograr eso?

—Mi querida muchacha —pronunció Colt—. Estoy seguro de que tú, menos que nadie, no necesitas ninguna lección en el arte de la seducción. Y no te alarmes, dulce niña —respondió con suavidad—. No tengo intención de tomarte aquí. Es muy estrecho. Y a mi edad prefiero los refinamientos de una cama cuando hago el amor.

¿Su edad? ¿Qué edad tenía? ¿Treinta y seis? Raine volvió el rostro hacia él, con ojos brillantes.

—¿Amor? —pronunció con desprecio—. ¡No sabes el significado de la palabra!

Raine jadeó cuando Colt tomó su hombro, volviéndola hacia él. La piel se tensaba sobre las mejillas de él y su boca era una fina línea, mostrando la lucha interior por mantener su temperamento bajo control.

—Eso es mucho, viniendo de ti —masculló. Su rabia golpeaba contra ella, consumiéndola como si fuera fuego—. Las de tu clase no reconocerían el amor ni aunque se los dieran envuelto para regalo. Tú lo arrojarías al rostro de un hombre, como lo hiciste con Tim.

—¡No hice nada de eso! —gritó a la defensiva, intimidada por la fuerza de sus dedos y por lo que pudiera hacer—. Y lo que sucedió entre tu medio hermano y yo fue asunto nuestro, aunque él prefiriera contar una triste historia al primer reportero que acudiera a su cama de hospital. ¿Por qué no puedes dejarme en paz?

Como si ese último destello de humildad aliviara parte de su enojo, la soltó.

—Se convierte en asunto de los demás cuando los hombres arruinan su vida, y la de otra gente, por una muchacha como tú —Colt habló con una dureza de acero que resultaba más intimidante que su furia —. Le quitaste a mi hermano todo lo que pudiste, hasta el último vestigio de su autoestima —en sus ojos surgió una chispa de odio que la silenció cuando intentaba protestar—. Bien, ahora es mi tumo, Raine —continuó, implacable—, ¡así que vas a darme todo lo que prometiste a Tim y más!

Ella se estremeció y pasó saliva y por su tono inexorable y su expresión severa, sabía que él no hablaba de matrimonio.

—¿No crees que yo pueda tener algo que decir acerca de eso? —replicó, trémula, y el color subió a sus mejillas sólo al imaginarse

desnuda entre sus brazos. Estaba segura de que él sabía cómo seducir a una mujer para llevarla a su cama… y mantenerla ahí—. ¡No puedes obligarme a ir contigo si no quiero!

Colt se rió de eso y se alejó de ella para poner en marcha el auto.

—No puedes —reiteró Raine, cuando tomaron de nuevo la carretera.

Él lo sabía y esa era la razón por la que prefirió terminar la conversación en ese punto. Aun así, un miedo nauseabundo invadió a Raine al pensar cómo podría él usar ese peligroso magnetismo suyo y seducirla. Y aunque trataba de convencerse de que estaba simplemente jugando ella, su instinto le decía que hombres como Colston Falloner no amenazaban en balde.

Apartando sus temores, esa tarde hizo una visita a una amiga. Raine estaba feliz al descubrir que Colette Verbier no había cambiado. Atrapada en los brazos de su amiga, supo al instante que Colette era todavía la misma cálida y bulliciosa muchacha que fue su compañera de apartamento y de trabajo seis años antes.

—¡Oh, qué gusto verte, Raindrop!

¡Y todavía usaba ese ridículo apodo!

Raine rió devolviendo el abrazo de su amiga.

—Lo mismo digo —suspiró ella. Sus ansiedades por lo que Colt dijo en su auto esa mañana, disminuyeron bajo la efusividad del saludo de Colette.

—¡Y te has convertido en algo arrebatador! —Colette estudió la notable figura de Raine bajo el sencillo vestido blanco—. Siempre supe que estabas destinada a grandes cosas, pero, ¡cielos! ¡Que Dios ayude a los hombres de la isla ahora!

—¡Eres muy exagerada! —rió, tomando el brazo de ella y se sintió mejor de lo que había estado en todo el día—. ¿Cómo estuvo Inglaterra? —por la correspondencia con Colette, Raine sabía que su amiga había pasado la semana anterior en el continente y ahora veía que la chica arrugaba el ceño.

—Húmeda y airosa… pero mamá es más feliz allá —comentó guiando a Raine escalera arriba, al interior de un apartamento bellamente amueblado—. Está mucho más relajada que cuando vivía aquí con papá.

Los padres de Colette estaban pasando por la angustia del divorcio y, como su madre era inglesa y su padre francés, cada uno había regresado a su respectivo país.

—¿Pero tú prefieres estar aquí sola? —inquirió Raine, hundiéndose en un sofá.

—¿Tú no? —con una mirada, Colette abarcó el confortable apartamentito, las pesadas cortinas de brocado, la gruesa alfombra y los caros toques femeninos—. Vino con la *boutique* de abajo —informó a Raine antes de encaminarse hacia la cocina a preparar café—. Es mía también.

—¿Es tuya? —fue la asombrada respuesta de Raine. Colette no se lo había mencionado en sus cartas.

—Fue un regalo de despedida de mamá y papá —expresó la chica desde el umbral—. Lo mismo que los muebles. Creo que quisieron que fuera su último regalo en conjunto para mí antes de separarse —Colette parecía indiferente acerca de ello—. Si son más felices separados, supongo que es cosa de ellos —Raine la escuchó decir antes de desaparecer en la cocina y sólo entonces detectó el tono ansioso en la voz de su amiga.

—¿Has sabido algo de Tim desde que regresaste? —preguntó Colette regresando con una bandeja.

Raine sonrió con ironía, recordando la manera franca de su amiga de ir directo al grano; de encarar los hechos, por más terribles que fueran.

—No —respondió con calma, mirando el plato lleno de tentadoras galletas que Colette colocaba sobre la mesa—. Y espero que nunca lo haga.

Al erguirse, la otra chica encogió los hombros. Su suéter blanco y su falda anaranjada moldeaban a la perfección su diminuta figura.

—Es una isla pequeña.

Demasiado, pensó Raine estremeciéndose, a juzgar por la coincidencia de encontrarse ella misma trabajando para Colt.

—¡Y no me digas que estás a dieta, porqué eso no lo puedo resistir —admitió Colette al tomar un par de galletas de apariencia pecaminosa—. Cómete unas. ¡No me sentiré tan mal si lo haces!

Raine sonrió, tomó galletas y rechazó el azúcar que Colette le tendía para su café, más por gusto que porque necesitara cuidar su peso.

Colette miraba a Raine como si acabara de ver a una crisálida convertirse en mariposa y, sentándose frente a ella, murmuró:

—Si te encuentras a tu ex, será mala suerte de él, no tuya, porque si pudiera verte ahora, muchacha, se patearía él mismo.

Raine esbozó una sonrisa antes de tomar su café, recordando lo leal que permaneció Colette todos esos años cuando el mundo pareció dispuesto a condenar a Raine por romper su compromiso. Pero tal vez su amiga sabía, mejor que nadie, que había más en un hombre que su encanto.

—Yo soy quien debería patearse —murmuró Raine y brevemente informó a Colette acerca de la toma de posesión de Island Marine y de la horrible sorpresa al descubrir quién iba a ser su jefe.

—¿Colston Falloner? ¿El que amenazó vengarse de ti? —susurró con incredulidad.

Raine asintió, recordando cómo, sola y asustada por las amenazas del hombre seis años antes, había compartido sus temores con Colette.

—¡Oh, Raine… qué pésima suerte! Seguramente debe de haberse ablandado un poco… —se interrumpió y sus ojos se agrandaron cuando Raine negó con la cabeza—. ¿Quieres decir que todavía está furioso? —preguntó estupefacta y tomó otra galleta. Al ver la tensión en las delicadas facciones de Raine, añadió con tono práctico—. Bien, ¿qué puede hacer? ¿Qué te resulte la vida difícil en la oficina? ¿Sobrecargarte de trabajo, presionarte en caso de que llegaras un segundo tarde? Nunca lo harías, conociéndote —hizo una mueca, recordando la infalible puntualidad de Raine cuando trabajaron juntas, algo que le inculcaron durante su educación rígida—. Y podría tratar de despedirte a la menor oportunidad, si eso tiene en mente para vengarse —Colette continuó—, pero él tendría que tener una buena excusa, de otro modo podrías demandarlo por despido injustificado y el hombre es demasiado astuto y sagaz para permitir que sus sentimientos interfieran con su vida profesional.

Lo cual describía a Colt bastante bien, pensó Raine con un pequeño estremecimiento, aunque le sorprendió que Colette supiera tanto acerca de él.

—¿Qué tan bien lo conoces? —preguntó Raine.

Colette alzó los hombros. Su frágil figura parecía perdida en el lujoso sofá.

—Se mueve en el mismo círculo de algunos de los amigos de papá y mamá. De ellos obtuve la mayor parte de mi información… esto es, de papá y mamá —puso su taza sobre la mesa, se quitó los zapatos y subió las piernas para sentarse sobre ellas—. Al parecer, en estos años no ha llevado exactamente la vida de un monje. Es un hombre de apariencia tremendamente dinámica, Raine —comentó Colette, como si los impresionantes atributos físicos de él sólo los hubiera notado ella—. ¡He visto fotos de él en el periódico y parece más bien la respuesta de Eva a la tentación, que un magnate de negocios! ¡Todo ese carisma y magnetismo masculino combinado con ese aire de dominio! —suspiró con suavidad—. Pero él ha tenido más mujeres en un año, que otros hombres; y dicen que, sin embargo, estaba loco por su esposa. Es casi como si quisiera castigarla por morirse y dejarlo solo. ¡Oh, diablos! —un brillante color se extendió por sus mejillas y sus ojos azules parecían compungidos al mirar los de Raine—. Eso fue falta de tacto de mi parte. Lo lamento.

Raine aceptó la disculpa de su amiga con un pequeño escalofrío. No necesitaba que le recordaran la trágica muerte de la esposa de Colt. ¿No la habían hecho responsable a *ella*? Tampoco necesitaba que confirmaran los sentimientos de Colt por la belleza rubia con la que se casó y a quien perdió totalmente.

Un helado temblor le recorrió la espina. ¿Qué era lo que él intentaba hacer? ¿Convertirla en una de sus "mujeres"? ¿Usarla y luego descartarla tan indiferente como Colt creía que ella hacía con todos los hombres?

—Toma más café…

El tono frío y práctico de Colette interrumpió los turbulentos pensamientos de Raine. Después de eso, hablaron acerca de la *boutique* y de los planes de Colette por su futuro y rieron de las ocasiones divertidas en que trabajaron juntas; a la hora que Raine regresó a su casa, sus temores acerca de Colt casi habían desaparecido.

El hecho de que él no llegara a la mañana siguiente a la oficina, la ayudó a calmar sus preocupaciones. De hecho, llamó a las nueve en punto para decirle que estaría fuera todo el día y Raine apenas pudo evitar el tono divertido de su voz al recordar lo que Colette declaró acerca de que él tendría bajo vigilancia su puntualidad. ¡Bien, que lo haga!, decidió con rebeldía. ¡Podía manejar cualquier cosa que el

hombre inventara!

Se sintió mucho más relajada esa tarde al volver a su apartamento. Después de lavarse el cabello, se arrellanó en una de las sillas al lado de la chimenea para ver una película, aunque apagó el televisor a mitad porque perdió interés en la trama. Tomó un libro y se fue a la cama.

Durmió bien y despertó fresca al día siguiente.

Abajo encontró una carta de su madre en la cual le decía que todo iba bien en la granja. Eso levantó aún más su ánimo y se sintió todavía mejor cuando Colt llamó a la oficina para informarle que era probable que no fuera sino hasta el siguiente día. Sola, Raine hizo su trabajo con una rapidez y eficiencia que aun Jack Hardwicke, el hombre que era la mano derecha de Colt, ensalzó.

—Si ese afortunado jefe tuyo descubre que puede prescindir de ti, pídele que te mande conmigo —sugirió—. Eres diez veces más capaz que cualquier computadora y mil veces más bonita. Así que si se te antoja un cambio, estoy en la oficina de al lado.

—Ella me está dando sus favores sólo a mí, Jack.

La voz de Colt tras ellos hizo que Raine girara. Su corazón latía con fuerza y de manera irregular. ¡Así que había vuelto!

Atontada, escuchó reír al otro hombre. Era probable que él pensara que Colt estaba bromeando, pero el mensaje oculto de sus palabras no se le escapó a Raine.

Y los tendré, decía, con una fuerte determinación que hizo brotar un destello de rebeldía en los ojos de ella.

—Ven a mi oficina —le ordenó a ella.

Raine vio alejarse al hombre mayor y con nerviosismo hizo lo que le ordenó.

Colt vestía un traje gris, la chaqueta colgaba despreocupadamente sobre uno de sus hombros y mientras se apartaba para dejarla precederlo, ella era muy consciente del calor corporal bajo la fina camisa blanca.

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

Su pregunta la alteró y tardó unos momentos en recuperar la compostura.

¿En realidad se atrevía él a pedirle que saliera? ¿En verdad pensaba que ella aceptaría?

—Hice un compromiso.

Él miró el beligerante rostro de ella desde atrás de su escritorio y murmuró con tranquila insolencia:

—Entonces, rómpelo.

La oscura mirada tiraba de su blusa como si quisiera arrancarle los botones. Furiosa contra él, se despreció por el hormigueo de excitación que tal imagen le produjo.

—¡Si piensas que voy a salir contigo, estás muy equivocado!

Con tranquilidad, él dejó caer su chaqueta sobre el respaldo de su silla, imperturbable por él exabrupto de Raine, y levantó una ceja mientras devolvía su ardiente mirada con positivo desdén.

—Te estoy pidiendo que trabajes tiempo extra —exhaló con voz llena de desprecio, mientras caminaba para sacar algo del archivador. Raine sentía que sus mejillas ardían de vergüenza. No sabía qué decir y cuando la puerta se cerró, sintió que sus rodillas se debilitaron—. Primera lección —estaba tan cerca de ella que podía sentir su aliento en la mejilla; trató de apartarse, sólo para tropezar con una pila de expedientes que se hallaban sobre el suelo—. Nunca supongas nada en lo referente a mí, Raine —aconsejó él con la seguridad de un hombre acostumbrado a ganar—. Aunque siento decepcionarte acerca de esta tarde.

La audacia de él hizo surgir en Raine un deseo sádico de clavarle las uñas en sus hermosas facciones y contuvo el aliento para no darle una respuesta insustancial. Pero tenía que salvar su orgullo y pestañeó provocativamente, permitiendo que su mirada se moviera hasta la sensual curva de su boca y se quedara ahí antes de decir:

—Creo que eres tú quien parece no poder mantener las manos fuera de la mujer que plantó a tu hermano.

Raine percibió que cada músculo del cuerpo de Colt se ponía rígido. El apretón sobre su brazo se tornó intolerablemente doloroso y la censura en los ojos masculinos hizo que se le helara la sangre en las venas. Pero luego la dura línea de su boca se curvó en una sonrisa burlona.

—Lección número dos —la sedosa suavidad de la voz de Colt parecía enfatizar la peligrosa ira que estaba conteniendo—. No soy Timothy y te aconsejo que nunca lo olvides. Yo no soy el tonto que él era y no puedo ser engañado tan fácilmente, Raine. ¡Vuelve a usar tus triquiñuelas femeninas conmigo y seré capaz de ahorcarte!

Raine se ruborizó, tratando de encontrar alguna respuesta

cortante, pero él se volvió hacia su escritorio, murmurando:

—Ahora, vamos a trabajar.

Al estar su orgullo doblemente herido, Raine decidió que sería lo mejor. Colston Falloner la odiaba y no perdía la oportunidad de hacérselo saber, se dio cuenta al volver a su propia oficina. Ya era bastante mortificante que hubiera supuesto que la estaba invitando a salir. ¡Pero desafiarlo sexualmente de ese modo! Sus mejillas se enrojecieron al pensarlo. No sabía qué le había pasado. Él era demasiado experimentado, demasiado masculino para que ella lo engañara de ese modo y si pensaba que podía hacerlo, entonces estaba en dificultades.

Enfrascarse en mecanografiar un largo documento, ayudó de algún modo a aliviar su vergüenza y a mantener su mente apartada del altanero hombre de la oficina adyacente. Y aunque trabajó hasta tarde, se sintió aliviada de que él no saliera de su oficina, así que no tuvo que verlo sino hasta que le llevó el trabajo terminado.

Él levantó la vista sorprendido. Un inesperado cumplido de él acerca de la velocidad de su mecanografía, la hizo sentir un absurdo placer.

—¿Estás lista para irte? —observó la chaqueta y el bolso de Raine.

—Sí —murmuró ella sin mirarlo, pues sentía que la familiar tensión se incrementaba de nuevo.

—Vamos, entonces. Te acompañaré a tu auto.

Ahora fue el turno de ella para sorprenderse. Sus finos rasgos mostraron interrogación en tanto él se ponía de pie y decía:

—Creo que una joven fue asaltada en el estacionamiento hace dos semanas, así que no es seguro que camines por ahí sola ahora que los demás se han ido. Además —había una nota satírica en su voz, un duro brillo en sus ojos—, odiaría ver que algo te sucediera antes que tuvieras oportunidad de saldar tus cuentas conmigo.

Raine levantó la cabeza y luchó por no decir algo que pudiera lamentar después. Se dirigió a la puerta y expresó ácidamente.

—Gracias, pero eso no será necesario.

Antes de darse cuenta de que él estaba detrás, lo escuchó decir.

—Lo lamento, Raine, pero creo que sí es necesario.

Y así, tuvo que sufrir la humillación de reconocer que había perdido esa batalla, aunque no hablaron una palabra durante el trayecto al estacionamiento del edificio.

—Gracias por trabajar tiempo extra —pronunció, sosteniendo abierta la puerta del Fiat mientras ella se acomodaba en el interior—. Ahora ve directo a casa como buena chica y si vas a ver a un hombre esta noche, hazle un favor. Adviértele que el néctar de tus labios es venenoso.

Golpear la puerta liberó un poco de la adrenalina que circulaba por el cuerpo de Raine. Alejarse de esa arrogante figura con un innecesario chirrido de neumáticos ayudó también. Pero en el camino a casa sintió ira y resentimiento, lo mismo que una abrumadora urgencia de llamarlo por teléfono y gritarle que ella no había hecho nada para merecer sus insultos y su desprecio. Pero sabía que no tenía objeto imaginarse siquiera que la escucharía.

Cuando llegó al apartamento, se puso unos pantalones cortos y una camiseta y salió a correr para relajarse.

Capítulo 3

—Te veo cansada —observó Colt secamente la mañana siguiente—. ¿Te sientes mal?

Al otro lado del escritorio, sus ojos examinaban las tensas líneas del rostro de Raine y ella mantuvo su mirada fija en el cuaderno de notas que tenía en sus rodillas.

No podía decirle que estuvo despierta media noche preguntándose cómo demonios se le había ocurrido regresar. Si bien había estado preparada por si llegaba a encontrar a Colt nuevamente, no consideró involucrarse tanto, teniendo que trabajar a su lado, y tampoco esperó ese odio todavía tan vivo en él.

Había despertado con un dolor de cabeza que ni sus acostumbradas dos tazas de té pudieron aliviar y, después de alimentar a un gato extraviado que entró por la ventana de la cocina la noche anterior, condujo hasta la oficina, sintiendo como si tuviera un carpintero dentro de la cabeza.

La boca de Colt se apretó, pero no dijo más. Sus ojos tormentosos y la severa tensión de su mandíbula mientras le dictaba una carta, le externaban la opinión exacta que se había formado de su moral.

A media mañana, su dolor de cabeza había empeorado. Se había alojado encima de su ojo izquierdo y comenzaba a sentirse enferma.

¡Migraña!, pensó con desesperación, buscando en su bolso de mano las pastillas que siempre llevaba para esas ocasiones. La tensión de los últimos tres días cobraba su precio y media hora más tarde Raine veía las familiares luces relampagueantes frente a sus ojos y sentía la cabeza a punto de estallar. Apagó su máquina de escribir, se cubrió el rostro con la mano y gimió.

Y ese fue el momento que Colt eligió para salir de su oficina.

—Vamos —pronunció con firmeza, mirándola—. Vas a irte a casa.

Ella quiso protestar, tenía la horrible sospecha de que él mismo iba a llevarla. Pero no podía ver bien y se sentía tan enferma que sabía que no podría conducir, así que lo único era aceptar.

La hizo sentarse en la recepción mientras iba por el auto, por lo cual le dio las gracias en silencio y cuando estuvieron en camino, Colt preguntó:

—¿Las sufres a menudo?

¡Así que fue lo suficientemente astuto para darse cuenta de lo que le sucedía!

—No —respondió ella con pesadez—. Pero cuando me dan… —hizo una mueca, parpadeando por el dolor que le produjo la pequeña sacudida de la cabeza.

—Sugiero que repongas el sueño —recomendó con tono suave que velaba su desprecio. ¡Así que él todavía pensaba que había pasado la noche con algún hombre!

Tenía en mente decirle que *él* era la razón de que no hubiera dormido bien; su actitud amenazadora hacia ella era la responsable de su dolor de cabeza… Pero tenía demasiado orgullo para eso. Y ahora tenía qué perder tiempo por su causa. ¡Maldito sea!

Cerró los ojos contra la fuerte luz del día y se alegró de que Colt no hablara mucho, casi como si percibiera su necesidad de estar en silencio. Cualquier cosa que dijo durante el trayecto, sólo requirió de un monosílabo por parte de ella.

—Si necesitas algo, llámame —la instruyó cuando salía del auto. Raine miró sus rasgos y los notó menos implacables.

—Estaré bien —murmuró ella, decidiendo que preferiría morir que pedirle ayuda.

—Dije que me llamaras —era una orden inequívoca. Partió dejando a Raine mirándolo y dándose cuenta de que lo que escuchó en su voz era algo muy cercano a la preocupación.

Pasó el resto del día en cama y por un buen tiempo no pudo dormir. Su mente estaba invadida por pensamientos del hombre que la había llevado a casa.

Había dos lados en él completamente diferentes, reflexionó mirando el techo. Uno que era capaz de odiar con una intensidad que la asustaba; el otro, le dirigía miradas extrañas y podía preocuparse por ella. Además, estaba esa dura agresión masculina que podía tan fácilmente ser canalizada hacia la pasión sexual, convirtiéndolo, estaba segura, en un amante increíble…

¡Oh, Dios!, pensó. ¡Estoy delirando! Y, negándose a pensar más en él, se volvió y poco a poco logró dormirse. Despertó por la tarde y descubrió que su migraña había desaparecido y que estaba famélica.

Se preparó una comida sustanciosa, se sentó para contestar la carta de su madre, donde le aseguraba a la preocupada Joan Welland que su hija estaba comiendo bien y que tenía suficiente dinero para

vivir. Reprimió la urgencia de añadir que Jersey no estaba al otro extremo del mundo y que ella se las había arreglado sola por algún tiempo. Luego continuó con la noticia de que trabajaba para Colt Falloner, aunque tuvo cuidado de no permitir que ninguna de sus ansiedades se reflejara en su correspondencia, ya que por no preocupar a sus padres innecesariamente seis años antes, nunca les confió acerca de las amenazas de Colt. Después de terminar, se recogió el cabello y tomó un baño relajante.

Emergió un poco más tarde, se enredó una gran toalla blanca a su alrededor y fue a buscar al gato.

El animal se hallaba sobre la mesa de la cocina y maulló quejumbrosamente al verla. Tomó al felino en sus brazos y lo abrazó con afecto. En ese momento sonó el timbre de la puerta.

Frunció el ceño, pues no esperaba a nadie y con el gato todavía en los brazos, fue a abrir la puerta.

—¡Colt!

El nombre se le escapó con una nota de sorpresa. Él vestía informal con una ligera chaqueta y pantalones de color azul oscuro. Al recobrarse de su sorpresa, Raine se ruborizó al darse cuenta cómo debía verse ella. ¡Medio desnuda y con un gato en los brazos!

La expresión de Colt era inescrutable, pero la oscura mirada examinó el cabello recogido y las suaves líneas del rostro femenino, desprovisto de maquillaje; luego descendió por la delgada columna de su cuello y al peludo bulto en blanco y negro que ella estrechaba contra su pecho.

—Como tenía que pasar por aquí, pensé en ver si te sentías mejor. También arreglé que alguien trajera tu coche más tarde esta noche —los ojos de Colt eran burlones—. Así que no hay razón para que llegues tarde a trabajar mañana.

Raine tartamudeó las gracias, asegurándole que estaba mejor, aunque ignoró por completo su último comentario, incómodamente consciente de su semidesnudez. Y luego, cuando Colt avanzó un paso, el gato se atemorizó y con un maullido de protesta arañó a Raine para liberarse. Ella respingó mientras el felino saltaba; luego, la chica miró en su mano tres marcas… tres piquetes rojos de sangre aparecieron a lo largo de cada arañazo.

—Es mejor que hagas algo acerca de eso ¡Ahora!

Escuchó la preocupada orden de Colt y que la puerta se cerraba.

Sintiéndose extraña, sin voluntad propia, le permitió que la guiara hasta la pequeña cocina.

—¿Tienes algún antiséptico? —inquirió él.

Raine asintió, señalando el armario en la pared sobre el fregadero. Puso la mano bajo el chorro de agua.

—Aquí.

Colt sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón, lo humedeció con un líquido de fuerte olor y lo aplicó en la mano de Raine.

Ella contuvo el aliento, no tanto porque le ardiera, sino porque Colt sostenía su mano con firmeza. Su aroma personal era tan estimulante y estaba tan cerca que, de haber inclinado la cabeza, habría rozado con su cabello la mandíbula de Colt.

—No fue tu día, ¿verdad? —comentó secamente—. ¿A dónde se fue?

Se refería al gato y ella señaló con la barbilla la pequeña ventana abierta sobre el fregadero.

—Está extraviado —explicó tratando de parecer despreocupada, aunque su corazón golpeaba en su pecho por el contacto con él.

—¿Normalmente adoptas a cualquier perdido que llega?

—Sólo a los que tienen cuatro patas —respondió ella con un rastro de sarcasmo—. Y de cierto modo, él me adoptó a *mí*.

La boca de Colt se torció con ironía.

—Sí, puedo creerlo. Me imagino que ejerces una especie de fascinación sobre la mayoría de las cosas.

Viniendo de otra persona, podría haber sido un cumplido, pero su tono implicaba otra cosa y ella prefirió ignorarlo en tanto terminaba de limpiar la herida. Volvió a guardar su pañuelo, miró sobre su hombro y preguntó de pronto.

—¿Estás completamente sola?

El matiz con que fue dicho, insinuando que sospechaba lo contrario, era despreciativo y ella replicó con acidez.

—¡No, tengo un regimiento completo en el dormitorio!

Él esbozo de una sonrisa jugó en la boca de él.

—Es posible. Pero creo que eso sería un poco difícil, aun para ti —declaró con mordaz cinismo, con el duro brillo del odio de nuevo en los ojos. Ella trató de zafar su mano, pero él la apretó más y rió con suavidad, mientras la atraía con determinación.

—No, Colt… —sus ojos relampaguearon en advertencia, pero su

propio cuerpo la traicionó y pequeñas espirales de tensión se convirtieron en ardiente deseo cuando él inclinó la cabeza para reclamar su boca con la dura presión de la suya.

Ningún hombre la había besado de ese modo en su vida. Ni siquiera Timothy con sus falsas promesas de amor eterno, la hizo palpitar con tal necesidad. Dio un pequeño gemido y se arqueó contra él y Colt la ciñó con un gruñido febril, apoderándose de su boca con un hambre devastadora.

Sintió la chaqueta de Colt fría contra su piel, pero bajo la toalla, su cuerpo ardía y el calor fluía por sus venas, debilitándola. Deslizó los brazos por el cuello de Colt, murmurando su nombre, y recibió su aliento cuando los labios de él trazaron una línea de besos ardientes que descendía por la perfumada seda de su cuello.

De algún modo, las manos de Raine se habían deslizado bajo la chaqueta de Colt y sus dedos palparon su tibia fuerza a través de la camisa. Él le moldeó los suaves contornos, acariciándola de un modo posesivo y excitante.

—Colt… —Raine estaba perdida bajo el contacto de sus manos, en su potente y masculino aroma. Esa atracción que conoció hacía tantos años, era nada comparada con el devastador deseo que ahora la recorría.

Lo escuchó murmurar un pequeño juramento.

—¡Buen Dios! ¡Con razón mi hermano perdió la cabeza contigo! —la apartó de él, respirando pesadamente—. ¿Qué es lo que tienes, Raine?

Él había estado en completo control de la situación hasta que la besó y entonces, increíble, ese frío aplomo se transformó en un infierno de deseo por ella. El reconocimiento de su propio poder la hizo sentir excitación; pero en cambio el odio de Colt se había profundizado.

Temerosa, trató de separarse de él, pero sus fuertes manos no se lo permitieron, atrayéndola de nuevo con un gesto protector.

—Estás donde perteneces, Raine… con un hombre al que no puedes herir como hiciste con Tim —su expresión era dura y el oscuro marco de sus pestañas ocultaba cualquier emoción reflejada en sus ojos; de nuevo era un hombre controlado—. Y no trates de negar que me deseas, querida. Una mujer no responde a un hombre como acabas de hacerlo ahora, a menos que desee que él le haga el amor. Si tenía

alguna duda antes de besarte, la desvaneciste por completo.

¡Así que había sido eso… un experimento para ver cómo respondería!

—Si piensas eso, entonces eres más arrogante de lo que pensé —exclamó con ojos relampagueantes de furia, pero él sólo sonrió. Sus manos se movían sobre la seda marfil de sus hombros, de forma sensual y excitante. A pesar de la firme intención de ella de resistirse… se estremeció.

—Tal vez —murmuró él—, pero tu cuerpo te traiciona.

Raine se despreció por su debilidad al sucumbir a esa poderosa atracción sexual.

—Vamos a ser amantes, Raine… no hay duda de eso.

La seguridad de su voz alcanzó cada sentido que ella tenía cerrado a él.

Raine lo miró con desafío y encontró los ojos de Colt oscurecidos por el deseo.

—Bien, espero entonces que vivas hasta los noventa —expresó— ¡porque vas a tener que esperar todo ese tiempo!

—Ya veremos.

Escuchó que la puerta del frente se abría para luego cerrarse, y tuvo ganas de gritar o arrojar algo. Así de grande era su frustración.

Al ir hacia su dormitorio, Raine se dio cuenta de una súbita e inexplicable conmiseración hacia él. Pero no, los hombres como Colt no provocaban lástima en los demás; eran demasiado independientes, demasiado autosuficientes y seguros para inspirar piedad. Era una emoción mucho más compleja que eso. Y ahí era donde radicaba el peligro.

Se puso una bata de baño y se advirtió que no debía suavizarse en lo referente a él, pues podría acabar subyugada. Lo que *ella* tenía que hacer era asegurarse de no darle motivo para acercarse a su apartamento.

A la mañana siguiente Jack llegó a la oficina con una proposición hecha por el presidente del nuevo consorcio.

—Al parecer, recibirá a clientes en el yate de la compañía esta tarde y zarpará mañana hacia Inglaterra con ellos. El único dilema es… —Jack frotó su barbilla, algo que parecía hacer cuando tenía un problema que resolver— …necesita a su secretaria con él y Susan tiene gripe. Así que él… él… te solicitó.

—¿A mí? —exclamó Raine, divertida—. Pero esta es apenas mi segunda semana…

—Eso fue lo que le dije, pero señaló que al trabajar para Colt, eres la única persona calificada para el puesto… además del hecho de que tu taquigrafía y mecanografía son de primera. Ese es el problema, Raine —sonrió con un pequeño guiño—, tus referencias son excelentes.

Ella le devolvió la sonrisa, bastante abrumada. Ella había atendido a clientes antes, organizando comidas y conferencias de negocios con la compañía donde había trabajado en su pueblo. Pero ser escogida para hacer eso aquí, en Island Marine, cuando había estado tan poco tiempo… *¡y en el yate de la compañía.* Sus ojos brillaron como esmeraldas gemelas ante la perspectiva. Había visto una fotografía del barco en la pared atrás del escritorio de Colt y era un hermoso monstruo.

—Por lo general está anclado en Cannes —le había dicho cuando preguntó. ¡Así que estaba aquí en Jersey!

—Y si…

—Colt aceptó con renuencia prescindir de ti —la interrumpió Jack —, así que sólo debo llamar a nuestro presidente y decirle que aceptas. Es un crucero de un día, a propósito —señaló él, como para añadir incentivo—. Zarparán al amanecer y regresarán mañana en la noche por avión.

Él la miraba con tanta súplica que Raine tuvo que reírse.

—Puedes decirle que estaré encantada —respondió, sabiendo que eso alegraría el día de Jack. En el corto tiempo que llevaba ahí, se había dado cuenta de que Jack Hardwicke virtualmente vivía para mantener felices a sus superiores.

—Eres una joya —sonrió antes de volver a su oficina, pero Raine sabía que su propio placer superaba el de él. Siempre disfrutó tratar personalmente a los clientes, y la petición específica del presidente para ayudarlo a atenderlos, era la inyección de ánimo que necesitaba su moral. Y por supuesto, significaba un tiempo lejos de Colt.

No pudo mantener fuera de su voz el alivio cuando mencionó el asunto a Colette a la hora de la comida.

—No deberías permitir que se acercara a ti, Raine —Colette levantó la vista del *mousse* de chocolate al que estaba atacando, con expresión preocupada—. Como decíamos la otra noche, ¿qué puede hacer él?

—Intenta llevarme a la cama.

Colette abrió la boca y su cuchara cayó dentro de su vaso.

—¡Oh! Sólo piensa en toda esa experiencia contenida en ese resumen de la masculinidad —sugirió con una traviesa sonrisa—. ¡Podría pensar en peores suertes!

—¡Colette, el hombre me *odia*! —enfatizó Raine con impaciencia. Su cabello caía contra su blusa de seda color salmón. Brevemente explicó la actitud de Colt hacia ella desde el lunes que se encontraran —. Concedido, puedo comprender sus sentimientos hasta cierto punto. Él me culpa por completo por lo que sucedió a su familia y si yo estuviera en su lugar… no sé… tal vez sumiría lo mismo —admitió —, pero eso no significa que deba soportar el asedio sexual del hombre, por más dinámico que sea.

—No creo que el asedio sea lo que tenga en mente, muchacha —afirmó Colette, ahora seria—. Por lo que me dices, él planea conquistarte y luego obtener venganza dejándote plantada. Y sabe que tiene suficiente encanto y todos los requerimientos físicos para alcanzar el éxito —se inclinó hacia el frente, con los codos sobre la mesa—. Si yo fuera tú, chica, me iría dé inmediato mientras aún me quedara un ápice de dignidad.

Espontáneamente, el traidor pulso de Raine comenzó a enviar fuego a través de sus venas, pero sus labios se comprimieron desafiantes.

—Tú virtualmente estabas urgiéndome para que me fuera a la cama con él —amonestó a Colette con voz ronca por el tumulto de emociones que sentía.

—Ah, bueno… el café.

Hubo una pausa en su conversación mientras el joven camarero francés llevaba las bebidas ordenadas y se alejaba de nuevo.

—Bueno —enfatizó retomando el hilo de la conversación—, me dejé llevar por el impacto sexual de un hombre al que sólo he visto en los periódicos, eso es todo. Pero *tú* trabajas con él —manifestó y sorbió su café. Raine hizo lo mismo. Estaba caliente y cargado, con una buena dosis de crema encima, rico producto lácteo por el cual era famosa la isla, y olía delicioso—. También, sólo has mencionado en tus cartas a uno o dos amigos con los que estuviste casi a punto de tener relaciones —continuó Colette—. Y si todavía eres la misma persona que conocí, entonces no has tenido amantes ocasionales. Eso

significa que no eres lo bastante experimentada para manejar a un hombre como Colt Falloner. Si te odia o no, Raine, eres demasiado consciente de él para tu propio bien. Aléjate, ese es mi consejo, o terminarás siendo humillada —advirtió en conclusión.

Raine ocultó sus pensamientos tras una sonrisa irónica, pensando que Colette se quedaría pasmada si descubría lo inexperta que era su amiga. Tal vez si ese no fuese el caso, Raine sabía que nunca habría podido entregarse a ninguno de los hombres que había conocido. También sabía que el consejo de Colette era sensato, pero aun así, no podía renunciar a su trabajo. De cualquier manera, al menos por tres días no tendría que preocuparse acerca de Colston Falloner. Su responsabilidad inmediata era con el nuevo presidente y sus clientes, y para cuando regresara a Jersey, ya casi sería fin de semana. En consecuencia, su excitación disipó todas sus otras preocupaciones al salir temprano de la oficina e irse a casa a hacer su equipaje. Necesitaría un vestido especial para cenar a bordo y se decidió por uno rojo, con tirantes angostos, el cual puso en la maleta junto con otras cosas.

Tenía que estar en el yate a las seis treinta de la mañana, media hora antes de zarpar, según le señaló el presidente por teléfono esa tarde. El barco anclaría, para cenar y pasar la noche en una bahía de Alderney. El camino hasta la bahía de St Helier… donde estaba el yate… era corto, y Raine utilizó el tiempo que tenía con cuidado, bañándose y secando su cabello hasta que éste cayó en suaves ondas sobre sus hombros. Al final, se puso un vestido en blanco y negro y que le serviría para el día siguiente.

Casi a punto de salir, puso un plato con leche afuera de la puerta trasera, en caso de que el gato volviera.

Tarareando, llegó a la bahía de St Helier, inhaló el reconfortante aire marino y se protegió los ojos con una mano ante el resplandor vespertino del agua. Cuando la marea bajara, sería posible llegar al castillo Elizabeth a pie por una calzada, pero ahora parecía que estuviera flotando. Y esa vista ofrecía el marco perfecto para el impresionante barco de cuatro velas que había atraído a una pequeña multitud en el muelle. Con sus impecables líneas blancas, impresionantes aparejos y el sol provocando deslumbrantes reflejos en su pulida barandilla, el yate ofrecía ciertamente una imagen notable. El estómago de Raine revoloteó con excitación al acercarse al

navío.

—¿Señorita Welland? —un joven barbado, miembro de la tripulación, la examinó con obvia apreciación masculina antes de darle la bienvenida a bordo y sin ningún preámbulo la guió.

La bien barnizada teca y el reluciente latón daban la impresión inmediata de opulencia, lo mismo que los mullidos asientos en el lujoso salón y la provisión de refrescos en el bien surtido bar del barco.

—El señor Cleevely no ha llegado todavía —informó el hombre, mostrándole el camarote que le habían asignado, el cual, además de una cama de apariencia cómoda y armarios, tenía su propio baño—. Tampoco han llegado sus clientes, pero entiendo que todos vienen juntos. Él usará el camarote contiguo al suyo.

Raine le dio las gracias. Su rostro resplandeció de gusto y tan pronto como el hombre salió, comenzó a desempaquetar sus pertenencias y a cambiarse para la cena.

Se aplicó maquillaje, una suave sombra verde en los párpados, un toque de rimel para enfatizar sus ya largas y rizadas pestañas y lápiz labial rojo, a tono con su vestido. Se preguntó cómo sería el presidente. Cuando habló con él por teléfono, le pareció muy amable, de voz tranquila y maduro. Jack confirmó esa impresión al decirle que el hombre tenía el don de tranquilizar a todo mundo.

Lo cual haría que el viaje fuera placentero, pensó, al escuchar que alguien entraba en el camarote de al lado y no se sorprendió demasiado cuando unos cuantos minutos más tarde llamaron a su puerta.

¡Bien, al menos estoy lista!, pensó un poco nerviosa al abrir la puerta. Y se quedó helada, al ver al hombre de pie en el pasillo.

Capítulo 4

—¿Q-qué estás haciendo aquí?

Sorprendida, Raine tartamudeó como una adolescente al mirar las sombrías y amenazadoras facciones, encontrando amedrentadora la dominante presencia de Colt en los estrechos confines del pasillo.

Un amplio hombro se alzó.

—Cleevely no pudo venir.

Raine lo miraba horrorizada.

—¿Quieres decir… que estás aquí en su lugar? —ella suspiró acusadoramente ante su falta de respuesta—. ¡Tú lo arreglaste!

Una espesa ceja se arqueó y Colt le dirigió una mirada tan dura que Raine decidió no presionarlo más sobre ese punto. Él había llegado ya vestido para la cena, con una chaqueta gris de terciopelo y una corbata de moño, camisa blanca y pantalones color gris oscuro que enfatizaban su elegancia, la autoridad innata que lo distinguía entre los demás hombres como un líder. El espeso cabello estaba peinado hacia atrás. Raine no pudo apartar la vista de él. Luego, recobrándose, expresó ácidamente:

—¿Los clientes no encontrarán extraño… si estaban esperando a nuestro presidente?

—Al contrario, parecían felices.

Por supuesto que sí, le indicó su sentido común. Colt Falloner era un gran nombre en el mundo comercial, tenía más influencia que su presidente, quien desempeñaría un papel menos prominente que Colt en el manejo de Island Marine. Era probable que los dos hombres hubieran decidido que la juventud y la poderosa energía de Colt eran más viables para obtener un trato importante, y Raine sabía que cualquier cliente estaría más que honrado de tener la atención personal de Colt en sus asuntos.

Los ojos de Colt apreciaban el pálido marfil de su cuello y hombros, el escote en V de su vestido y sus generosos y altos senos. Un extraño sudor cubrió el cuerpo de Raine ante la obvia apreciación, e inquirió con aparente decisión:

—¿Sucede algo malo? Odiaría ser responsable por la pérdida de un contrato de dos millones de libras —ese dato lo obtuvo de una rápida revisión del expediente respectivo esa mañana.

—Si ellos estuvieran todavía indecisos acerca de darnos su contrato, estoy seguro de que bastaría con que te vieran para inclinarlos a nuestro favor —hizo una mueca—. Eres una experta en jugar con esa peligrosa belleza, ¿verdad, Raine? —su voz tenía el filo del acero—. Eres una verdadera *femme fatale*, querida —continuó—. Afrodita, Circe y Jezabel condensadas en un bello paquete que, por alguna razón que se me escapa, parece volver locos a los hombres —su tono era condenatorio y, sin embargo, sus ojos ardían con una fiera y oculta hambre que la hacía temblar.

A pesar de todo, eso la hizo sentirse bien, al saber que podía sacudir esa masculinidad invulnerable y, una chispa de desafío brotó en ella. Pasó su lengua provocativamente sobre su labio superior y respondió:

—¿Pero a ti no, Colt?

Bajo la seda de su camisa, los músculos se tensaron y exhaló.

—No, a mí no, Raine.

Era una mentira, y ambos lo sabían.

Para fortuna de la chica, esa noche resultó lo suficientemente interesante para mantener su mente apartada de él. La cena, preparada por el propio personal del yate, estaba deliciosa: langosta a la Thermidor y vino blanco seco, seguido de filetes *entrecôte* y champaña. Cuando Island Marine invitaba, pensó Raine, con una mueca mental, lo hacía con estilo. ¡Y qué encantador podía ser Colt!

Una vez más, se sorprendió admirando la habilidad de Colt para manejar una situación y a la gente, dominándola sin que nadie se diera cuenta del hecho.

Resentida, aunque también cautivada, observó a los ejecutivos más altos de la compañía cliente, sucumbir ante su inteligencia, franqueza y brillantez, y la única invitada femenina entre ellos, no era la excepción.

Jocelyn Day era hermana de uno de los directores y, según se pudo enterar Raine, había venido sólo por el viaje. Si Colt había pensado que Raine podía inclinar la decisión de los hombres, entonces ellos debían haber supuesto que traer a Jocelyn les obtendría condiciones más favorables con el nuevo magnate de Island Marine, porque la mujer, de alrededor de treinta años, era positivamente imponente. Esbelta, de cabello oscuro, vestía un ajustado vestido blanco, con un escote tan bajo que no dejaba nada a

la imaginación; parecía contenta de permitir que sus ardientes ojos grises se dieran un festín con Colt durante toda la duración de la cena.

—¿Eres isleña?

La pregunta, dirigida a Raine desde el otro extremo de la mesa, la sorprendió. Había estado observando los últimos rayos plateados del sol poniente a través de la baja ventana rectangular, pero en ese momento regresó su atención a la mesa y asintió, preguntándose por qué de pronto la mujer había condescendido a hablarle. ¡Hasta entonces había ignorado por completo a Raine!

—Todo lo contrario de Colt —la sonrisa de Jocelyn era sólo para él. La ligera presión de sus dedos sobre su manga era tan íntima como la forma en que ronroneaba su nombre—. Un intelecto como ese a duras penas podría haber surgido de una pequeña isla que cosecha tomates. Hubiera sido un confinamiento demasiado estrecho para su potencial.

¡Lo cual significaba que todos los isleños eran imbéciles! En su interior, Raine hervía de coraje ante la pulla deliberada y la forma despectiva en que Jocelyn había descrito a Jersey. Le habría contestado del modo adecuado, pero por diplomacia se contuvo. El cliente siempre tiene la razón, después de todo.

—La isla tiene muchas cosas a su favor —escuchó la voz profunda de Colt—. ¿Por qué otra razón habría yo dejado las tentaciones de un Londres moderno, si no fuera así? —había cinismo en su comentario, pero Jocelyn no lo captó.

—Para refugiarte de los impuestos, de seguro… —sus palabras se desvanecieron y el asombro se dibujó en el bello rostro ante la breve negativa de Colt. Y luego añadió otro sarcasmo dirigido a Raine—. Nunca hubiera imaginado que alguien en sus cabales quisiera vivir ahí. Quiero decir… ¿qué es lo que tiene? —sonrió con una risita afectada.

Raine ya no podía resistirse a decir algo entonces, pero Colt respondió antes que ella pudiera hacerlo.

—Una historia que se remonta siglos atrás. Una libertad de presiones de la vida diaria de las ciudades del continente. Una unidad anglofrancesa que existe en cualquier calle, a pesar de permanecer totalmente británica y —con una sonrisa—, también tiene la Cámara de Comercio más antigua de los países de habla inglesa.

Un estremecimiento de orgullo recorrió a Raine. Levantó la vista, observó la sinceridad en los ojos de él y se dio cuenta de que él amaba el lugar al cual había hecho su hogar tanto como ella. En silencio le agradecía defender su isla.

—También lleva las cicatrices de su batalla… contra los decididos conquistadores —continuaba ante un auditorio cautivo—. Pero creo que su cultura se ha enriquecido en el proceso y estoy seguro de que ha aprendido lecciones valiosas de su rendición.

El comentario tenía doble sentido y Raine no pudo mirar a Colt. El calor de su mirada la hacía darse cuenta de su urgencia por conquistar, que era más antigua que estas islas. Se sorprendió al descubrir una respuesta en ella y un deseo ingobernable de rendirse, de entregarse a él como estas tierras se sometieron a aquellos primeros conquistadores que habían saqueado su suelo virgen y lo habían hecho rendirse a su voluntad.

Raine se arreboló bajo la penetrante claridad de los ojos de Colt y al lado de él, escuchó la risita de Jocelyn, como si hubiera percibido algo demasiado personal para que ella pudiera compartirlo y no le gustara.

—Esto te enseñará, Jocelyn —su hermano, sentado al lado de Raine, comentó secamente. Era más joven que su hermana, pero con el mismo cabello oscuro y ojos grises, y sentía una inclinación hacia Raine que demostró desde que comenzó la cena—. La isla tiene también otras atracciones que ha guardado para sí misma —la sonrisa que le dedicó era cálida y de algún modo, infantil—. Si todas son como tú, tal vez esa sea la razón real por la que el señor Falloner vive aquí —de pronto parecía un poco inseguro y Raine lo observó tragar saliva como si se preguntara si no habría sido demasiado arrogante al hacer el comentario. Del otro lado de la mesa escuchó la aguda risa de Jocelyn.

—Colt estaba casado cuando vino aquí, Andrew… con mi mejor amiga —había un tono de posesión en la manera en que lo dijo, como si el hecho le diera algún derecho sobre el hombre y envió a Colt una sonrisa que era una invitación patente—. Yo pensaba que la habías traído aquí para esconderla del resto del mundo, Colt. Para guardarla sólo para ti. No puedo decirte lo devastados que nos sentimos todos cuando…

—¡Sí, está bien! —la rápida interrupción de Colt fue baja y

cortante, pero la dura máscara de autodominio no dio indicación del dolor que pudiera sentir en su interior. Había sólo una fría acusación en sus ojos cuando miró a Raine.

Ella se estremeció. Así que Jocelyn conocía a los Falloner desde hacía largo tiempo. El nombre de Raine Welland, sin embargo, no parecía traerle ningún recuerdo y Raine respiró con alivio. Era probable que sólo los periódicos de la isla se hubieran interesado en esa historia seis años antes, así que posiblemente nadie en el continente sabía acerca de la insensata adolescente que había provocado tal tragedia a la rica familia Falloner. ¡Excepto que ella no era culpable! ¡Oh, Dios, no lo era!

Los demás hablaban, sin darse cuenta de su agitación interior. Un hombre calvo, mayor, hacía algún chiste acerca del cricket; otro, había encendido un cigarro puro. Y Andrew escuchaba obsequiosamente a Colt, quien discutía algunos aspectos de la estructura legal de la isla, mientras Jocelyn se colgaba posesivamente de su brazo. No hablarían más de negocios esa noche.

Al disculparse, Raine sintió la mirada interrogante de Colt. Mientras se ponía de pie se dio cuente de la abierta decepción de Andrew, pero los ignoró a ambos, contenta de poder al fin salir del comedor para estar sola.

Sobre la cubierta, el aire era frío y una fresca brisa revolvía su cabello mientras se apoyaba contra la barandilla, mirando el mar. Estaba casi oscuro y Alderney se alzaba atrás de ellos como un sombrío refugio. A doce kilómetros hacia el este, estaba Francia y la Península de Cherbourg, visible en un día claro, pero envuelta ahora por la noche invasora y el intermitente destello del faro que prevenía a los marineros de los peligros de Los Cofres, un traicionero acantilado que estaba hacia el oeste.

Escuchó un suave sonido de pasos atrás de ella; se volvió y por alguna razón, esperaba ver a Andrew. Su pulso se aceleró cuando se dio cuenta de que era Colt.

—¿Qué sucede, Raine? —sus fuertes rasgos estaban cruzados por las sombras, pero su voz estaba matizada por una fuerte burla—. ¿La conversación se tornó incómoda para ti?

Raine se tensó, mordiéndose el labio. Se negaba a ser provocada para darle una airada respuesta a su cáustico comentario. En lugar de eso, respiró profundamente y dijo con despreocupación, demasiada,

quizá.

—No. ¿Debería ser así?

—Si hubiera algo de compasión, algo de conciencia atrás de ese rostro encantador, deberías —gruñó y ahora podía ver el desprecio en los ojos de él, el frío resentimiento a punto de estallar. Su boca se torció con severidad, pero él la dejó, exhalando un largo suspiro.

Colt sufría en su interior, de eso estaba segura, y sintió una súbita y desesperada urgencia de confortarlo, de ganar su buena opinión, de hacerlo ver que ella no era la inconstante y descuidada criatura que él creía. Casi sin pensarlo, levantó una mano hasta el brazo de él, sintiendo el terciopelo de su manga como una suave sensualidad bajo sus dedos.

—Estás equivocado acerca de mí, Colt —la implacable fuerza de aquellas oscuras profundidades, hizo que su corazón se acelerara.

—¿La súplica del culpable a punto de ser condenado? —su sonrisa era cínica. Con lentitud la atrajo hacia él, pero con una determinación que no admitía resistencia y Raine contuvo el aliento.

—Prometí que no marcaría ese cuerpo encantador y lo haré —respiró él—, así que, ¿de qué tienes miedo? ¿De la inevitabilidad de que hagamos el amor? ¿O del hecho de que pudieras disfrutarlo cuando llegue la hora?

La boca de Raine se secó. Trataba en vano de liberarse de él; el miedo la recorría al ver la implacable determinación de su rostro. Y de pronto la soltó.

—Vuelve con tus invitados, Raine.

Su fría orden le pareció más bien un ultimátum y obedeció sin replicar.

Raine despertó con una terrible migraña que ella tomó de inmediato como un castigo por tomar vino y salsa de chocolate, dos cosas que ella por lo general tenía cuidado de evitar.

¡Era todo lo que necesitaba!, pensó gruñendo mientras hacía a un lado las mantas. Al encontrar sus tabletas, se encaminó hacia la cocina para conseguir un vaso de agua. Desde ahí, vio los primeros rayos del sol y escuchó un movimiento sobre la cubierta. La tripulación izaba las velas, pues zarparían al amanecer. Pero no había ningún sonido abajo, aparte del tranquilo arrullo del agua; volvió en

silencio a su camarote y se deslizó en la cama esperando que hicieran efecto las tabletas.

Más tarde un sonido la despertó y una mirada a su reloj le indicó que habían transcurrido veinte minutos. El sonido se repitió, y levantó la vista para observar que la puerta se abría una fracción, luego por completo, cuando el hombre observó que ella estaba despierta.

—Estaba trabajando y escuché que te habías levantado —pronunció Colt con calma; mientras entraba. Estaba vestido con pantalones oscuros y una camisa blanca—. Dejaste esto en la cocina —le entregó un frasco que reconoció como el de sus tabletas contra la migraña—. Pensé que tendrías el dolor y que te gustaría tomar una taza de café.

—Gracias —Raine tomó ambos, dedicándole una sonrisa apreciativa.

El sol se había elevado y el yate navegaba ahora. El chillido de las gaviotas prometía acompañarlos en su larga travesía a través del canal.

—¿Cómo te sientes? —el corazón de Raine dio un pequeño revoloteo cuando él cerró la puerta y se sentó sobre la cama mientras la estudiaba con sus ojos oscuros.

—Mucho mejor —Raine estaba desconcertada por el sonido trémulo de su propia voz, pero extrañamente se sentía bien.

Su pálido cutis enfatizaba las manchas bajo sus ojos, que no se le escaparon a Colt, quien preguntó solícito.

—¿Podrías arreglártelas?

Raine sorbió el café caliente, inhalando su delicioso aroma. Sabía que él se refería al día que les aguardaba. Más temprano, temió no poder hacerlo, pero la empresa le había asignado este trabajo por ser la persona que consideraba mejor calificada para hacerlo y no iba a decepcionarlos.

—Sí —respondió resueltamente y notó el esbozo de una sonrisa en la boca de Colt. Luego, por un momento, su mirada descendió por el pálido color cremoso de sus hombros hasta el ligero encaje de su camisón, que cubría sus generosos senos, y Raine sintió un hormigueó en las venas. Ella nunca lo había visto así, vestido de manera tan informal, la camisa medio abotonada revelaba la oscura mata de vello rizado contra el bronce aterciopelado de su pecho, y se sorprendió al

imaginar qué sentiría al correr sus dedos sobre él—. ¿A-anoche hablabas en serio… acerca de las islas? —era todo lo que podía decir, tratando de ignorar las peculiares sensaciones que ardían a través de su cuerpo y encontrando amenazadora esa masculinidad para su equilibrio.

—No lo hubiera dicho si no lo pensara.

No, debió haberlo sabido, pensó, humedeciéndose los labios inconscientemente. No era un hombre que hablara por hablar o que no dijese las cosas en serio. Lo cual hacía que sus amenazas de hacerla arrodillarse fueran aún más intimidantes.

—Cuando vivía en Inglaterra, Londres me sofocaba —dijo pesadamente, como si no le importara siquiera el recuerdo—. Mi ambición era hacer dinero y salir de ahí. No quería estar demasiado lejos de Inglaterra, pero si alejarme de algún modo de aquella carrera de ratas. En consecuencia —su boca se comprimió por alguna satisfacción interior—, cuando vine aquí hace doce años, fue como la realización de todos mis sueños —parecía tan complacido interiormente, como un escolar que había encontrado un tesoro perdido largo tiempo y lo estuviera guardando para sí mismo—. Tengo muchos negocios en Londres —continuó—, pero nunca podría volver allá —y, con un gesto medio divertido, medio censurador, añadió—, y creo que ya te lo dije antes.

Lo que probaba que tenía muy buena memoria, pensó ella, porque así ocurrió. Fue durante una visita a su casa. Ella le había dicho que, cuando su padre acostumbraba llevarla a Inglaterra, siempre tenían que visitar a un tío en Londres, y ella odiaba cada minuto.

—Sí, lo hiciste —murmuró Raine con tranquilidad, volviéndose hacia él y encogiéndose por el dolor que aguijoneaba sus hombros.

—¿Todavía te molesta la migraña?

—Sólo es un poco de dolor de cuello —contestó sin querer hacer un escándalo—. Es una secuela de la migraña.

—Entonces veamos si podemos hacer algo por eso, ¿sí?

Cuando él la tocó, el aliento se le detuvo en la garganta. El ligero contacto de la mano contra su cuello al echar su cabello hacia atrás, hacía que su corazón latiera precipitado. Pero, cuando los dedos de Colt encontraron el punto de dolor en su cuello, Raine inhaló y él pronunció con tranquilidad:

—Date vuelta.

Ella hizo lo que le indicaba, su cuerpo entero se hallaba tenso mientras él quitaba los finos tirantes de sus hombros, reemplazándolos con el fresco contacto de sus manos.

Colt sabía lo que hacía, sus dedos masajeaban el nudo de músculos con notable habilidad y, después de un rato, ella comenzó a relajarse y dio un pequeño gruñido de reconocimiento.

—¿Mejor? —la aterciopelada profundidad de su voz era tan relajante como la astuta manipulación de sus manos y Raine respondió con un largo suspiro de satisfacción. No quería hablar. Se hallaba envuelta en un letargo tan placentero como tibio, y sus tensiones se disiparon bajo la hábil destreza de aquellas manos. Fuera de control, se abandonó por completo a él.

—Colt… —era una súplica para que se detuviera, pero su significado se perdía en la ronca emoción de su deseo. Sus labios se abrían en una involuntaria invitación y él inclinó la cabeza, reclamando su boca con una posesión que revivió cada célula de Raine. Ella lo anhelaba y deseaba recibir su peso contra su suavidad.

La chica emitió un pequeño gruñido mientras el beso de Colt hacía una lánguida exploración de su boca; su lengua examinaba la dulzura interior de sus labios, induciéndola a abandonar toda resistencia.

Los labios de Colt trazaban un camino de ardientes besos que descendía hasta el pequeño y latente hueco de su cuello y ella gruñó su nombre, estremeciéndose de deseo.

El camisón de la chica se deslizó hasta su pecho. Raine sentía la ansiosa respuesta de sus pezones al anticipar la promesa del contacto. Ella siempre imaginó que sus senos eran demasiado grandes, pero parecían hechos para las manos de él.

Cuando ella murmuró algo con suavidad, él levantó la cabeza para mirarla.

Raine yacía cono una ninfa abandonada, con un brazo extendido y las aréolas de sus senos oscuras por la excitación. Había rubor en sus pómulos, sus labios estaban abiertos y sus ojos a medio cerrar contra su deseo.

—Eres muy hermosa —era una profunda aceptación gutural, como si le costara trabajo hablar. Sus ojos estaban oscuros por la intensidad de su propio deseo—. Mi bella, abandonada muchacha.

Temblando, Raine abrió los párpados, dejó escapar un pequeño murmullo de placer al ver la leonada cabeza de él contra la cremosa

hinchazón de sus pechos. Trató de estrecharlo contra ella, pero los tirantes de su camisón se lo impedían y como si leyera sus intenciones, Colt detuvo su dulce tormento para bajar la prenda, hasta que ella quedó desnuda, excepto por el montón de seda arrugada sobre sus caderas.

—¡Oh, Dios, me vuelves loco!

Él se hallaba acostado ahora y de algún modo, los dedos de ella habían liberado la camisa del cinturón, deleitándose con la sensación de su áspero vello. Lo escuchó contener el aliento mientras deslizaba sus manos alrededor de él para acariciar los fuertes músculos de su espalda.

Él se movía, besando cada centímetro de la cremosa carne expuesta, llevándola en un viaje sensual que amenazaba enviarla al delirio. Pero, mientras sus labios se movían íntimamente descendiendo por el vientre de la chica, ella de pronto se puso tensa, pensando por alguna razón en la mujer que él había amado y con la que se había casado.

¿No quería él solamente herirla? ¿Hacerla pagar por lo que creía había hecho? ¡Y tontamente, al sucumbir a sus besos, le estaba dando licencia para hacerlo!

Inhaló y, extendiendo la mano, tomó el fuerte cabello de la nuca de Colt, con dedos trémulos.

—¡No!

Él dejó de besarla de inmediato, aunque no se movió, excepto para dejar caer la cabeza contra la suave tibieza de su abdomen con un agudo suspiro, como si se esforzara por controlarse. El cabello de Colt rozaba su piel, un sensual estímulo no intencional, y contra toda lógica, una ola de deseo hormigueó a través de ella con tanta fuerza que la hizo jadear y cruzó los brazos sobre sus senos, como un escudo contra él.

—¿Por qué me detuviste? —al sentarse la miró con tanta dureza que ella se estremeció, aunque su rostro se hallaba todavía ruborizado por la pasión—. ¿Fuiste tan astuta para detener a Tim, o le permitiste el lujo de ese encantador cuerpo tuyo antes que se volviera medio loco y tú cambiaras de idea?

—¡No! —gritó la palabra, pero él no escuchaba; el desprecio y tal vez el dolor, torcían su boca en una dura línea.

—Te gusta cambiar de idea, ¿verdad, Raine? —Colt le tomó los brazos, sosteniéndolos a cada lado de su cuerpo y mirándola,

humillándola con su ardiente mirada.

¡Oh, Dios! ¿Por qué no había recordado cuánto la odiaba, antes de permitirle que la atrapara con el dulce tormento de su pasión?

—Suéltame, Colt —aunque su voz temblaba, se las arregló para decirlo con cierto grado dé dignidad, lo cual fue un error, se dio cuenta, al ver cómo se entrecerraban los ojos de su agresor.

—No —contestó él con frialdad y con tal intención que un pequeño dardo de miedo la hirió. ¿Qué intentaba hacer? El miedo la hizo sudar y se mordió el labio, cerrando los ojos contra la frialdad de los de Colt—. Tú, insensible… —apretó aún más sus brazos, lastimando su suave carne—. ¿Por qué le hiciste eso a él? ¿Por qué?

Aquellos duros e implacables rasgos la asustaban tanto que se retorcía para liberarse de él. Dio un pequeño grito y de pronto, él la tendió y se puso a horcajadas, haciendo imposible que ella escapara. Su vehemente por qué y su apretón dieron rienda suelta al pánico y a las palabras que resonaban en su cerebro.

¡Porque volvía a casa aquel día y encontré a mi prometido en la cama con tu esposa!

Capítulo 5

No las había pronunciado. No podía. Ni siquiera cuando Colt, furioso, la sujetaba contra la cama. Una chispa de decoro previno a Raine de revelar la verdad. Qué le haría a Tim si él se enterase, no quería ni pensarlo. No fueron las súplicas de su prometido de guardar silencio lo que la detuvo seis años antes, ya que en ese tiempo la habían herido tanto que no le hubiese importado lo que Colt le hiciese a Tim.

Su mente, como un caos, recordó fugazmente aquel día… cómo Tim había estado en la casa, supuestamente decorando el hogar para cuando se casaran, y ella, a quien le habían dado la tarde libre, llegó inesperadamente, queriendo sorprenderlo. ¡Bien, había sido una sorpresa! ¡Pero para ella! Entró en lo que le pareció al principio un apartamento vacío, hasta que miró por aquella puerta entreabierta y los vio… Tim y su cuñada, sus extremidades desnudas entrelazadas sobre la cama en el completo y devastador acto de traición. Fue Stephanie quien la vio; fue Stephanie quien dejó escapar un grito que hizo que Tim mirara sobre su hombro. Toda su pasión se disolvió en un atontado:

—¡Oh, demonios!

Perturbada por ese hecho, Raine había huido del apartamento y se había negado a verlo de nuevo. Continuaba demasiado conmovida cuando escuchó del accidente, para responder a las brutales acusaciones de la gente, aunque un estricto código moral le había impedido decirle a alguien, aun a sus padres, toda la verdad y a Colt menos que a nadie. Y luego, por supuesto, cuando Stephanie murió, quedó por completo fuera de discusión.

Levantó la vista hasta aquellas intimidantes facciones y murmuró estoicamente.

—¿Por qué no tratas de preguntarle de nuevo a tu querido hermano, Colt?

Los ojos de él se oscurecieron; el apretón en sus brazos aflojó un poco. Aun así, había una línea severa en la dominante boca cuando Colt miró el rebelde rostro de ella, ignorando su desafío, para expresar con inexorable frialdad.

—¿Y qué te hace pensar que yo estoy de acuerdo en permitirte

cambiar de idea?

Señales de alarma la recorrieron al darse cuenta de lo que él quería decir y humedeció sus labios secos con nerviosismo.

—¿Quieres decir… que me violarías? —¿era esa su voz? ¿Tan trémula, tan débil?

—Oh, vamos, Raine… —las manos de Colt se deslizaron sobre sus hombros, moviéndose con tal sensualidad hacia la curva exterior de sus senos que Raine contuvo el aliento—. No sería violación, ¿verdad?

No, no lo sería, pensó Raine bajo una ola de autocondenación. Él podría volverla loca, aun cuando la odiara. Dios, ella no tenía amor propio…

—¡Por amor de Dios! Cúbrete —fue la ruda orden al retirarse de ella y, con rapidez, Raine buscó su camisón, sentándose para cubrirse con él.

Con el cabello cayendo sobre su hombro desnudo, el rostro enrojecido, los ojos luminosos por la frustración y la ira, le gritó.

—¿Qué sucede, Colt? ¿No te diviertes si no puedes tener a una mujer contra su voluntad? —se dio cuenta de lo importante de su comentario cuando él se volvió hacia ella, inclinándose con los brazos sobre la cama.

—No me presiones, Raine —la voz era una advertencia e instintivamente ella se encogió por el odio en sus ojos—. Si quisiera violarte, te juro que no te agradaría, así que agradece a tu suerte que no me hayas arrastrado tan bajo.

Y salió; la puerta del camarote se cerró tras él con un suave chasquido.

El sol estaba en todo lo alto. A través de la ventana, el agua brillaba, cegando con su resplandor, cada ola era la promesa de un día perfecto, pero Raine no podía sentirse menos dispuesta a disfrutarlo. Ardía de vergüenza. La forma en qué se comportó con Colt había sido imprudente y tonta por completo y, por el tono de él antes de dejarla, sólo sirvió para reforzar la pobre opinión que tenía de ella. Podía consolarse pensando que si no se hubiera sentido tan vulnerable, él nunca habría podido evocar tal respuesta por parte de ella. Tenía que convencerse de ello; de otro modo, no sabía cómo soportaría el día teniendo que enfrentarse a él.

A pesar de sus preocupaciones, no fue tan malo. Durante el

desayuno y la charla que siguió, Colt la trató con impecable cortesía frente a los demás. Él podía desconectar sus complicaciones personales mientras trabajaba, se dio cuenta con envidia.

En el transcurso del día, entre tomar notas e ignorar los flirteos de Andrew Day y en particular el evidente interés de su hermana en Colt, Raine se preguntaba, asombrada, cómo había ido a parar Stephanie Falloner a la cama de Tim, teniendo un marido como Colt. Era cierto, ella misma se había creído suficientemente enamorada de Tim para querer casarse, pero era joven, demasiado, pensó con ironía, para no ser cegada por su evidente encanto. Y ahora que era una mujer adulta, que se daba cuenta de la marcada personalidad de Colt, se preguntaba qué había visto Stephanie en Tim.

—¡Miren, los Picos! —la súbita observación de Andrew apartó sus febriles pensamientos del hombre sentado frente a ella, hacia el grupo de rocas a estribor del yate.

Los Day y sus colegas regresarían a su oficina de Londres y, ya en tierra firme de nuevo, Raine notó el modo en que Jocelyn se estiraba para besar a Colt en la boca mientras llegaba su taxi, con su esbelta mano descansando ligeramente sobre su manga oscura con el trasfondo de mástiles y el agua resplandeciente, hacían una pareja tan bonita que Raine se volvió al experimentar un absurdo aguijonazo de resentimiento.

¿Por qué le importaba?, se preguntó en el auto que Colt había alquilado para llevarlos al aeropuerto. Él apenas significaba algo para ella, después de todo. Y se alegraba de que el yate fuera a ser llevado a Southampton para mantenimiento y que tuviera que volar de regreso, ya que eso significaba que no tendría que estar más que un par de horas a solas con él, pensó aliviada, hasta que descubrió que él tenía sus propios planes.

Se salió de la carretera principal y tomó una desviación de sospechosa apariencia rural y Raine le clavó una mirada interrogante.

—¿Adónde vamos?

Su expresión era inescrutable.

—Hay alguien a quien quiero visitar ya que estoy aquí.

Raine lo miró con curiosidad, pero, él no ofreció ninguna explicación posterior y se encogió de hombros.

—¿Y nuestro vuelo? —de acuerdo con Jack Hardwicke, estaba reservado para las seis y no faltaba más de una hora.

—Lo pospuse para más tarde —y eso, se dio cuenta Raine, era el fin del tema.

Estaban en el nuevo bosque de Hampshire. El campo se abría y se extendía a su alrededor; los helechos y brezos eran predominantemente verdes ahora, pero con el correr de las estaciones adornarían el bosque con colores ámbar, púrpura y dorado.

—Es bella esta parte del país.

Su tranquila observación provocó una mirada de reojo de Colt.

—Creo que mi madrastra estaría de acuerdo contigo —expresó, pisando el freno con suavidad para aminorar la marcha—. Ella vendió todo en Londres y prefirió vivir aquí cuando mi padre murió.

Raine contuvo el aliento. Era la primera vez que él le permitía dar un vistazo a sus antecedentes personales. Estaba sorprendida al darse cuenta de lo poco que sabía acerca de él. Quería conocer más y estaba ansiosa por no dejar escapar esa oportunidad.

—Entonces tendrías alrededor de dieciocho años.

Había sorpresa en la mirada que le dirigió.

—Buena chica —era claro que estaba impresionado.

En realidad no le había costado mucho trabajo. Raine recordaba que Tim decía que había perdido el padre que compartía con Colt cuando éste tenía diez años, y Tim *era* ocho años más joven que su hermano.

—¿Y tu madre? —inquirió tentativamente—. Tu madre real, quiero decir.

Colt encogió los hombros.

—No la recuerdo —manifestó sin pasión—. Murió justo después que yo nací.

—Y tu padre se casó de nuevo… ¿Cuándo?

Los ojos dé Raine eran dos enormes fosos verdes llenos de curiosidad al encontrarse con los de Colt.

—Cuando cumplí los siete.

Un largo tiempo, pensó Raine.

—Debiste estar muy apegado a él, entonces.

—No, no en particular. Mi padre trabajaba lejos de casa y en mis primeros años conviví con una larga fila de niñeras y amas de llaves, así que no lo veía mucho. Él creía que el internado era lo mejor para un niño, así que en consecuencia nunca llegué a conocerlo bien —¿se imaginó un rastro de lamento en su voz?—, pero personalmente

siento que un niño debe estar con sus padres… durante los primeros y más importantes años de su desarrollo, al menos.

Raine no podía estar más de acuerdo, pero no expresó su opinión, percibiendo que caminaría sobre arenas movedizas si lo hacía. Él no podía tener todo el tiempo a su propio hijo y la culpaba a ella por eso. Sin embargo, en silencio se condolió, imaginándose la soledad que Colt debió sufrir en su niñez. Tal vez por eso era tan suficiente, tan independiente ahora.

—¿Y tu madrastra? ¿Te llevas bien con la madre de Tim? —preguntó. Luego deseó no haberlo hecho cuando él se detuvo en un cruce y la miró con dureza.

—¿Qué es esto, Raine? ¿Un interrogatorio? —preguntó frunciendo el ceño.

Así que estaba bien compartir la cama con ella, pero no su vida privada, pensó ella sintiéndose lastimada; luego se quedaron en silencio hasta que de pronto, ansiosamente, la chica preguntó:

—Colt… ¿no vamos a la casa de tu madrastra ahora? —se le acababa de ocurrir y un escalofrío la recorrió. Nunca había conocido a la madre de su ex prometido. No podía recordar siquiera a Tim visitando alguna vez a la mujer durante el tiempo que lo había conocido y, aunque se había arreglado que Raine la conocería unas semanas antes de la boda, obviamente el encuentro nunca tuvo lugar. Con seguridad la mujer recordaba su nombre… la muchacha que supuestamente había infligido tanto sufrimiento a sus hijos. ¿Así que ese era el tipo de recibimiento que obtendría si Colt la llevaba ahora con ella?

—Relájate —manifestó él, obviamente consciente de sus recelos y de la tensión en ella—. Por alguna extraña razón, ella siempre se negó a condenarte de todo corazón, así que es probable que la encuentres más tolerante hacia ti de lo que mereces.

La boca de Raine se apretó mientras luchaba por contener una respuesta. ¿Qué objeto tenía?, pensó exasperada. Deseaba no tener principios y arrojarle la verdad a la cara. Lastimarlo con ella, disfrutar al verlo enterarse acerca de la infidelidad de su preciosa esposa con su hermano. Pero no podía.

Sufrió una sensación enfermiza en el estómago cuando él se detuvo afuera de una casa de campo.

El jardín era bello. Arbustos de rosas miniatura, reflejaban el

esmerado cuidado de un jardinero amoroso. Pero no hubo respuesta al llamado de Colt y Raine exhaló un suspiro de alivio.

—Por atrás —murmuró Colt.

Era obvio que él conocía bien las costumbres de su madrastra, porque tuvo razón, descubrió Raine, al mirar a dos personas inclinadas sobre un estanque en el jardín posterior. Fue la más pequeña de ellas quien primero se percató de la presencia de visitantes.

—¡Papi!

El niño se precipitó hacia ellos y la garganta de Raine se cerró al escuchar el profundo y emotivo saludo de Colt. Vio que levantó a su hijo en brazos. Lo estrechaba con una fiera actitud de posesión que llegó hasta el corazón de Raine. No había duda de cuánto significaba Sean para él.

Los ojos de Colt encontraron los de Raine sobre la cabeza del niño y debió haber visto la emoción en ellos, porque hubo una pasajera interrogación en el duro ámbar de los suyos. Luego, se volvió a poner la máscara inexpresiva y bajó al niño al suelo.

—Sean… es probable que no recuerdes a la señorita Welland, ¿verdad?

El niño levantó la vista con sus cejitas juntas; se parecía tanto a Colt que su corazón dio un extraño vuelco. Aparte del color de su cabello, había muy poco de Stephanie en él y era posible que esa melena se oscureciera con el tiempo y se pareciera más a la de su padre.

—La viste una o dos veces cuando eras pequeño —explicó Colt con gentileza a su hijo.

Raine tomó la manecita extendida hacia ella y Sean pronunció con solemnidad.

—¿Cómo está? —provocando su asombro ante la precocidad del niño de siete años. ¡Era claro que había heredado la aguda mente de su padre, también!

—¡Colston!

La voz de la mujer rompió el íntimo silencio entre ellos.

—Madre —era un saludo formal de ambas partes, pero no había nada impersonal acerca del modo en que el brazo de Colt se deslizó sobre los hombros de la mujer, o en la manera en que los labios de él rozaron los grises cabellos de ella.

Alta y delgada, tenía un rostro serio, pero agradable, y Raine

dedujo que había amabilidad y una tranquila fuerza en sus rasgos maternales. A pesar de ello, se puso tensa cuando Colt la presentó a la mujer.

Los astutos ojos grises miraron perplejos a Colt, y él declaró, simple y fríamente:

—Sí, la misma Raine Welland —luego—, resulta que trabajamos juntos —y eso fue todo. Ninguna explicación posterior, ninguna disculpa, lo cual dejó a Raine incómoda.

—Espero que no te importe que no estreche tu mano —Ruth Falloner llevaba puestos unos guantes de hule y en una mano unas tijeras de jardín. Hizo una mueca—. Me temo que necesitarías venir al anochecer, Raine, para encontrarme en alguna otra parte que no sea el jardín.

Es por eso que el lugar es tan bello, pensó Raine. Este jardín al igual que el del frente de la casa, parecía un cuadro con su pasto bien podado, plantas pequeñas en botón y florecientes árboles frutales que competían con el dorado de un laburno. Y Raine se lo dijo.

Ruth le dio las gracias. Su estimación igualaba su tacto, decidió Raine con inquietud, porque la mujer no cuestionaba los motivos de Colt para llevarla ahí, para la silenciosa gratitud de Raine.

—¿Irás a ver mi nuevo pez, papá? —Sean tiraba de su manga y fue recompensado con una sonrisa tan tierna que la joven sintió un aguijonazo de envidia. ¡Sólo por hacerlo que le sonriera a ella de ese modo!

—Ganó un pez dorado en la fiesta de la escuela esta mañana —rió Ruth—. ¡Y ahora tiene en mente empezar a formar su propio acuario!

Esto provocó un estallido de risas de Raine y Colt. Mientras él se inclinaba al lado del estanque para mirar el pececillo dorado que le señalaba el niño, Raine supo que, a pesar de su actitud hacia *ella*, su disciplina y su amor por Sean estarían equilibrados para que su hijo creciera como una persona sensible y atenta. De hecho, los tres podían ser tomados por una familia, se le ocurrió de pronto, mientras respiraba el aroma del césped recién podado. Porque así, estando al lado de Colt mientras éste se inclinaba sobre su hijo, podría haber sido cualquier matrimonio visitando a sus parientes.

El pensamiento la asombró y se alejó para admirar una bonita enredadera en la pared de la casa, mientras trataba de poner en orden su loca imaginación. ¿Estaba deseando que Sean fuera su hijo? ¿Qué

Colt fuera… su esposo?

La idea era absurda y la desechó, tratando de prestar a Ruth toda su atención. La señora le explicaba algo acerca de la enredadera, prometiendo cortar una rama para ella cuando la época fuera apropiada, y Raine miró con abstracción las pequeñas hojas puntiagudas, diciéndose que había quedado atrapada por una poderosa sexualidad.

Era ridículo; su cuerpo ansiaba el de Colt con un hambre insana que no tenía que ver con la lógica, que ignoraba el hecho de su evidente desprecio por ella, y su instinto de conservación le advertía que estaba buscando dificultades. Quería ir a la cama con él, abandonarse para que le hiciera el amor. Sin embargo, lujuria o lo que fuera, era una emoción tan abrumadora que aun ahora sentía el anhelo del deseo insatisfecho. No pudo enfrentar la lucidez de los ojos de Colt cuando él y Sean se les reunieron, temerosa de que él reconociera el traidor torbellino que bullía en su interior.

Tomaron té en el patio, una comida ligera y pastelillos, y mientras Colt discutía asuntos de la familia en general con su madrastra, Raine conversó libremente con el niño. Este la sorprendió en ocasiones con destellos de conocimiento propios de un niño de mayor edad, y la chica advirtió la devota influencia de Colt en la crianza de su hijo. Raine levantó la vista con admiración y antes que pudiera ocultarla, él captó su expresión. El más sutil reconocimiento al levantar una ceja, hizo que Raine se ruborizara. Pero por el momento, al menos, no había animadversión entre ambos.

El sol se ocultaba tras los árboles y su luz hacía que las hojas de la nueva estación adquirieran un rico tono dorado. Desde el otro jardín llegaba el distante zumbido de la podadora.

—Sean, ¿por qué no llevas a papá a ver las plantas que pusimos en el invernadero? —sugirió Ruth, retirando su silla para levantar los platos.

Sean no necesitó que se lo dijeran dos veces. Brincando, con Colt detrás de él, gritó alegremente cuando su padre lo atrapó y lo lanzó al aire.

El rostro de Raine se suavizó al observarlos y sintió otro tirón de envidia ante el afecto que Colt mostraba al niño.

—Le ayudaré —ofreció, contenta por la oportunidad de alejarse de Colt por un rato. Él la perturbaba demasiado. Y además, quería hablar

a solas con Ruth porque sentía que debía a la mujer una especie de disculpa por presentarse en su casa de ese modo.

Afortunadamente, Ruth le permitió ayudarla a llevar los platos a la cocina.

—¿Bien? —la mujer comenzó sin ningún preámbulo cuando estuvieron en la amplia cocina con baldosas. Sus serias facciones rompieron en una sonrisa cuando observó la interrogación en los ojos de Raine—. Oh, sí —declaró Ruth sabiamente—. Sé que tienes algo en mente. También sé que Colston no dará ninguna explicación si no lo considera necesario y eso te hace sentir incómoda desde que llegaste, ¿verdad?

Raine bajó la vista al agua jabonosa que estaba llenando el fregadero, pensando en lo astuta que era Ruth Falloner. Lo era tanto como Colt, aunque no había lazos de sangre entre ellos. Encogió los hombros, frunciendo el ceño.

—Es sólo que no sabía que Colt intentaba traerme aquí —admitió con torpeza—. Ya es bastante infortunado que estemos juntos en la oficina. Pero venir aquí… —la disculpa estaba ahí, en su voz, cuando comenzó a lavar los trastos—. Debió ser una sorpresa para usted también.

La sonrisa de la mujer rechazaba la disculpa.

—He vivido demasiado para impresionarme por muchas cosas, querida —pronunció con calma, secando uno de los bonitos platos con dibujos de rosas—. Lo que sucedió entre tú y mi hijo, no era asunto de nadie más… sólo de ustedes dos. Y si Colston decidió traerte aquí, es asunto suyo, no mío.

Raine ofreció una débil sonrisa a la madrastra de Colt. Así que él tenía razón al decir que Ruth no la había prejuzgado, aunque Raine todavía se preguntaba por qué.

—Acerca de Tim… había razones —explicó la chica, encontrando la mirada de Ruth y deseando desesperadamente que ella lo supiera. Sin embargo, no pudo decir más que eso y se sorprendió al sentir una palmada tranquilizadora en el brazo.

—Él nunca te trajo a verme, ¿verdad? —suspiró Ruth, retirando un mechón de cabellos grises—. De hecho, me visita menos que nunca estos días —Raine percibió cierta tristeza en la voz de la mujer. Colston, por otro lado, viene con regularidad —continuó ella—, sin importar si Sean está o no conmigo. Cada vez que está en Inglaterra,

siempre trata de visitarme antes de irse.

Había un orgullo inconfundible en el modo que Ruth, dijo eso y Raine sintió un profundo respeto por Colt. Lo que Ruth decía sólo confirmaba lo que ya sabía… que los lazos familiares eran importantes para él. Si no lo fueran, entonces no la odiaría a ella tanto, se recordó.

—Usted lo quiere mucho, ¿verdad?

La suave observación de Raine tuvo el efecto de iluminar los fuertes rasgos de Ruth.

—Como si fuera de mi propia sangre. Él es más un hijo para mí que Tim; sin embargo, empezamos a conocernos cuando murió mi esposo —sorprendida por su comentario, Raine la observó guardar las tazas en el armario que ocupaba casi una pared—. Cuando me casé con su padre —explicó Ruth, de espaldas a ella—, Colston estaba ya en el internado, ¿ves? —encogió los hombros—. Era una lástima, pero padre e hijo eran demasiado parecidos y no se llevaban bien. Ambos eran dominantes, obstinados y con voluntades inquebrantables —sonrió—. Sacaban de quicio, pero eso es tolerable cuando va de la mano de la consideración, lealtad y fuerte sentido de responsabilidad.

—¿Su padre fue estricto con él? —preguntó Raine.

—Mucho —la respuesta de Ruth Falloner era condenatoria, pensó Raine. Luego comprendió, cuando la mujer continuó—. Eso no le hizo ningún daño, pero aun así, a veces yo pensaba que era injusto para Colt… haber sido enviado lejos tan joven… Y Henry era tan indulgente con Timothy. Si no lo hubiera sido, dudo que hubiera habido tanta rivalidad entre hermanos.

Raine se volvió a la mujer. Los mechones le caían sobre los hombros.

—Quiere decir… ¿qué Colt estaba celoso de Tim? —preguntó, sorprendida. Le parecía difícil de creer.

—Por extraño que parezca, era al revés —estuvo aún más asombrada al escuchar a Ruth decir—. Timothy siempre quiso lo que Colston tenía. Hacer todo lo que él hacía y, por supuesto, después que su padre murió, las cosas se pusieron difíciles para mí. Fue sólo a través de Colston, que financió la educación de su hermano, que Timothy pudo ir a la universidad, y estoy segura de que sabes que le dio su primer trabajo; lo llevó con él cuando la compañía se cambió a Jersey. Hasta pagó su apartamento —esto último era nuevo para

Raine, aunque por Tim supo el resto—. Él todavía trabaja para Colston… en la compañía original —informó Ruth y Raine detectó una extraña y desesperada nota en su voz—. Espero que te lo haya dicho.

No lo había hecho y Raine no había querido preguntar nada acerca de su ex prometido. Pero recordaba que a menudo él trataba de emular a su hermano, obtener esa elegancia, ese aire de mando… sin el mismo éxito. Pero eso de que siempre quisiera lo que Colston tenía… en su interior Raine se encogió. ¡Poco sabía Ruth que eso incluía a la esposa de Colt!

A través de la ventana, podía ver la alta figura en el invernadero, inclinada con interés hacia algo que sostenía el niñito, y tragó saliva, afectada por el amor que Colt sentía por su hijo.

—Quisiera que él pudiera aceptar que hay dos versiones en la historia… con Tim y conmigo —murmuró con melancolía a Ruth, quien guardaba cubiertos en el cajón—. Pero él todavía me culpa por el accidente.

—¿Todavía? —Ruth parecía sorprendida—. Esperaba que aceptara que lo pasado, pasado está —suspiró ella, secando el último plato— …él fue lastimado tanto como cualquiera por eso. Y no ayuda mucho en este momento, lo que le pasó a Timothy…

Raine le dirigió una mirada inquisitiva, percibiendo que había estado a punto de decir algo más… y también, que Ruth no se refería sólo al impedimento físico de su hijo.

—Y por supuesto… perdió a Stephanie.

Por alguna razón, el comentario de Ruth hizo que Raine se estremeciera con una emoción indefinible.

—Creo que es mejor que volvamos con los muchachos antes que vengan a buscarnos, ¿no? —la sonrisa de Ruth era efusiva y accediendo, Raine la correspondió, excusándose primero para ir al baño.

Se refrescó, pensando en lo agradable que era su anfitriona. Cuando Colt la llevó ahí, esperó tolerancia por parte de la madre de Tim, ¡pero definitivamente no afecto… menos amistad!

Al bajar por la escalera para reunirse con los demás, hizo una pausa en el vestíbulo al escuchar que llamaban a la puerta. Deliberó si debería abrirla y cuando decidió hacerlo, recibió la segunda peor sorpresa de su vida.

Capítulo 6

Boquiabierta, Raine miraba un familiar par de ojos azules, los una vez espléndidos rasgos, se hallaban ahora endurecidos por una fea cicatriz que atravesaba una mejilla. El cabello, más rubio que el de Colt, coronaba una piel igualmente blanca, que en ese momento parecía haber quedado desprovista de color.

—¿Qué diablos haces aquí? —la suave voz que una vez tuvo el poder de hacer que le temblaran las piernas, ahora tenía un matiz de ardiente disgusto y, sobrepuesta a la sorpresa inicial, Raine pudo recuperar su voz.

—Tim, yo… —no sabía qué decir. Fue vagamente consciente de que Sean se detenía en seco, al reconocer a su tío casi como si hubiera sido castigado, y con un torbellino en la mente, la chica murmuró—. Colt me trajo.

—¿*Madre*? —era una acusación, más que un saludo. Su cara se contorsionó mientras su mirada iba más allá de Raine y el niño. Con una mezcla de asombro y de piedad, observó a Tim cojear con torpeza a través del umbral, ayudado por un bastón.

Ruth estaba tan pálida como su hijo. Y sólo Colt, alto, amenazador a su lado, parecía imperturbable por esa inoportuna aparición de su medio hermano; su expresión era impasible, inescrutable. Raine se preguntó por qué estaría ahí Tim. Las visitas de él a su madre eran escasas para que esta fuera alguna temible coincidencia. Con los ojos ardientes, pasó frente a Colt ignorando su llamado y huyó hacia el jardín, conteniendo lágrimas de enojo y frustración.

¿Cómo pudo hacerlo? ¿La odiaba tanto que la expuso a los horrores que causó al negarse a casarse con Tim? ¿La obligaba a encararlos? ¿Qué los aceptara como obra suya?

—¡Raine!

Colt estaba atrás de ella y la hizo volverse, pero ella pudo zafarse.

—¡Eres un bastardo indescriptible! —cada célula de su cuerpo lo odiaba. Las lágrimas corrían por su cara, no por Timothy, sino por la increíble crueldad de Colt—. ¡Tú lo arreglaste! Me trajiste aquí… hiciste que Tim viniera para obligarme a verlo así… tú… tú… —sus dedos trataban de arañar su rostro, pero Colt la detuvo.

—¡Raine! ¡Por el amor de Dios, cálmate! —la sacudió con gentileza

—. ¿De verdad crees que tuve algo que ver con eso? —señaló con la cabeza hacia la casa—. Admito que quiero que respondas por lo que hiciste, pero sólo ante mí —su voz era ronca por una especie de cruda emoción que la hizo mirarlo inquisitivamente—. Es mera coincidencia —lo escuchó sobre el ligero murmullo de las hojas del sicómoro atrás de ellos—. Pero independientemente de cómo funcione esa bonita conciencia tuya, vas a tener que…

—Muy conmovedor —las burlonas palabras de Timothy cortaron las de Colt, haciendo que ambos se volvieran. Estando tan cerca de Colt, Raine se dio cuenta de lo que debía parecer eso—. Y no es coincidencia, querido hermano —cojeó a través del patio. Su figura y estatura eran una mera sombra de las de Colt; su bastón provocaba un apagado sonido sobre las piedras—. Llamé a tu oficina, pero me dijeron que estabas en Inglaterra, así que volé hasta acá. Supuse que no perderías la oportunidad de hacerle al hijo respetuoso —había un crudo antagonismo, un resentimiento tangible en Timothy hacia su hermano, que Raine no vio en él seis años antes, y los ojos de aquél se entrecerraron al mirarla a ella y a Colt—. Bien, parece que tengo la respuesta a lo que quería saber —su voz estaba llena de desprecio—. Ahora comienzo a entender por qué tuviste el maldito atrevimiento de autorizar el retiro de mi cuenta de gastos, de amenazar mi trabajo.

—Has estado jugando demasiado —fue la fría y sucinta respuesta de Colt.

—¿Y qué más me queda por hacer, por amor de Dios? —la amargura en la voz del joven traspasó a Raine. Sí, el Tim encantador y seguro al que conoció en una fiesta y del que se enamoró instantáneamente, había cambiado y supuso que era a este resentimiento y a esta amargura a lo que Ruth aludió antes. A pesar de lo que la había herido, Raine sintió piedad por él. Escuchó a Sean llamar a su padre desde el umbral, luego a Ruth conduciéndolo diplomáticamente al interior de la casa.

—Para ti está bien —exclamaba Timothy con desprecio bacía su medio hermano—, con tu imperio personal, tu coche de lujo y tu dinero. Pero las mujeres no caen a mis pies ahora —rió con un horrible sonido que hizo que Raine se estremeciera—. ¿Qué se siente jugar con la que era *mi* chica?

—¡Tim!

Era claro que las secuelas del accidente lo habían amargado de

una manera increíble. Había una hostilidad palpable entre los dos hombres, que podía cortarse con un cuchillo.

—Bien, ¿qué te ha dicho ella? —ignorando la aguda protesta de Raine, miraba a Colt con suspicacia. Su boca se torcía en forma desagradable y él sospechaba que ella le había dicho a su hermano acerca de su relación con Stephanie—. ¿Te ha contado lo bueno que había entre nosotros, Colt? Es una gata salvaje en la cama, ¿verdad?

—¡Timothy! Sólo estoy trabajando para Colt… nada más —espetó en tono punzante, despreciando a su ex prometido por rebajarla aún más a los ojos de su hermano. Ella nunca había ido a la cama con Tim, nunca le había permitido hacerle el amor durante su breve compromiso, queriendo… ¡ingenua como era!… guardarse para él hasta después que se casaran, a pesar de los incesantes intentos de él para hacerla cambiar de idea. Ahora, al pensar en ello, quería reír de la candida criatura que había sido.

—Oh, vamos cariño. Lo que acabo de ver rebasa los límites del trabajo. ¿Pero estás segura de que él puede satisfacerte? ¿Segura de que él es lo que quieres? —sus nudillos blancos se aferraron al bastón, pero una sonrisa odiosa de desdén curvó sus labios—. ¿Un hombre que no puede siquiera permanecer con su esposa?

—¿Adónde quieres llegar, Tim? —la áspera pregunta de Colt parecía cortar el aire y un pequeño murmullo de, protesta salió de los labios de Raine. En el rencor de Timothy, percibió sólo un deseo de lastimar a su hermano. Para hacerle pagar… ¿por qué? ¿Por tener su salud y fuerza? ¿Por las cosas que el accidente que él causó le había robado?

—Tim, no… —suplicó, tratando de prevenir una horrible escena entre los dos hermanos. No deseaba que Colt sufriera más de lo que ya había sufrido. Lo cual era extraño, pensó con ironía, ya que él aún quería herirla…

Vio palidecer el rostro de Tim.

—¿Quieres decir que no le has dicho nada?

Había incredulidad en su voz al apagarse, pero la demanda de Colt cortó el silencio como un látigo.

—¿No me ha dicho qué? —avanzó un paso hacia su hermano e, inconscientemente Raine lo tomó del brazo, temiendo a lo que conduciría una revelación.

—No es nada, Colt…

—¿Nada? —el tono de Timothy era sarcástico—. Tu lealtad es encomiable, Raine, pero se lo dirás a la larga —murmuró con una mirada de enojo en dirección a Colt—. Me han dicho que su poder de persuasión con las mujeres es de lo mejor. Bien, es tiempo que lo sepa —Raine se dio cuenta de que a él no le importaba.

—¡Tim!

—¿Por qué no debería él saber cómo fue que llegaste y encontraste a Stephanie en la cama conmigo?

Raine no estaba segura de qué sucedió después, sólo recordaba el fiero gruñido de Colt mientras se lanzaba contra Timothy y el jadeo de Ruth desde el umbral. Pero casi sin darse cuenta, Raine se interpuso entre los dos hombres, con ojos muy abiertos, desesperada y gritando frenéticamente.

—¡Colt, no!

Él se detuvo en seco, con los puños apretados, los dientes trabados y con una línea blanca alrededor de la boca por la rigidez de su mandíbula. Atrás de ella escuchó la exclamación burlona de triunfo de Timothy.

—Tu preocupación por mí todavía es conmovedora, querida, pero innecesaria. Mi hermano no se rebajaría a golpear a un inválido. Está más allá de esa suprema integridad suya.

Atontada, Raine se dio cuenta de que su acción podía parecer como si estuviera protegiendo a Tim, quien no sabía qué motivos la habían hecho interponerse entre ellos. Sólo el inmenso control de Colt lo había detenido de golpear a su hermano más que la desesperada súplica de la chica; ella lo sabía por instinto.

—¡Mi propio hermano! —el suave susurro de Colt contenía repugnancia, pero su angustia era evidente en las tensas líneas de su boca y mandíbula y en las oscuras profundidades de sus ojos. Increíblemente, Raine sentía su dolor; se preguntaba cómo podía soportar enterarse de le infidelidad de su esposa. Quería decir algo, apartar la atormentada mirada de su rostro, pero no podía pensar en nada que ayudara.

Cerca, escuchó el susurro de Ruth.

—¿Colston?

Él la miró, con una dolorosa interrogante en los ojos.

—¿Sabías acerca de esto? —exhaló levantando el pecho.

Ruth dudó.

—Sospechaba algo —admitió con tristeza. Esa era la razón por la que la mujer no había condenado a Raine.

La tibia calidez del día había desaparecido. El viento levantaba olas en el estanque y, encima de los árboles, la fresca brisa traía nubes grises desde el mar. Raine se estremeció de nuevo. Sentía la fuerza de la mano de Colt en su brazo mientras la empujaba con suavidad y se encaraba directamente con su hermano.

—Sólo agradece a tu buena estrella que ya uses bastón —lo escuchó decir con desdén—, ¡o, por los cielos, me hubiera encargado de que necesitaras uno!

Ella lo había visto dolido y furioso antes; indignado, quizá, cuando la había llamado aquél día después de la muerte de Stephanie. Pero aun entonces no recordaba haberlo visto así. Su dolor era tan palpable que casi podía tocarlo.

—Es curioso, ¿no Colt?, que ella me prefiriera en lugar de a ti —no podía creer que Tim quisiera todavía lastimar tanto a su hermano, pero estaba abusando de la paciencia de Colt, pensó con un escalofrío —. Sabes, ella quería dejarte, Colt… irse a vivir conmigo —rió—. ¿Podrías haber soportado eso… perder a tu esposa con tu insignificante medio hermano?

Si antes había estado alimentando el fuego al provocar el enojo de Colt, ahora le añadía combustible, pensó Raine con un pequeño temblor de miedo y se sorprendió cuando los músculos del rostro de Colt se relajaron. Colt parecía sorpresivamente controlado.

—Fuiste engañado, hermanito, si te halagaba pensar que eras el único —respiró profundamente—. Stephanie tenía varios amantes y no siempre en sucesión. El único factor que la redimía era que era notablemente discreta —el rostro de Colt se endureció—. Lo que yo no sabía era que ella no tendría escrúpulos en tratar de seducir a un miembro de mi propia familia… ¡y que tú pudiste ser un bastardo! —su boca se curvó con desdén—. No puedo soportar quedarme bajo el mismo techo que tú.

Cuando Colt se alejó, Raine se quedó pálida por su revelación, sólo apenas consciente de que el color que había en las mejillas de Tim había desaparecido por completo. Vio a Ruth avanzar hacia Colt, pero Raine se quedó inmóvil. Su mente era un torbellino acerca de lo que se había dicho. No podía aceptar el hecho de que al fin la verdad hubiera salido a la luz. Tensa, observó a Ruth y a Colt entrar y trató

de seguirlos. Luego se encogió cuando la mano de Tim de pronto rodeó su muñeca.

—Lo siento —murmuró—. De verdad. Acerca de lo que sucedió con Stephanie, quiero decir —él parecía contrito, si eso era posible. Aun con la cicatriz que alteraba las facciones perfectas, era un hombre muy guapo. Sin la fuerza de carácter de Colt, por supuesto, pero atractivo—. Él tenía tanto —continuó Timothy—. No pensé hacer daño divirtiéndome un poco con su esposa. Fue sólo una cana al aire, pero yo sólo te quería a ti; sin embargo, tú… tú me volviste loco con tus besos inocentes y tus malditos principios virginales… —apretó los dientes, recordando la frustración que había sufrido cuando salían. Aumentó la presión cuando ella trató de alejarse—. ¿No ves que fuiste tú quien me llevó hasta Stephanie?

—¿Cómo te atreves a decir eso? —exhaló Raine con amargura y sus ojos chispeaban de furia—. No puedes culparme más por lo que sucedió entonces. Colt lo sabe. Ahora, si no te importa, ¿quieres soltar mi mano?

No lo hizo. Tiró de ella con tanta fuerza que casi le hace perder el equilibrio y tuvo que detenerse de la manga de la ligera chaqueta que llevaba Tim.

—Todavía podemos hacerlo —lo escuchó decir mientras, asqueada, trataba de zafarse de él—. No es posible que tengas la esperanza de llegar a algo con Colt —hizo una mueca y el viento agitó los mechones de cabello rubio a través de su cara—. Además de ser demasiado joven para él, no eres su tipo. Pero podríamos estar bien juntos. Y ahora que eres mayor… mas experimentada… —se llevó la mano de Raine a sus labios y, horrorizada por lo que él sugería, sólo pudo mirarlo y pensar en lo que Ruth había dicho acerca de que Tim quería todo lo de Colt. Y era evidente que él creía que *ella* era de Colt. ¿Y qué otra cosa, sí no la locura, podría prestarle la audacia de creer que ella saldría con él después del modo en que la había tratado?, pensó acremente cuando de pronto la soltó y entonces se dio cuenta del porqué.

Colt había salido de la casa. Sus ojos se entrecerraron mientras miraba de Raine a su hermano y ella no podía decir si él había visto el gesto de Tim o cómo lo había interpretado. Pero su tono era glacial al ordenar.

—Ve por tus cosas. Nos vamos —sin disculparse, se volvió y

regresó a la casa.

Lanzando una última y fría mirada a su hermano, Raine lo siguió, sintiéndose más como si acabara de ser condenada que absuelta.

Hubo un helado silencio entre ellos cuando Colt condujo hacia Southampton. Arreglaron que llevaría a Sean con él por el fin de semana y el niño, habiendo gastado su energía en un estallido de vivaz conversación cuando subió al auto, estaba ahora dormitando en la parte trasera. Había comenzado a llover, así que Colt puso a funcionar los limpiadores intermitentes y el radio.

Tal vez sentía la necesidad de algo que aliviara la tensa atmósfera, pero algunas palabras de arrepentimiento de su parte hubiera sido mejor comienzo, consideró Raine dolorida mirando el campo abierto. La música era relajante, una pieza clásica que reconoció como el *Claro de Luna* de Debussy. Y dejó que el suave tema calmara algo de su tensión. Se preguntó después si Colt lo había puesto con ese propósito, más que por romper el incómodo silencio, porque cuando abrió los ojos de nuevo, le lanzó una mirada y murmuró:

—Así esta mejor —volviendo su atención al camino, la sorprendió diciendo con un suspiro—. Bien… parece que me equivoqué acerca de ti.

¡Se estaba quedando corto! Raine controló un súbito destello de dolida indignación y respondió con un simple:

—Sí.

Él la miró de nuevo, notando la emoción de sus ojos y pronunció con impaciencia.

—¿Qué se suponía que debía pensar, Raine? ¿Cuando yo confiaba en que mi hermano estaba tan embelesado contigo como para volverse loco y salir y chocar su auto. Y tú no me dijiste la verdad… ¿por qué? —después de un momento, sugirió con gentileza—. ¿A causa de lo que pensabas que le haría a Tim?

¿Era eso lo que él creía? Lo miró horrorizada, luego expresó con desaprobación.

—No, por supuesto que no.

—¿Entonces por qué?

Era una demanda dura, pero cuando los ojos de ambos se encontraron, no pudo responderle. Pero él sabía.

—¡Dios santo, Raine, debes disfrutar el castigo!

—Si pensabas que en realidad me gustaban tus amenazas… que quería que tú…

—¿Que yo qué? —preguntó al no terminar ella la frase—. No tiene objeto ignorarlo, querida. Existe una química asombrosa entre nosotros y, quieras aceptar o no, me correspondiste, Raine. Siempre sucede así cuando te toco. Y si no tuviéramos a Sean con nosotros, amontonados como estamos en este auto, te lo demostraría.

Raine tragó saliva, dirigiendo una sigilosa mirada a la silenciosa figurita del asiento trasero. ¡Siete años de durmiente inocencia la habían protegido de Colt y la traicionera respuesta de su propio cuerpo! No podía estar más contenta de que estuviera ahí.

—Qué pena que no puedas hacerlo —expresó para ocultar su incomodidad, esperando que él no notara el súbito golpeteo en su pecho—. De otro modo habría sido deprimente para ti, descubrir que te equivocaste dos veces el mismo día.

Él miró el espejo retrovisor y de nuevo el camino.

—Raine Welland… vivirás para arrepentirte de esas palabras —prometió con suavidad, apagando el radio porque una banda comenzaba a tocar una alegre marcha. Raine sentía una pequeña ola de excitación que la sacudía. Ahora que él sabía la verdad acerca de Tim y Stephanie y no buscaba venganza tratando de someterla, no perseguiría sólo un frío interés sexual en ella, ¿verdad? Porque eso era todo. Y en ese segundo, sus pensamientos se volvieron a la mujer que él había amado lo suficiente para casarse con ella, al todavía sorprendente conocimiento de que Stephanie hubiera tenido aventuras con otros hombres además de Tim y que, más sorprendente aún, Colt supiera acerca de ellos. De seguro habría sufrido por eso.

—¿Por qué no te divorciaste de ella… de Stephanie, quiero decir? —la pregunta salió antes de que pudiera evitarlo y lo miró tentativamente, pero esa fría e impasible máscara no expresaba nada.

—Había razones —respondió con un largo suspiro. Y una de ellas era que probablemente todavía la amaba, pensó Raine—. Bien… ¿aceptarías mis disculpas?

Habían dejado el bosque y se aproximaban a los suburbios de la ciudad. Raine se estremeció ante las desapasionadas palabras de Colston. No había en él pérdida de dignidad. No se empequeñecía por el arrepentimiento. Sólo una firme, franca aceptación de estar

equivocado. En cierto modo, envidiaba esa dura e invulnerable serenidad de él.

—Olvidémonos de eso —murmuró ella con igual frialdad.

—Así que él lo sabe ahora —manifestó a Colette una semana después, luego de explicarle acerca de la visita a la madrastra de Colt y su encuentro con Tim, aunque había evitado mencionar que la mujer con quien Tim había estado involucrado durante su compromiso había sido Stephanie Falloner.

Se hallaban sentadas en la playa, adornada con los bronceados cuerpos de los primeros turistas; Raine enterró los pies en la arena tibia y los levantó para observar los granitos de arena que corrían entre sus dedos.

—Colt no podía ser más diferente conmigo desde entonces; sólo que…

—¿Sólo que qué? —Colette, con su pequeñez enfatizada por un escaso bikini rosa con lunares, miró a su amiga con curiosidad—. Dijiste que te envió flores. Te llevó al mejor restaurante de la isla. ¿Qué más quieres del hombre… sangre?

—No es eso —suspiró Raine, sus senos se erguían bajo el traje de baño blanco de una pieza, mientras jugueteaba con las cintas. No estaba segura de lo que trataba de decir. Después de todo, Colt *había* cambiado con ella.

Primero, con las rosas. Rosas rojas. Sin ningún mensaje. Sólo una pequeña tarjeta blanca con su firma. Y las aceptó por lo que eran, una sutil disculpa… igual que la cena subsecuente.

En el interior del exclusivo restaurante iluminado por las velas, descubrió un Colt que podía hacerla reír, que compartía su gusto por la música clásica y popular, y también su aversión por la televisión en exceso. Él se relajaba nadando y jugando squash, lo cual explicaba su óptima condición física. Y cuando ella admitió que le gustaba correr ocasionalmente para aliviar sus tensiones, le agradó recibir su aprobación.

Por primera vez se encontraban en iguales condiciones, sin hostilidad, de mujer a hombre.

—Estoy loca por él —murmuró desesperada, casi para sí misma—. Y eso me aterra.

Después del modo en que Colt la trató, la lógica le indicó que sería tonto involucrarse con él. Aun así, no pudo evitar sentirse decepcionada cuando fue a la oficina el lunes en la mañana y descubrió que él no estaba, ni pudo evitar un imprudente vuelco de su corazón cuando él llamó para decir que Sean estaba enfermo y le pidió que tomara varios expedientes y los llevara a su casa.

—¡Qué afortunada! —comentó la recepcionista cuando Raine le informó dónde estaría. Pero, al guardar su libreta de notas y su lápiz en su bolso, todos sus sentimientos fueron sobrepasados por la preocupación por el niño. Colt mencionó que tenía un ama de llaves que iba todos los días, así que el estado de Sean debía ser serio, sospechó.

Con rapidez reunió las cosas que Colt necesitaba y en minutos estaba en camino, recorriendo la bahía de St Quen. La brisa llegaba a través de las ventanas abiertas del coche. El chocar de las olas contra las rocas le recordaba a Raine lo peligrosa que era la bahía, excepto para entusiastas del surf y nadadores experimentados. El escenario cambió dramáticamente más al norte, cuando llegó a la impresionante entrada de la casa, bordeada de árboles.

Estaba casi como la recordaba; enorme, laberíntica y blanca, con vista hacia su propia bahía.

Sintió el hormigueo de los nervios al llamar a la puerta principal y su corazón perdió un latido cuando el mismo Colt abrió.

—¿Qué hiciste… volar? —su divertida sorpresa la hizo darse cuenta de lo poco que había tardado en llegar ahí y el color pintó sus mejillas cuando él se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Me querías, así que aquí estoy —respondió ella enigmáticamente, esperando que él no se diera cuenta de que había sido impulsada por un tonto deseo de agradarlo—. ¿Qué sucede con Sean?

Un amplio hombro se levantó y la boca dominante se torció con ironía.

—Es sólo que está mal del estómago desde ayer. El doctor parece pensar que estará bien en un día o dos, pero el niño no está comiendo nada.

Raine frunció el ceño con simpatía. Colt parecía cansado, pensó, notando las oscuras manchas bajo sus ojos y las arruguitas alrededor de ellos.

—¿Pasaste mala noche?

Él hizo una mueca y manifestó con sequedad.

—Podrías decir que sí. Y para empeorar las cosas, la hija de la señora Bisson llegó a su casa con un nuevo bebé y necesita a su madre, así que no vendrá por algunos días.

Raine lo sintió por él mientras iban al estudio, una habitación sorprendentemente ordenada para un hombre que no tenía esposa, con su ama de llaves ausente y su hijo enfermo. El escritorio, sin embargo, parecía desordenado, con una montaña de papeles esparcidos y había un jarrón con flores marchitas sobre la repisa de la chimenea.

Fue una mañana agotadora, sin tiempo para conversaciones sociales. El teléfono no cesó de sonar y Colt dictaba cartas a un paso que hizo a Raine sospechar que haría llorar a la mayoría de las secretarias. Se alegró de que su velocidad en taquigrafía fuera excepcionalmente buena. Se hallaba transcribiendo en la máquina de escribir eléctrica cuando él se levantó a preparar café y, después de unos cuantos minutos, lo siguió a la cocina. Era amplia y soleada. Colt servía un vaso de leche tibia, al parecer para Sean.

—¿Puedo ir contigo?

Él estaba a punto de subir, pero hizo una pausa, obviamente sorprendido de verla ahí y una sonrisa curvó su boca al notar la expresión implorante de ella.

—Si quieres.

Cuando entraron en el pequeño dormitorio, Sean sonrió débilmente a su padre antes de dirigir una curiosa mirada a Raine, pero tenía fiebre y después de tomar unos cuantos sorbos de leche, comenzó a gemir cuando Colt trató de inducirlo a que la bebiera toda.

—Vamos, hijo… debes tomar algo de alimento —persistió y, sentándose al lado de la almohada de Sean, deslizó un brazo bajo sus hombros.

Como si fuera todo lo que necesitara, el valiente muchachito tomó unos cuantos tragos más, aunque fue todo lo que pudo hacer. Comenzó a gimotear de nuevo cuando sonó el teléfono.

—Yo contestaré —ofreció Raine cuando Colt iba a levantarse, pero fingió no oír la sugerencia de él de que tomara la llamada en su dormitorio, pues se sentía más cómoda contestando en el vestíbulo.

Era Jocelyn Day, que hablaba desde la oficina de su hermano en Londres, y Raine detectó que la mujer estaba enfadada al escuchar a

la secretaria de Colt responder el teléfono de su casa.

—¿Me comunicas con él? —pidió con rudeza—. Nunca me gustó dar recados a través de las mecanógrafas.

Raine se mordió la lengua, suprimiendo una oleada de ira, y subió a llamar a Colt.

—Te tardaste mucho contestando —comentó él divertido al ponerse de pie, consciente de lo avergonzada que se sentiría ella de entrar en su dormitorio. Raine se ruborizó, sintiéndose ridícula.

—Me haré cargo aquí, si quieres —sugirió ella ocultando su incomodidad. Tomó el vaso y se sentó al lado de Sean. Al salir Colt de la habitación, sintió una emoción indescriptible al abrazar al niño. Su cabello estaba húmedo por la transpiración y le acarició la frente, murmurando palabras de consuelo antes de ofrecer leerle un cuento. Cuando Colt regresó, encontró el vaso casi vacío sobre la mesa de noche y a su hijo dormido contra el pecho de Raine.

—¡Dios! ¿Cómo lo hiciste?

Colt miraba apreciativamente del vaso al niño dormido y luego al rostro de Raine… enmarcado por el cabello que le caía sobre los hombros, como seda ardiente contra el oro pálido de su hijo… y Raine sonrió.

—Simplemente le dije que las vacas se molestarían si se enteraban de que a él no le gustaba su leche —respondió con una sonrisa traviesa— y eso pareció lograrlo.

Colt se acercó a la cama y Raine miró nerviosamente aquellas fuertes y atractivas facciones. De algún modo, su cercanía parecía minar su fuerza, la hacía sentirse débil y vulnerable como el niño que tenía en sus brazos.

—Debes tener un don con los niños —comentó él y su boca se curvó en las comisuras.

—No somos muy diferentes de los animales y tuve mucha práctica en ese campo —recordó una ocasión en particular, cuando se quedó toda la noche con su padre cuidando a un becerro enfermo—. Y eso no fue lo que dijiste hace dos semanas —añadió—. Si recuerdo bien, fuiste poco halagador acerca de mis instintos maternales.

La boca de él se torció hacia un lado y lo escuchó maldecir.

—Parece que hablé demasiado —admitió con tono de arrepentimiento. Luego, con un suspiro, agregó—. ¿Y no me has perdonado todavía?

Al ver la sincera necesidad de él de que lo hiciera, respondió provocativamente.

—No —y no pudo evitar sonreír al ver la chispa desafiante de sus ojos.

—Entonces tengo que tratar de hacerte cambiar de idea, ¿verdad? —el sonido de la cama al ceder bajo su peso, la hizo estremecer. A esa distancia Raine podía oler su colonia… sentir el calor que emanaba de él…

—¿Qué te hizo dejar la granja… Guernsey… en primer lugar? —preguntó Colt de pronto.

Raine encogió los hombros. Luego, sin mirarlo, le explicó brevemente su necesidad de independencia.

—¡Mis padres son encantadores, pero no podían… no pueden… aceptar el hecho de que ya crecí! —concluyó riendo y al mirarlo, notó que su cabello brillaba a la luz del sol de la ventana y que tenía un pequeño rasguño en la barbilla que debió hacerse al rasurarse.

—¿No había alguien por quien no quisieras irte?

Se refería a un novio, pero Raine no replicó de inmediato. El tranquilo murmullo del mar en la bahía y la suave respiración de Sean llenaban el silencio, enfatizando su vacilación al responderle.

—No —admitió al fin, levantando la barbilla, un gesto inconsciente de rebelión que lo hizo sonreír con suavidad.

Al mirar al niño acurrucado contra ella, la esbelta mano acariciando la tibia frente del niño y las provocativas curvas bajo el vestido azul pálido, Colt sonrió.

—Afortunado Sean —susurró—. ¿Me confortarías de igual modo si yo estuviera enfermo?

Era una pregunta frívola, pero Raine se sorprendió al darse cuenta de cuánto deseaba decir que sí y temió que probablemente hubiera un gran número de mujeres a quienes podría llamar si necesitaba a alguien. Al menos a la encantadora Jocelyn Day. Los celos le rasgaban las entrañas.

—¿Alguna vez te enfermas? —una mirada de duda sobre sus anchas espaldas y pecho hizo que su estómago diera un vuelco.

Dio un resoplido de desaprobación.

—Lo creas o no, Raine, *soy* humano —aseguró poniéndose de pie—. Y tú ahí sentada en la cama de mi hijo, sólo me recuerdas cuánto. Así que es mejor que acostemos a Sean y bajemos antes que comience a

poner en práctica ideas que no tienen nada que ver con la razón por la que estás aquí. Permíteme.

Levantó a Sean, pero sus dedos rozaron accidentalmente la curva de su seno, y se puso tensa, conteniendo el aliento. Por la mirada interrogante que le dirigió, él era consciente de la reacción de ella, aunque no hizo ningún comentario. Después de eso, aunque el resto del día transcurrió con tranquilidad, la peligrosa química que existía entre ellos se hizo sentir de nuevo, dejando a Raine tensa y nerviosa, como si viviera bajo un volcán a punto de hacer erupción.

Terminaron tarde de trabajar. Colt había subido a ver a Sean, y Raine estaba reemplazando las flores marchitas sobre la repisa de la chimenea con botones de caléndulas que había visto crecer fuera de la ventana de la cocina. Colt regresó al estudio.

—¿El toque femenino?

Ella se dio media vuelta, notando el gesto de burla en sus labios y se preguntó si habría sido demasiado presuntuosa al poner las flores.

—Si tienes alguna objeción, las…

—No —sus labios se comprimieron al acercarse a ella—. Lo apruebo y Sean está pidiendo verte antes que te vayas. Parece que tuviste mucho éxito con él.

Raine tragó saliva al acercarse él y detenerse frente a ella. Su cercanía dificultaba lo que ella intentaba decir. Pero quería ayudarlo, aliviar las dificultades de estar solo, prestar un poco de consuelo al niño sin madre. Moviendo su peso de un pie al otro, murmuró con incomodidad:

—Yo… yo podría quedarme si quieres —ya estaba. Pero la burla en los ojos de Colt la hizo sentir aún más torpe… se preguntaba si debió haberse quedado en silencio.

Las manos de Colt sobre sus hombros le aceleraron el pulso.

—Gracias —respondió él con ironía—, pero tengo que cuidar un hijo enfermo y creo que serías una distracción de la que es mejor que prescinda.

El contacto casual de sus manos era demasiado estimulante a través de su delgado vestido y, con la boca seca, expresó ácidamente.

—Estaba ofreciendo mis servicios… no a mí misma —avergonzada de que él hubiera interpretado su sugerencia en otro sentido.

—Lo sé —él miró los indignados rasgos de ella—. ¿Pero en realidad piensas que podríamos pasar la noche aquí juntos, solos, sin

terminar en la misma cama?

—Sí —respondió y vio que una espesa y dorada ceja se arqueaba con escepticismo.

—Si piensas eso, querida niña, entonces estás fingiendo ante ti misma y ante mí —expresó amonestándola. Sus manos descendieron por los brazos desnudos de Raine, causándole un hormigueo a lo largo de su espina—. Cada vez que me acerco a ti a diez centímetros de distancia, recibo una señal que es más fuerte que todos los afrodisíacos y pociones amorosas juntas.

—¡Estás imaginando cosas! —trató de reír, enferma por no poder ocultar sus sentimientos como él y enfadada con Colt por poder decirlo con tanta facilidad.

—Oh, no, no es cierto —respiró con suavidad y la atrajo, haciendo que su sangre se acelerara. La movía hacia él. Cada impulso de su esclavizada feminidad gritaba por sus besos… el éxtasis de sus caricias. De pronto, la alejó—. Estás emitiendo la señal ahora, y casi logras que haga algo acerca de ello, así que creo que cuanto más pronto te vayas a casa, mejor.

No necesitaba que se le dijera dos veces. Se apartó de él, manteniendo la cabeza desviada para que no viera la desilusión en su rostro y subió por la escalera para ver a Sean.

El niño estaba todavía despierto. Le dio un beso de buenas noches y sintió un tirón en su corazón cuando le preguntó:

—¿Vas a volver de nuevo mañana?

—Sí —prometió Raine sonriente, y se alegró al descubrir que tenía menos fiebre que antes.

Pronto estaría bien, pensó con alegría en tanto conducía a casa, lo que significaba que sólo tendría que ir a casa de Colt unos cuantos días. No podía evitar preguntarse por qué, si inicialmente él estaba tan determinado a hacerla pagar con su entrega, ahora se reprimía tanto. No era porque no la deseara ya, porque cada mirada, cada contacto, por casual que fuera, le decía que sí. Sólo podía suponer que lo que Tim dijo era verdad, que no era el tipo de su hermano. Y adivinaba que, ahora que Colt ya no buscaba herirla, era probable que buscará gratificación física con alguien más mundana como Jocelyn Day.

El pensamiento la lastimaba, pero, apagando el motor, Raine trató de convencerse de que no le importaba. Después de todo, ¿qué era

ella, aparte de su empleada?, pensó medio enojada, mientras entraba en el apartamento. Pero aun así, esa noche su sueño estuvo lleno de sueños eróticos con él y despertó para descubrir que todavía estaba oscuro y que su almohada estaba húmeda de lágrimas.

Pasaron dos días antes que Sean estuviera lo suficientemente bien para levantarse. Raine conducía hasta la casa cada mañana, luego se sumergía en el trabajo que Colt le daba, respondiéndole concisa cuando él trataba de conversar, pues estaba renuente a reconocer los cálidos sentimientos que surgían en ella cada vez que él le sonreía de cierto modo.

Al principio parecía conforme con dejarla con su reticencia; él mismo estaba sumergido en el trabajo, así que la sorprendió cuando entró en el estudio la tercera tarde y, con una mirada de desaprobación hacia la máquina de escribir, ordenó:

—Apaga esa cosa. Voy a sacar a Sean para que tome un poco de aire y él pidió especialmente que vinieras con nosotros.

La inmediata respuesta de Raine fue de protesta, diciéndole que tenía mucho que hacer. Pero él insistió y la chica obedeció, preguntándose cuánto tendría que ver la invitación con el niño, o si su padre tendría alguna influencia en él.

Era un día ideal, soleado y limpio. Sorprendentemente, Raine se relajó con Colt mientras él salía de la casa y tomaba la carretera. No habían avanzado mucho, antes que siguieran un camino angosto bordeado de árboles.

—Recientemente hice una adquisición —informó, viendo la interrogante en los ojos de ella. Con una sonrisa casi malévola, agregó —. Como hija de un granjero, pensé que te interesaría.

Raine lo miraba con curiosidad, pero él no dijo más y tuvo que esperar a que detuviera el auto al lado de una reja de barras antes de decir:

—Ven a ver.

Sean ya trepaba por la reja cuando ella llegó a ver lo que Colt le mostraba. El terreno más allá se unía a la propiedad de Colt, frente a ellos había hectáreas de pastizales y unas pocas construcciones. El ganado que pacía presentaba una pacífica escena bajo el tibio sol de la tarde.

Raine rió y las cosas de pronto se aclararon.

—Quieres decir… ¿qué compraste una granja? —sus ojos brillaron

con sorpresa. ¿Para qué querría eso?

Colt sonrió de nuevo, divertido ante el asombro de ella.

—No voy a sembrar la tierra —declaró él—, necesito algo para escapar de la presión del trabajo a veces y ¿qué mejor modo que volviendo por entero a la naturaleza? Obviamente, hay alguien que la administra por mí, pero con el tiempo me gustaría involucrarme más. Pasar menos tiempo lejos de casa desarrollando negocios y tener estancias largas aquí… construir una vida hogareña, más sólida para Sean.

Colt ayudaba a Sean a pasar por el pequeño portillo al lado de la reja y con un ágil movimiento la cruzó él mismo. El pulso de Raine se aceleró cuando él se volvió y extendió la mano para ayudarla.

Ella la tomó y un paso casi la llevó hasta sus brazos. Él sonrió cuando la chica se retiró, sabiendo exactamente cómo se sentía. ¡Maldición!, pensó ella, cuando caminaron atrás de Sean, quien se había alejado con rapidez.

Las vacas rumiaban pacíficamente; ellos se aproximaron; los grandes ojos cafés se alzaban hacia los tres recién llegados sin ninguna señal de alarma. Al haberse criado en una granja, Raine estaba acostumbrada a estar cerca de los animales y acarició con gentileza la tibia piel dorada de uno de ellos, riendo cuando éste volvió una enorme nariz rosada hacia ella.

—Es el ganado más bello del mundo, ¿verdad? —eran el símbolo de las islas y ella estaba orgullosa de eso. Sus ojos brillaban de emoción al mirar a Colt—. Los de Guernsey son más grandes que éstos, pero son muy parecidos —murmuró acariciando el húmedo hocico del animal.

A su lado, escuchó reír a Colt.

—Bien, deben serlo —rió ante el ceño fruncido de ella. Sus dientes resaltaban contra su piel bronceada—. ¿Quieres decir, que has vivido aquí toda tu vida y no sabes lo que probablemente sea una de las leyendas más antiguas de tus islas?

Ella encogió los hombros.

—Tendrás que ilustrarme, profesor —respondió de manera juguetona.

—La semejanza, Raine —respondió con sobriedad, palmeando el lomo del animal—, se debe a que en tiempos antiguos la hija de un granjero de Jersey se casó con un hombre de Guernsey —apretó los

labios— y llevó un becerro como parte de su dote.

—Qué curiosa idea —rió Raine y vagamente recordó que su padre le había contado algo así una vez—. ¿Crees que suceda de nuevo? —añadió con travieso escepticismo.

Colt sonrió.

—Es probable que no —admitió—. Aunque a *mí* me gusta pensar que originalmente significó que ella estaba dispuesta a mezclar sangre… y no sólo la de su ganado —Raine lo miraba interrogante y notó la sonrisa que le dirigió—. Ella ofrecía su cuerpo para crear nueva vida con él… para tener *sus* hijos.

Absurdamente, se ruborizó, descubriendo que no podía apartar la vista de aquellos bellos ojos. Parecía traspasada por esa mirada y con torpeza, rió de nuevo para romper la tensión que era como una carga eléctrica en el aire entre ellos.

—¡Colston Falloner… eres un romántico de corazón!

—¡No me acuses de eso! —rió él, pero había rastros de cinismo en su voz. A pesar de ello, no podía enfriar la cálida emoción que fluía a través de Raine. De manera vaga escuchó a Sean llamarlos desde algún lugar y la sugerencia de Colt de seguirlo. Como en una bruma caminó al lado de él dándose cuenta de que había otro Colt bajo esa dura e invencible concha que presentaba al mundo. En los días pasados, lo había visto como un cálido y atento ser humano. Pero, para su mayor sorpresa, acababa de descubrir algo sobre ella misma: ¡Estaba enamorándose de él locamente!

Capítulo 7

Los días pasaban en un impetuoso remolino para Raine y, de vuelta en la oficina, mantener su mente en el trabajo era aún más difícil que antes, aunque por razón diferente ahora. Desde el descubrimiento de sus sentimientos por Colt, temblaba cada vez que él la miraba. La alabanza más simple podía hacer que su pulso se acelerara de placer y se dio cuenta de que vivía ahora sólo para las horas en que podía estar en su compañía.

En cuanto a Colt, él parecía hacer su máximo esfuerzo por compensarla por haberla juzgado mal. La llevaba a comer con regularidad, a menudo elevando su moral al pedirle su consejo sobre algún problema que tuviera en la oficina… al menos eso pensaba ella, porque no creía que hubiera algún problema que esa brillante mente suya no pudiera resolver a solas. Luego, estaba la rosa roja que encontraba a veces sobre su máquina de escribir. Y muy ocasionalmente, la invitaba a cenar. Sin embargo, cuando la llevaba a su casa en esas ocasiones, era cortés en extremo, el ligero roce de sus labios sobre los de ella, o un simple beso fraternal en la mejilla, no hacían nada para apagar el deseo que crecía en ella cada día. Sólo hacer el amor con él, aceptó con desesperación, podría satisfacerla. Pero él ahora parecía renuente a compartir nada que no fuese una relación platónica con ella y, miserablemente, Raine se recordó que él sólo estaba siendo agradable con ella porque todavía se sentía mal acerca del modo en que la había tratado. Y por si fuera poco, comenzó a recibir llamadas telefónicas de Tim.

—Te llamé ayer —comenzó diciendo tan pronto como Sheila le pasó la llamada—, pero dijeron que habías salido a comer con *él* —su tono ofensivo dejaba en claro lo que pensaba de que comiera con su hermano—. Pensé que no había nada entre ustedes dos.

—No lo hay —exclamó Raine, deseando en silencio poder decirle lo contrario—. Y si lo hubiera, no sería asunto tuyo —supuso que, en su calidad de desempleado, era probable que Tim no tuviera nada mejor que hacer, aunque ella sabía que él había renunciado a su trabajo con la compañía asociada de su hermano; Colt en realidad no había tenido la suficiente sangre fría para despedirlo—. Colt quería que lo ayudara a escoger algunos libros para Sean —continuó recordando lo

halagada que se sintió cuando se lo pidió—. Tu *sobrino* —enfatizó, después de enterarse por cosas que señaló Colt, que su hermano rara vez mostraba algún interés en el niño.

—Si es una indirecta —refunfuñó Tim en respuesta—, nunca le simpaticé al niño.

Si esperaba haber oído lo último de Tim, con consternación se dio cuenta de que él tenía otras ideas, cuando de pronto la invitó a salir.

Le costó mucho esfuerzo no decirle algo grosero, pero lo logró y con mucha cortesía, pero con firmeza, declaró que no le interesaba, si bien encontraba embarazosa la conversación porque Jack Hardwicke había entrado en su oficina y examinaba un expediente. Obviamente pensaba que ella tenía problemas con algún pretendiente. Pero su cruda negativa de ver a Tim no lo hizo desistir, porque llamó al día siguiente varias veces, la última sólo minutos después que Colt fuese a dictarle una carta antes de apresurarse a salir a ver a un cliente. Raine se alegró de eso. ¡No disfrutaba la idea de tener que pelear con su ex prometido mientras Colt estuviera al alcance del oído!

Se sorprendió cuando justo después de colgarle a Tim, Sheila llegó y le comentó:

—¿Qué le sucede a Colston? ¿No le gusta que te pase llamadas cuando él no está? ¿O sólo objeta que te llame su hermano? —y, al ver la mirada perpleja de Raine, continuó—. Estaba en la recepción cuando te pasé a Tim Falloner y quiso saber si él te había hablado antes —se sentó en la orilla del escritorio de Raine—. Cuando le dije que sí, que alrededor de cuatro veces hasta ahora esta semana, no se mostró muy complacido —hizo una mueca—. ¡De hecho, si no fuese por su cita, habría volado hasta aquí y te hubiera golpeado con un látigo! —la recepcionista suspiró—. Es impresionante cuando se enoja, ¿verdad?

Sí, lo era, admitió Raine en silencio. Pero mientras la chica se alejaba, reflexionó acerca de por qué se enojaba tanto Colt porque Tim le hablaba. Una pequeña esperanza la hizo preguntarse si sería posible que Colt estuviera celoso. Porque si lo estaba, ¿no significaría eso que le importaba un poco?

Controló sus emociones. Por supuesto que ella no le importaba, se obligó a aceptar, por doloroso que fuera. En consecuencia, cuando Colt regresó y la invitó a salir a cenar esa noche, se negó. Pero debido a la insistencia de él y al anhelo de la chica por estar a su lado,

después aceptó.

—Supe que Tim ha estado telefoneándote —la sorprendió después que terminaron su postre esa noche.

—Sí —admitió ella. Levantó la vista, pero no pudo leer nada en su expresión.

—¿Qué es lo que quiere?

Raine encogió los hombros; su mirada vagó por el amplio tórax bajo la chaqueta de terciopelo gris.

—Que volvamos, me imagino.

Los ojos de Colt estaban velados cuando vagaron por su rostro; luego descansaron en el sencillo vestido de seda negra, cuyo talle drapeado enfatizaba la plenitud de sus senos.

—¿Hay alguna oportunidad de que eso suceda? —preguntó con tono desinteresado.

Al sorber su licor, Raine estuvo a punto de ofrecer una negativa inmediata, mas se detuvo. Si él tuviera la más ligera sospecha de hacia dónde se inclinaban sus sentimientos, estaría divertido. Si supiera que cada momento que estaba despierta pensaba en *él*… Tratando de ganar tiempo, lanzó una mirada a través del pequeño e íntimo restaurante.

Volvió la vista a Colt y esforzándose por dar algo de incertidumbre a su voz, murmuró.

—No lo creo.

Los ojos de Colt la examinaban.

—Una vez estuviste enamorada de él.

¡Sí, pero antes que te conociera!, gritó su corazón, porque ahora sabía que en realidad nunca amó a Tim; no de la manera que amaba a su hermano y quería que él la amara. La futilidad de sus emociones trajo una mirada de dolor a sus ojos y, al escuchar a Colt contener el aliento, levantó la vista con curiosidad.

—¿No podríamos hablar de otra cosa? —sugirió tratando de alejarlo del tema de sus propios sentimientos. Y se sorprendió cuando la taza de él tintineó ruidosamente contra el plato y Colt se puso de pie, extendiendo la mano. Sus duros dedos rodearon la muñeca de Raine.

—Sí; bailemos.

Fue como ser marcada por él cuando la atrajo hacia sus brazos, apretándola con tal fuerza que el calor de su cuerpo parecía quemarla

a través del ligero vestido. Lo había hecho enojar siendo deliberadamente evasiva y con el surgimiento de la esperanza se preguntaba si había tenido razón antes al pensar que él estaba celoso.

Pero la larga y esbelta dureza de su cuerpo le producía sensaciones que la hacían temblar y temiendo que él lo notara, murmuró sin aliento.

—No quiero bailar. Déjame ir.

Su petición tuvo el efecto contrario y los brazos de Colt la apretaron de pronto. La joven emitió un leve jadeo al entrar en contacto con cada sólido músculo de su masculinidad y sobre su cabeza lo escuchó gruñir con satisfacción.

—¿Sabes?, tus ojos se vuelven de un color esmeralda profundo cuando estás excitada —su tono era bajo, aterciopelado y convirtió su sangre en fuego—. ¿Estás excitada ahora?

—No —respiró ella, odiándolo por lo que le hacía, pero su voz ronca se burlaba de su negativa.

—¿No? —la desafió apartándola de él un poco para poderla ver. Sus ojos examinaban el rubor de sus mejillas, las pupilas dilatadas, sus temblorosos labios abiertos. Todo lo que podía ella hacer era bajar los párpados contra la traición de sus emociones.

La música había tomado casi un ritmo erótico y al atraerla Colt hacia sí, parecieron moverse al unísono. Por un rato, en la seguridad del restaurante, se permitió hundirse en el aroma, el sonido, la sensación de él… totalmente inconsciente de la música, del murmullo de la conversación y de las demás parejas que bailaban alrededor.

—Vámonos —la voz de Colt era ronca, como si tuviese dificultad para respirar y, sin importarle nada más que él, permitió que la guiara afuera, preguntándose por qué no podía encontrar algo que decirle mientras se hallaba sentada a su lado y él conducía como un loco por las oscuras calles.

Cuando se detuvo afuera del apartamento de Raine, ella murmuró un rápido “gracias” e intentó salir. Él trataba de alcanzarla con un hambre desnuda en los ojos, desafiando cada barrera que había fincado contra él.

Las sensaciones la atravesaban cuando él la besó y fue como si la tierra explotara.

¡Oh, Dios! ¡Había pasado tanto tiempo desde aquel beso! Ella era algo salvaje en brazos de Colt, y respondía con tal fiereza a su beso

que su cuerpo se retorcía en un espasmo de intensa necesidad, mientras él encontraba su seno y lo moldeaba con la palma de su mano.

Colt la sostuvo contra él con un profundo gruñido que revelaba su inmenso esfuerzo por controlarse; luego, sus dedos encontraron la llave que Raine apretaba, la tomó y, con voz ronca por la emoción, murmuró:

—Vamos.

Raine quiso decirle que no estaba protegida, que podía quedar embarazada si hacían el amor, pero lo deseaba tanto que no hubiera podido soportar su rechazo.

Colt la abrazó casi antes de cerrar la puerta tras ellos; la corta interrupción en sus caricias sólo los enardeció más.

—¡Oh, Dios! —gruñó Colt cuando Raine le sacaba la camisa del cinturón y corrió sus dedos sobre los duros y flexibles músculos de su pecho. Colt le desabrochó el vestido, lo dejó caer y Raine quedó desnuda, salvo por las bragas de encaje negro; luego la tomó en sus brazos. La depositó sobre la cama y el fuerte y bronceado pecho se inclinó sobre ella y pequeños dardos de anticipación la aguijonearon.

—Eres bella —susurró él—, tan bella —cada palabra fue puntuada por pequeños besos sobre los senos de Raine. Y ella, por primera vez en su vida, se alegró de sus generosas curvas, porque sabía que lo más importante ahora era complacer a Colt… que había nacido para ese propósito… finalmente, sería Colt quien la convertiría en toda una mujer.

Lo observó quitarse la ropa y volver a ella. Era un magnífico espécimen masculino, musculoso y bronceado, y ella contuvo el aliento cuando se quitó la última prenda.

Pronto la excitante tibieza de su desnudez tocó su invitante suavidad. Con la destreza de un maestro, la hizo perder la cabeza, usando no sólo sus manos sino su voz, sus labios y su lengua, hasta que ella le suplicó que la liberara. Luego, se sintió viva sólo para él, quien se deslizaba dentro de ella. Hubo un titubeo ante el rápido y agudo dolor de la chica; luego vino el cegador éxtasis cuando él perdió el control.

Un largo tiempo después, cuando yacía entre los brazos de Colt, con la cabeza reclinada contra la húmeda tibieza de su hombro, él preguntó con calma.

—¿Por qué no me dijiste que sería el primero?

Raine tragó saliva. ¿Estaría enojado con ella?

—¿Eso importa?

Colt se apoyó sobre uno de sus codos y la miró a la cara.

—No, es sólo que hubiera sido más gentil contigo si lo hubiera sabido. Pero pensé que, de no ser con alguien más, entonces seguro tú y Tim… —parecía asombrado y Raine sacudió la cabeza y le sonrió, preguntándose cómo podría haber sido más considerado—. Oh, mi bella muchacha —sus manos la acariciaron de nuevo con suavidad—. Te deseo —se inclinó a besarla, lenta, sensualmente y Raine experimentó un nuevo deseo agitarse en ambos—. Ven a vivir conmigo. Múdate conmigo. Mañana a primera hora.

El aliento de ella parecía atrapado en su pecho y lo miró interrogante.

—¿Así nada más? —no sabía qué decir, totalmente estupefacta por su petición—. Colt, no puedo…

—¿Por qué no? —tomó la barbilla de Raine entre sus dedos—. ¿Te preocupa lo que dirán tus padres?

Raine nunca podría acostumbrarse a lo bien que él podía leer su mente. Lo único que la detenía era que ella lo amaba demasiado para convertirse en una más de sus aventuras y vivir con la inseguridad de saber que un día eso terminaría…

—*¿Me deseas?* —inquirió él.

—Sí.

—¿Deseas esto? —su mano se ahuecó sobre su seno, su pulgar incitaba el pezón y ella gruñó su aceptación. Y de pronto, él la atrapó bajo su cuerpo. Sus ojos relampagueaban con una oscura emoción—. Bien, yo te deseo… y si necesito una legalidad menor para conservarte en mi cama, entonces, cásate conmigo, Raine.

Ella lo miró boquiabierta, con ojos incrédulos. Colt le estaba pidiendo que se casara con él y ella… *¿titubeaba?* Un brote de júbilo de pronto estalló en la chica, fluyó hasta su corazón y, sin aliento, murmuró:

—¿Estás diciendo que me amas, Colt?

—No —su sincera respuesta detuvo el calor de las venas de Raine y sus labios se torcieron hacia un lado cuando sintió que ella retrocedía—. Esa palabra se usa demasiado liberalmente. Causa demasiado sufrimiento a la gente. Lo sé. Ya pasé por esa experiencia.

Soy realista, Raine, pero sé que te quiero. Quiero llevarte a la cama cada noche y volverte loca por mí. Y al despertar en la mañana, descubrir que todavía estás a mi lado. Que todavía eres mía. No puedo soportar la idea de que alguien te tenga alguna vez.

No era la propuesta más romántica del mundo y la profundidad de la posesividad de Colt la hizo estremecer. Era una decisión impetuosa, también. Y no de acuerdo con su carácter, pues ella lo conocía lo suficiente.

Con el ceño fruncido, preguntó:

—¿Puedo pensarlo?

Las manos que habían estado acariciándola quedaron quietas y lo escuchó contener el aliento.

—Si necesitas hacerlo —aceptó; sus fuertes rasgos parecían vulnerables en la tenue luz—. Sólo que no tardes mucho.

No lo hizo. Durante el siguiente par de días, dio vueltas en su mente a su proposición, tratando de imaginarse cómo sería su vida sí Colt no formara parte de ella y no soportó ni pensarlo. Sólo deseaba que le hubiera dado más tiempo. Sabía que lo amaba y que resultaba ridículo cuestionar si él la amaba. Después de todo, le estaba pidiendo que se casara con él, ¿no? ¿Comprometerse de por vida? Y Colt no era un joven inexperto que confundiera el amor con el deseo físico. ¿Entonces por qué tenía tanto miedo?

No le costó mucho trabajo darse cuenta de que era a causa de Tim. La habían lastimado mucho antes y quería estar segura de su pareja antes de decidir dar ese gran paso. Y Colt no dejaba sus emociones al descubierto. ¿Pero acaso no lo habían lastimado también a él? ¿Pero no sería meta de los dos hacer que la relación funcionara? ¿Cuestión de *ella* demostrarle que podía confiar por completo en una mujer otra vez? Bien, lo haría, decidió, tarareando una tonada mientras se preparaba para ir a la cama. Y la mañana siguiente, en la quietud de su oficina, le dio su respuesta.

Se casaron dos semanas más tarde en la iglesita que podía verse desde la casa. *Su* casa, meditó Raine, tratando de acostumbrarse a la idea, mientras salía al rayo del sol para encontrarse con una lluvia de papel picado y felicitaciones de las pocas personas que habían sido invitadas. Había escogido un vestido recto, elegante, color crema, ya que consideraba el blanco demasiado severo para su cutis. Su único cortejo, Sean, iba vestido de terciopelo azul. Sentía el brazo de Colt

rodearla posesivamente y al mirarlo, su rostro resplandecía de placer y orgullo; su estómago dio un pequeño salto cuando leyó el desnudo deseo en sus ojos.

Te amo, decían los de ella en silencio, antes de escuchar el pequeño juramento que él murmuró y se dio cuenta de que la prensa se había enterado de algún modo de su boda y los esperaba fuera de la iglesia.

—¿Señor Falloner, es verdad que la señora Falloner estaba comprometida con su hermano?

Ignorando la pregunta, Colt condujo a Raine fuera del camino del reportero, pero el hombre fue tras ellos.

—¿Cómo tomará él la noticia del matrimonio de ustedes dos? —una cámara disparó su flash—. ¿Está él aquí hoy, señor?

No estaba, pues no se le informó de la boda, pero Colt no decía nada. Raine estaba contenta por su fría compostura mientras la llevaba hacia el coche que esperaba. Volvió el rostro para evitar otra cámara. Exhaló un suspiro de alivio cuando Colt se subió al auto y puso en movimiento el vehículo, maldiciendo en voz baja.

—No te preocupes —le dirigió una sonrisa tranquilizadora mientras se alejaban de la iglesia—. Habrán olvidado todo acerca de nosotros en una semana, aunque supongo que era inevitable que se enteraran.

Sí, lo era, pensó Raine, pues su esposo era bien conocido en la isla. *Su esposo*. Se sentía bien y sonrió para sí misma, guardando la sensación en secreto para ella.

Hubo una pequeña recepción en la casa; la hora o más que pasaron ahí transcurrió en un mar de felicitaciones, un beso de Jack Hardwicke, de Colette y el joven barbado a su lado. John Welland abrazaba a su hija; Joan era pequeña e iba muy elegante con un vestido verde y chaqueta.

—Bien, un Falloner que no tuvo intención de dejarte escapar —John Welland, alto y apuesto al lado de su esposa, comentó con sequedad, recordando a Raine la sorpresa inicial por las intenciones de Colt de casarse con ella tan pronto. Pero eso fue antes que lo conocieran, pensó Raine sonriendo al besar la mejilla de su padre. A invitación de Colt, sus padres habían pasado la semana anterior con él y, como todos, fueron ganados por su encanto.

—Estoy tan contenta —Ruth Falloner estaba a su lado, con

lágrimas en los ojos mientras besaba a la novia de Colt en la mejilla —. No creí que alguna mujer pudiera atraparlo de nuevo, pero tú tienes lo que se necesita, querida y me alegro por los dos.

Era una “bienvenida a la familia” y los ojos de Raine brillaron de gratitud.

—Trataré de hacerlo feliz —susurró y, levantando la vista, encontró la mirada de su esposo al otro lado de la habitación. Había posesión en sus ojos, un mensaje silencioso de cariño, necesidad y deseo. Ve a cambiarte, decían los ojos y ella obedeció, escabullándose en silencio con un escalofrío de excitación.

Colt no le había vuelto a hacer el amor desde la noche que le propuso matrimonio. Le decía que quería que su noche de bodas fuera significativa. De hecho, había dicho que no quería que el deseo físico influyera en su decisión de casarse con él y luego, cuando ella aceptó, tuvieron poco tiempo juntos, pues él se fue unos pocos días por negocios y después por la llegada de sus padres. Las últimas dos semanas se habían perdido en un remolino de preparativos de boda, compras y planes. Y cuando ella y Colt tuvieron unos pocos momentos a solas, fue él quien se contuvo de hacerle el amor ejerciendo un sorprendente control.

Raine sentía un hormigueo de febril excitación cuando, con un simple traje de algodón color durazno y blusa blanca, bajó por la escalera, anticipando la noche que estaba a horas de distancia. En el último escalón, sin embargo, hizo una pausa, el escuchar voces provenientes del estudio de Colt. Y extrañamente, una estaba enojada. La voz de Colt era baja… lo que significaba un inmenso control… sin embargo, tan baja que no podía entender lo que decía. Pero era la voz del otro hombre la que escuchó alterada, y se puso rígida al reconocerla.

—Oh, admito que tiene el cuerpo de una ninfa, pero no es una mujer de mundo, como las que acostumbras tratar ¿verdad? ¿Así que por qué te casaste con ella, Colt?

¿Tim? ¿Aquí? ¿Y hablando acerca de ella? Se acercó a la puerta, que estaba ligeramente entreabierta, con la garganta seca y preguntándose que le diría Colt.

—Fue sólo para ajustar cuentas conmigo, ¿verdad? —continuó la resentida voz—. Vamos, atrévete a negarlo.

Las uñas de Raine se clavaron en sus palmas, pero no podía

explicar por qué estaba tan tensa. ¡Por supuesto, Colt lo negaría!

Lo escuchó decir algo, pero no captó qué era. Luego, el tintinear de una copa le indicó que se había acercado a la cantina que estaba atrás de la puerta y cuando habló de nuevo, la sangre de Raine se heló porque esta vez no había equivocación en lo que decía.

—¿Bien, no es un intercambio justo, Tim? ¿Raine por Stephanie? Debes admitir que es una buena manera de vengarme sabiendo cuánto la deseabas; y por tu obvia objeción a mi matrimonio, funcionó magníficamente.

¡No podía creer lo que escuchaba! Con un sollozo ahogado, se cubrió las orejas con las manos, y luego reaccionó, renuente e impulsada al mismo tiempo a seguir escuchando.

—¿… por qué más me habría casado con ella sino para gozar de mi victoria cada vez que la tome? —la voz de Colt continuó, controlada y sin remordimientos, atravesando el corazón de su flamante esposa. Con el rostro angustiado, se inclinó hacia la hendidura, pero luego, de pronto, la puerta fue cerrada y todo lo que pudo oír fue una apagada respuesta de Timothy y un fiero gruñido de Colt. Sollozos reprimidos quedaron atrapados dolorosamente en su pecho y le fue difícil respirar. ¡Con razón no le había dicho que la amaba! Al menos no había sido hipócrita o deshonesto en eso.

Un sonido histérico se elevó por su garganta mientras se movía con rapidez, tropezándose en la escalera, luchando contra una lacerante tortura emocional. ¡Así que su esposo sólo se había casado por venganza! Todo ese odio que había sido canalizado contra ella al principio, lo había vuelto ahora hacia Tim; sólo que ahora ella era la víctima inocente, un símbolo de victoria en la lucha por la supremacía masculina entre los dos hombres. Y su matrimonio con ella no había sido una decisión impetuosa, se daba cuenta ahora, sino un acto frío y calculado. ¡Dios! ¡Cuánto debió haber amado a Stephanie!, pensó con el corazón destrozado mientras buscaba refugio en su dormitorio para poder controlar sus emociones.

No era ya la feliz muchacha que salió de ahí minutos antes; cerró la puerta contra la realidad de la conversación que acababa de escuchar y se tapó la boca con el puño para no gritar. Si Colt la escuchaba, subiría a ver qué pasaba y tendría que explicarle y no podría hacerlo… no sería capaz… todavía no. Otra vez sus esperanzas de felicidad con un hombre Falloner se habían terminado antes de

comenzar siquiera, sólo que esta vez, el dolor era mayor que cualquiera que le infligiera Tim antes. Esta vez el dolor era mortal y no sabía si podría soportarlo.

Alguien llamaba a la puerta y con rapidez se enjugó las lágrimas con dedos temblorosos.

—¿Quién es? —¿esa era su voz… ese graznido apenas audible?

—Colt. ¿Puedo entrar?

—¡No! —el pánico la hizo gritar y respiró, esperando que él no detectara algo malo, y añadió—. No seas impaciente. Todavía no estoy vestida —se esforzó por parecer calmada… hasta pudo emitir una risita trémula—. Bajaré en un minuto.

Lo escuchó reír a través de la puerta.

—¿Modestia, cariño? Pensaba que esa era una virtud desaparecida. Está bien, querida, puedo esperar. Por ahora.

Su comentario la hizo sentir un cruel dardo de dolor. ¿Cómo podría, después de lo que acababa de decirle a Tim? Se sentía enferma de infelicidad, pero las pisadas de Colt se alejaban y se alegró de eso al menos.

Tratando de recobrar la compostura antes de bajar, se preguntó qué debería hacer. ¿Bajar y confrontarlo en seguida? ¿Decirle que lo había escuchado? ¿Y después qué? ¿Cómo diría a sus invitados que todo había sido un error? Porque eso era lo que tendría que hacer.

Y sin embargo, cuando bajó por la escalera… con una sensación de malestar en la boca del estómago… perdió el valor, incapaz de desafiarlo enfrente de alguien más. Y cuando vio la orgullosa sonrisa de su padre y aceptó el lloroso abrazo de su madre, supo que no podría decir nada que pudiera lastimarlos. No había señales de Tim, ni nadie lo mencionó, y afuera, mientras Ruth Falloner la besaba, Raine se preguntó qué diría la mujer cuando supiera que el matrimonio de su hijastro era una farsa… solamente un acto de venganza.

Fría por la infelicidad, iba sentada al lado de Colt cuando se dirigían al hangar, a su avión privado, y, con el dolor carcomiéndola, trataba de no pensar en la luna de miel de tres días que planeaban pasar en el sur de Francia y que ella anticipó con tanto júbilo y excitación.

Casi dio un salto cuando Colt dijo de pronto.

—Tuvimos un visitante mientras estabas arriba cambiándote…

Tim.

Raine se puso rígida, manteniendo la mirada fija en el parabrisas.

—¿No quieres saber qué quería?

La garganta de Raine se cerró. Por supuesto, debió preguntar eso. Con los nervios tensos, murmuró:

—¿Qué quería?

—A ti, creo, querida.

Raine desvió la mirada con el rostro pálido.

—¿Y tú qué le dijiste? —le costaba trabajo mantener la voz firme.

—¿Qué tú eras mía ahora… y que voy a conservarte —era casi una aceptación, pero no había error en el posesivo apretón de sus manos, mientras levantaba la de ella hasta sus labios—. Ya llegamos…

Llegaron al hangar y Raine se relajó, un poco derrotada. Y sin embargo, se despreciaba por no haber tenido el coraje de enfrentarlo entonces con la verdad. Había tenido la oportunidad y la dejó escapar por miedo a lo que él dijera. Se dejaba conducir como un *zombie* al avión que los esperaba. ¿Qué podría hacer? ¿Dejarlo? Temblando, se dio cuenta de que los periódicos sacarían el máximo provecho si pudieran informar que la muchacha que dejó plantado a un Falloner sólo dos semanas antes de la boda y se había casado luego con su hermano, lo había abandonado inmediatamente después.

No podía recordar lo que le había dicho a Colt durante ese vuelo; sentía su presencia a su lado como la de un extraño. Poco tiempo después, llegaron al hotel en un taxi que los esperaba en el hangar. Raine observó a Colt registrarse y con creciente aprensión le permitió tomarla del brazo mientras seguían al mozo, quien los condujo a su habitación. ¡O más bien a su *suite*!

Resplandecientes puertas blancas daban acceso a un recibidor de techo adornado y espesa alfombra. La extensión de la riqueza de Colt era evidente por el lujo ilimitado que le proporcionaba en esta luna de miel.

¡Luna de miel! Raine sintió un escalofrío al pensar en lo que diría Colt cuando le revelara que no iba a tener ninguna… porque su orgullo no le permitiría dormir con él ahora.

Fue hacia la siguiente habitación y vio la enormidad de la imponente cama doble.

—¿No estarás nerviosa, querida? —había diversión y sorpresa en su profunda voz. Colt apretó sus labios contra la nuca de Raine. El beso

hizo que hormigueara su columna vertebral en tanto las manos de él acariciaban sus senos y una llama de traicionero deseo brotó en ella.

¡Dios mío! ¿Cómo puede él hacerme esto después de lo que descubrí hoy? Murmuró un pequeño sonido… una protesta… pero él la tomó por ardor y la hizo volverse en sus brazos.

—¿Quieres perderte la cena? —su voz era ronca, sus ojos oscuros por el deseo y Raine levantó la vista, paralizada momentáneamente por la belleza masculina de sus rasgos.

—Yo… —la tensión delineaba la perfecta estructura de sus propios rasgos; una línea apareció entre el esmeralda de sus ojos. Tenía que decírselo ahora.

Su garganta se cerró, seca como un desierto ardiente.

—Colt, yo no…

Un golpe en la puerta cortó su nervioso intento de hablar, y después que entregaron el champaña, Colt dio una propina al mozo y sirvió el burbujeante vino. Raine se llevó la copa a los labios temblorosos, descubriendo una vez más que le había fallado el valor.

Por fortuna, Colt no insistió en que perdieran la cena, pero en el restaurante románticamente iluminado con sus tenues candelabros y espaciadas mesas, Raine se encontró con poco apetito, sabiendo que se le acababa el tiempo.

—¿Quieres bailar?

No quería, pero como habían terminado de cenar y quería posponer el momento inevitable de la confrontación, accedió, dándose cuenta de que eso había sido completamente tonto tan pronto como la rodearon los brazos de Colt. La música era suave y bella, el preludio perfecto a la seducción.

El esquivo aroma de él, la calidez de su mano contra su espalda, eran mucho más agradables de lo que quería admitir y se preguntó cuánto más podría soportar antes que su corazón estallara.

Cuando Colt sugirió que subieran, Raine estaba más que contenta, aunque sólo fuera para romper ese perturbador contacto físico con él, pero su pulso latía locamente cuando abrieron la puerta de su suite. ¡Por amor de Dios, *díselo*! urgía su cerebro, pero Colt ya la atraía. Su boca bajó hasta la de ella con una fiereza que le aseguraba que no podía esperarla más.

De pronto, un fuerte instinto de sobrevivencia afloró a la superficie y se apartó de él, estremeciéndose al ver el azoro en su rostro… el

interrogante en sus ojos.

—¿Qué sucede?

Raine pasó la lengua sobre sus labios secos, sus pechos se levantaban bajo el sencillo vestido negro que había usado para la cena.

—No quiero —murmuró con una voz que sacudía.

Colt frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir…? —inquirió él.

—Está bien… sé que no debía haber venido contigo… dejarte pensar que todo estaba bien… pero no puedo seguir con esto, Colt. ¡No puedo! —farfullaba, sin estar segura de lo que decía—. ¡No voy a dormir con un hombre que sólo se casó conmigo por venganza!

La perplejidad se profundizó en su fuerte rostro y la miraba con la cabeza inclinada, como si ella de repente hubiera perdido la cordura.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¡Te escuché… en el estudio esta tarde! —sus uñas se clavaban en la palma de sus manos y fue todo lo que pudo hacer para contener los sollozos que amenazaban ahogarla—. No finjas que no lo dijiste, porque yo iba bajando por la escalera y la puerta estaba abierta. ¡Te escuché decirle a Tim que sólo te casaste conmigo para ajustar cuentas con él! Que podrías saborearlo cada vez que tú… nosotros…

—¿Lo escuchaste? —su susurro de incredulidad hizo que enderezara de pronto la cabeza y por un ridículo momento, Raine pensó que Colt iba a reírse. Pero su expresión cambiaba a una de… desconcierto, pensó perpleja y supuso que era debido a la culpa por haber sido descubierto.

—¿Qué más escuchaste? —preguntó frunciendo el ceño y hablaba con lentitud, como si escogiera sus palabras con cuidado.

—¡Dios santo! ¿No fue suficiente? —se llevó la mano al cuello al darse cuenta de que él abiertamente lo admitía y lo miró, incrédula, como si le hubiera dado una puñalada en el corazón.

—¡Por amor de Dios, Raine! ¡Sé sensata! —la tomó por la muñeca —. ¿En realidad piensas que me casé contigo sólo por venganza?

—Oh, no, estoy segura de que había otras muy buenas razones. ¡Como una compañera de cama permanente, por ejemplo! —acusó con amargura, con la infelicidad dibujada en la cara—. ¡Y una conveniente nueva madre para Sean!

Colt entrecerró los ojos; la indignación destellaba en sus

profundidades.

—Fingiré que no escuché eso —declaró con suavidad; su voz era extrañamente controlada—. Fue infortunado que bajaras cuando lo hiciste…

—¿Infortunado? —indignada, Raine se apartó de él, herida, deseando que él negara lo que había dicho… incluso que le mintiera. *Cualquier cosa* para convencerla de que había sido su imaginación. Pero Colt no lo negaba y ahora las lágrimas que había estado luchando por contener, se le escaparon al fin. A través de su borrosa visión, lo vio acercarse a ella—. ¿Infortunado para quién? ¿Para mí? ¿O para ti? —gritó, retrocediendo. Sus sollozos le hacían difícil respirar—. ¡Me usaste —murmuró con infelicidad—, sólo para lastimar a tu hermano! ¡Dios! —ahora lo miraba con dureza, con los dientes apretados—. ¡Si no tuviste la decencia de considerar mis sentimientos en todo esto, no hubiera pensado que quisieras dañarlo! ¿No ha pagado lo suficiente ya por lo que hizo?

—Ya veo —respiró, con los hombros encorvados como si algo acabara de aclarársele. Estaba a unos cuantos centímetros de distancia de ella, y su boca, severa como si se esforzara por controlar su temperamento, aunque ella no alcanzaba a imaginarse por qué. Después de todo, ella era quien había sido lastimada ¿verdad?—. ¿Qué es lo que en realidad te perturba, Raine? —la inspeccionó con frialdad, con la cabeza inclinada hacia un lado—. ¿El hecho de que yo pueda ser el monstruo grande y malo que quieres pensar que soy? ¿O que yo pueda hacer algo para lastimar a tu precioso Tim? ¿Tal vez sea todavía Tim, eh? —su tono era frío como el hielo—. Porque, hablando de tus sentimientos, ¿cuáles son ellos, Raine? ¿Por qué te casaste *conmigo*? Ya que estás cuestionando *mis* motivos, no recuerdo que una vez me hayas ofrecido tu incuestionable devoción.

No pudo, porque había estado demasiado insegura de Colt para exponer sus emociones tan abiertamente, en especial por que *él* no lo hizo, aunque esperaba que con el tiempo pudiera confiarle su amor por ella. ¡Qué estúpida e ingenua había sido! ¡Y ahora él la acusaba de estar todavía enamorada de Tim! Bien, si lo pensaba, estaría dispuesta a permitírselo, porque sabía que nunca podría expresarle ahora su amor abiertamente.

—¿Nada que decir? —la orgullosa cabeza se inclinó y sus ojos la valoraban—. Si bien recuerdo, necesitaste tiempo para considerar mi

proposición, ¿así que por qué diablos te casaste conmigo? ¿Por qué tenías miedo de que te hubiera embarazado? ¿O simplemente por lo que te puedo hacer en la cama?

Sus palabras… la rudeza de su voz… la hicieron encogerse. ¿Por qué no podía él comprender lo que la perturbaba? ¿Y porqué cuestionaba sus razones para casarse con él, cuando las suyas habían sido tan frías y calculadas? Su último comentario, sin embargo, la hizo ruborizarse y reflexionó con tristeza en cómo, hasta ese día, había esperado estar embarazada.

—No piensas en realidad que yo me casaría con un hombre sólo por el sexo, ¿verdad? —sus labios se torcieron con repulsión ante la idea.

—Oh, no te burles de la idea, querida. Es una fuerza muy poderosa. Y no serías la primera en hacerlo, de todos modos.

Su comentario era general pero, distraídamente, Raine se preguntó si él estaría hablando de Stephanie, aunque en ese momento ella se encontraba demasiado alterada para que pudiera importarle.

—¡Bien, yo no soy una de ellas! —espetó con los ojos brillantes y el rostro bañado en lágrimas—. ¡Y si piensas que te permitiré tocarme de nuevo después de lo que le dijiste a Tim hoy, estás muy equivocado, por que no lo haré!

Por un momento, pensó que Colt iba a decir algo. Su rostro estaba manchado por las lágrimas; el de Colt era duro e inexpresivo; pareció a punto de avanzar un paso hacia ella, pero lo pensó mejor. Luego, apretó la boca, se alejó y salió de la habitación, dando un portazo.

Capítulo 8

La luna de miel había terminado. Al detenerse Colt afuera de la casa, Sean se apresuró a bajar por los escalones. Al descender del auto, Raine se esforzó por sonreír cuando los labios de Ruth rozaron su mejilla, aunque su pálido semblante no escapó a los astutos ojos de su suegra.

—Querida, estás muy pálida —estudió a Raine con gravedad—. ¿No estarás enferma? —se había quedado ahí cuidando de su nieto durante los tres días que estuvieron fuera… y obviamente, también el jardín, según notó Raine. Lanzó una mirada furtiva a Colt, quien levantaba en brazos a Sean. Su profunda y cálida risa hacía eco al grito de bienvenida del niño.

—El vuelo fue bastante perturbador —exclamó Raine a través del familiar tirón de envidia por la afinidad entre padre e hijo. ¡Si sólo la amara así!

—Pensarías que soy el peor piloto del mundo, ¿verdad, madre? —rió bajando al suelo a Sean y con una mirada casual a Raine—. De verdad debes aprender a confiar en tu esposo, querida.

No estaba segura de qué habría querido decir con eso… o por qué había una silenciosa amonestación bajo su comentario, pues ella sabía que él no se refería a su competencia como piloto. El volaba un avión como hacía todo… con absoluto control y admirable destreza. Pero, Raine se preguntaba cómo podía Colt bromear y presentar un notable acto de ser el feliz novio, cuando el corazón de ella se hacía pedazos.

Porque los tres días pasados habían sido una guerra fría entre ellos, durante los cuales él no intentó tocarla. Tal vez estaba preocupado de que, si lo hacía, ella lo abandonaría. Algún día, él lamentaría haberse casado con ella y Raine sabía que sólo podría soportar las consecuencias de eso si él nunca se enteraba cuánto lo amaba. Y si estaba embarazada…

—Me alegro tanto de que hayan regresado. Sean extrañó mucho a Colston y será mucho mejor para él estar aquí… tener a alguien aquí todo el tiempo, aparte de la señora Bisson. Es lo que el niño necesita.

La señora Bisson era una mujer brusca, de mediana edad, de pocas palabras y escasamente un consuelo para un niño sin madre, se dio cuenta Raine cuando conoció al ama de llaves de Colt. Pero sonrió

débilmente ahora ante la preocupación de Ruth Falloner, preguntándose con inquietud qué diría si supiera que el matrimonio había sido un desastre desde el principio… que ya su hijastro y su nueva esposa dormían en habitaciones separadas.

—¿De veras se va a quedar Raine aquí? ¿Todo el tiempo? —el niño levantó sus ansiosos ojos azules hacia su padre—. ¿Estará aquí *todos* los días?

La súplica en su voz le llegó a Raine al corazón; sin embargo, acrecentó su propia angustia personal. Había sido acordado durante su breve compromiso, que ella dejaría su trabajo y cuidaría a Sean.

—¿No es normal que las mamas y los papas vivan juntos? —se había puesto en cuclillas y acariciaba el cabello del niño—. Y te lo dije el sábado… ella es tu nueva madre ahora, así que debes recordar llamarla así… no Raine —se irguió dando una palmada afectuosa a Sean. Su voz era suave, pero firme al recomendar—. Ahora, ¿por qué no corres y le das una bienvenida como la que me diste a mí?

Sean sonrió con timidez. Se mordisqueó el dedo índice, y luego, para diversión de todos, corrió y echó sus brazos alrededor de la cintura de Raine. Ella rió; no estaba segura de si era simplemente su despliegue de afecto o la sugerencia de su padre lo que hizo que se le formara un nudo en la garganta.

Lo abrazó, levantó la vista y encontró la firme mirada de Colt… vio algo atrás de la sonriente aprobación. Engreimiento. Una consciencia del profundo afecto que ella ya sentía por Sean y, absurdamente, Raine experimentó la extraña sensación de que una trampa se cerraba a su alrededor.

No estaba embarazada. Cuando se dio cuenta, dos días más tarde, después de despedirse de Ruth, la mitad de su ser sentía como si una enorme nube se hubiera levantado de pronto, aunque no se explicaba las emociones que la otra mitad estaba soportando.

Al prepararse para llevar a Sean a dar un paseo, se detuvo frente al espejo del tocador, recogió su cabello en un moño y se impresionó ante la resignada mirada de los fríos ojos verdes. ¿En realidad había ansiado tener un hijo de Colt? ¿Un hombre que se había casado con ella para ajustar cuentas con el hombre que se atrevió a seducir a su esposa?

Una ola de autodesprecio la recorrió y tuvo que reprimir un sollozo. ¡Cielos, ella conocía la capacidad de él para la venganza!

Raine escondió su infelicidad esa tarde tras una sonrisa para Sean; de hecho, descubrió que su sonrisa salía con naturalidad después de un rato, porque era un placer observar el rostro del niño, encendido de deleite mientras caminaba alrededor de la reserva natural de la isla.

Regresaron temprano en la tarde, jugaron un poco después de la cena y cuando fue la hora de dormir, Raine cedió a las peticiones de que le leyera, aunque ella sabía que el niño leía notablemente bien.

Sean se quedó dormido antes que ella cerrara el libro y permaneció ahí sentada un rato, confortándose con la tibieza del cuerpecito a través del edredón, amándolo porque era parte de Colt, la parte que no había sido endurecida o amargada por la vida… o por el amor.

Corrió las cortinas floreadas, bajó y se acomodó en un sofá, tratando de concentrarse en su lectura. Era un libro de historia, cuyo tema normalmente encontraba muy absorbente, pero esa noche, no pudo leer ni una página y al fin, cerró el libro, justo cuando escuchó la llave de Colt en la puerta principal.

Por impulso, deseó correr a saludarlo; sin embargo, su sentido común y orgullo femenino herido no se lo permitieron y estaba todavía con el libro sobre las rodillas cuando él entró.

Una sonrisa curvó la dura boca.

—¿Repasando la aristocracia francesa? —cruzó la habitación con su fácil gracia. El traje color *beige* que llevaba, de algún modo enfatizaba la claridad de su cabello, el bronceado de su piel, y Raine se puso tensa cuando él se acercó lo suficiente para inclinar el libro y poder leer el nombre del autor—. Tiene un estilo fácil, ¿no?

—Sí —para su consternación, emitió un ronco susurro, porque él se hallaba demasiado cerca… alto y muy elegante. Ese familiar aroma suyo era demasiado perturbador para sus sentidos.

—¿Qué hiciste hoy?

—Llevé a Sean al estanque de St Quen.

Colt pareció digerir esa información antes que su boca se curvara en una sonrisa. Y de pronto, se inclinó con un mano sobre el respaldo del sofá, para besarla, tomándola tan de sorpresa que no tuvo tiempo siquiera de pensar en volver el rostro.

Era el primer contacto íntimo que había tenido con él desde su

noche de bodas y ahora el deseo reprimido enviaba una traicionera calidez por su sangre, una necesidad tan grande en sus entrarías que se apartó de él con un rechazo nacido del pánico.

Los ojos de Colt se convirtieron en duras astillas de cristal.

—¿Cuánto tiempo vas a negarte, querida? —su tono era indiferente al alejarse de ella y como si quisiera enfatizar lo fácil que le era hacerlo, tomó uno de los periódicos que había sobre la mesita, se sentó en la silla que estaba frente a ella y comenzó a silbar.

El corazón de la chica todavía latía acelerado y Raine se mordió el labio para detener su temblor. Él sabía, por supuesto, lo que podía provocar en ella; eso dio lugar a una súbita indignación y tuvo que contener la contestación que tenía en la punta de la lengua. La venganza sólo le demostraría a Colt cuánto la inquietaba.

En lugar de eso, lo miró y dijo:

—Sean quiere tener un estanque propio. No ha hablado de otra cosa toda la tarde. Pensé que podríamos ponerlo al lado de la magnolia, pero quise preguntarte primero.

Había sorpresa y algo más, casi una mirada resentida en la claridad de sus ojos.

—Tú eres su madre ahora. Esta es tu casa. No tienes que pedir mi *consentimiento* —dijo medio enojado—. Haz lo que quieras —y, cerrando el periódico, se puso de pie y salió de la habitación. Unos momentos más tarde, lo escuchó subir por la escalera.

Raine podía haber gritado su frustración. ¿Cómo podía él esperar que ella asumiera los deberes propios de una esposa cuando sabía que no había amor de su parte hacia ella? Y, renuente a enfrentar otra noche de cortés conversación y embarazosos silencios, fue a inspeccionar la cacerola que la señora Bisson había dejado en la estufa antes de irse, puso la mesa para una persona y al no tener apetito, subió a darse un baño.

Salió del baño una hora después, ya más relajada. Se dio cuenta de que había olvidado su bata, así que se envolvió en una toalla antes de regresar a su habitación.

Iba a medio camino cuando el teléfono comenzó a sonar.

Había escuchado a Colt bajar un poco antes, pero él no contestaba y al persistir el sonido, se apresuró hacia la extensión del dormitorio principal. Este tenía que haber sido el dormitorio de ambos, no podía evitar pensarlo, aunque sólo Colt lo usaba ahora.

Resultó ser un número equivocado y, al colgar el auricular, rodaron unas monedas que estaban al lado del teléfono. Se agachó para recuperarlas, pero una había rodado bajo la cama. ¡Y hasta el otro lado!

A gatas, la alcanzó por fin, antes de sentarse en la cama. Y de pronto, al levantar la vista, se le escapó un pequeño jadeo. Se llevó la mano instintivamente hasta su garganta y se tropezó con la mirada de Colt en el umbral.

—¿Bien… te vas a quedar ahí? ¿O crees que estaríamos más cómodos bajo las sábanas?

Él parecía divertido y molesto, también. Con el cabello húmedo que le caía sobre los hombros, Raine se puso de pie con rapidez; la lámpara de mesa revelaba la llama de color que se había extendido por sus mejillas.

—Contesté una llamada —explicó tartamudeando. Su mente medio registraba que Colt se había puesto una ligera camisa casual y pantalones oscuros.

—¿Así? —su mirada examinaba la semidesnudez de Raine—. ¿Atravesada en mi cama?

Raine podía apreciar lo extraño e insensato que debía parecerle, dadas las circunstancias. Abrió la mano para mostrarle la moneda que casi olvidó que tenía en la mano y la colocó con las otras al lado del teléfono. Sus llaves estaban ahí también, notó ahora, suponiendo que él debía haber vaciado sus bolsillos antes de cambiarse.

—Como no contestabas —expresó ella con el corazón aleteando en su pecho, porque él había cruzado la habitación e intencionalmente o no, le impedía escapar.

—Estaba viendo dónde querías el estanque antes que oscureciera demasiado —dijo Colt, entonces, pareciendo tan controlado como ella lo contrario—. Hiciste una buena elección —la aprobación iluminaba sus ojos—. Y levantaste la extensión justo cuando yo iba a contestar en el vestíbulo. ¿Era algo importante?

La perturbadora cercanía de Colt la hizo darse cuenta de lo poco que vestía y sacudió la cabeza, con la boca seca. Él se acercó a Raine, ignorando su temor.

—Colt, por favor… —él extendió los brazos hacia ella, sus manos se deslizaron con gentileza sobre la pálida curva de sus hombros, moviéndose con sutil intimidad a lo largo de sus brazos.

—Lo sé, no quieres que lo haga —escuchó el comentario a través de su pánico—. ¿Sabes… que llevabas una toalla la primera vez que te besé? Nunca sabré cómo pude contener la urgencia de arrancártela esa noche —respiró y sus ojos se oscurecieron de pronto—. Ahora no hay necesidad de contenerse, ¿verdad, Raine?

Se retorció para zafarse de él y con un pequeño grito fue a dar contra la sólida fuerza del brazo de Colt. Experimentó todo tipo de sensaciones al percibir la frialdad de la manga contra su vientre desnudo y se dio cuenta de que la toalla estaba ahora a sus pies.

—Es tu culpa, querida… no mía —había diversión en el tono seco y apreciación en la ardiente mirada que recorría su desnudez. Mortificada, se dio cuenta de que él tenía razón. Se quedó rígida en el círculo de sus brazos, temblando mientras Colt inclinaba su cabeza para besar la sensitiva piel de su hombro, su cuello y el lóbulo de su oreja. El contacto de los labios de Colt era como una pluma y reacciones espontáneas brotaron a través del cuerpo de Raine, haciendo que le doliera por la necesidad.

—No… —susurró Raine cuando él transfirió el dulce tormento de sus besos al otro hombro, pero no atendió su protesta y, con una mano en su cintura, de pronto la inclinaba hacia la cama.

Cada uno de sus nervios despertó al sentir su peso, el frío, suave algodón de su ropa, insoportablemente sensual contra el afiebrado calor de su piel.

—¿Quieres que te deje en paz… que niegue que te deseo? —respiró roncamente, besando su cuello y, en seguida, el valle entre sus pechos —. No puedo —medio gruñó su debilidad, su necesidad de ella—. Porque te deseo, Raine… mucho —su voz temblaba, haciéndola darse cuenta de lo cerca que estaba de perder el control.

¡Tenía que detenerlo!, razonó desesperada. Pero él era demasiado fuerte para empujarlo y su pequeño sollozo de protesta fue de pronto silenciado por la firme presión contra su boca. Y él debió saber el efecto devastador que eso tenía, porque de pronto ella correspondió a sus besos. Sus manos buscaban desesperadamente el duro músculo de sus hombros, su cabeza se inclinaba hacia atrás para recibir los ardientes besos.

—¿Qué sucede, Raine?—su voz era como una tibia caricia—. ¿Qué es lo que quieres? —levantó la vista hacia ella; su fuerte perfil estaba arrebolado de pasión. Sin embargo, extrañamente, parecía tan

vulnerable como ella se sentía. Y Raine quería que la tomara, que ignorara sus protestas y que tomara el asunto en sus manos… lo que fuera, con tal de saborear de nuevo el éxtasis de su amor. Pero él pareció leer su mente y murmuró con suavidad—. No. Cuando te entregues a mí, quiero que sea porque tu mente lo desee también… no sólo tu cuerpo. Y eso significa resolver este ridículo estado de cosas entre nosotros.

Las palabras de Colt la sacaron de su sensual embeleso y la volvieron a la realidad con cruel efectividad. Él estaba controlado, mientras que la chica se hallaba todavía sin aliento y temblando de excitación. Interiormente, se estremeció preguntándose cómo se proponía él "resolverlo". ¿Cómo intentaba justificar casarse con ella por venganza?

—No quiero hablar de eso.

—Vamos a tener que hacerlo —la miró con frialdad—. Si sólo recobraras la sensatez… y dejaras de actuar como una niña petulante y obstinada…

Un pequeño grito de la otra habitación lo detuvo a mitad de la frase. Sean sollozaba llamándolo… despertaba de un mal sueño… aunque Colt no se movió de inmediato. Él todavía la miraba intensamente, con tanta calidez que Raine sintió un anhelo desesperado de volverse a él, abrirle su corazón y aceptar la última humillación de hacerle saber cuánto lo amaba. Pero no podía enfrentar eso. De todos modos, Sean seguía llorando.

Se apartó de Colt, se levantó para ir a ver al niño, pero él la detuvo con suavidad, se levantó y al verla temblar, levantó el edredón para cubrirla.

—Un día, querida, vas a tener que preguntarte por qué diablos te casaste conmigo —manifestó con una tranquila dureza que era una variante total de la gentileza de su última acción. Y salió, dejando a Raine sollozando en silencio, preguntándose de nuevo cómo podía él atreverse siquiera a cuestionar sus motivos.

Durante los siguientes días lo vio muy poco. Cuando no estaba en la oficina, estaba fuera, tratando negocios en Inglaterra u ocupando mucho de su tiempo en la organización del funcionamiento de la granja. En esto último, Raine sabía que podía haber disfrutado ayudándolo, pero era evidente que sus problemas personales dificultarían aun trabajar juntos, así que ella casi siempre estaba sola,

o con Sean, en la casa.

Arregló con los contratistas la construcción del estanque al día siguiente que se pusiera de acuerdo con Colt, recordando lo que él señaló acerca de que era su casa… que podía hacer lo que quisiera. Así que sacudió el desánimo y se encontró dispuesta a admitir que había cosas que llevar a cabo para hacer el lugar más acogedor. Esa misma tarde comenzó a hacer un recuento mental de las cosas que quería comprar: plantas, la lámpara para un rincón muy oscuro, nuevos cojines y cortinas. Y los siguientes días casi olvidó lo infeliz que era, perdió sus preocupaciones en un agitado derroche… combinando colores, diseños, muebles… al grado de que aun Colette fue engañada por su estado de ánimo temporal, comentándoselo cuando se vieron para comer una vez.

—Veo que te sienta el matrimonio —expresó con entusiasmo una vez al notar el saludable aspecto de Raine—. ¿La nube número nueve no ha estallado entonces, Raindrop, haciéndote caer?

Raine puso los ojos en blanco y gruñó riendo. ¡Si supiera Colette!

—¿Esperabas eso? —expresó con alegría, determinada a ocultar los problemas de su matrimonio a Colette a cualquier costo. Eran demasiado personales para compartirlos con alguien.

Colette encogió los hombros, sus ojos azules eran enfatizados por un vestido del mismo tono.

—Supongo que estoy un poco dudosa acerca del matrimonio —admitió y puso una cara irónica—. Sin embargo, lo hice, Raine… le dije a Dave que me casaré con él, sólo que será hasta dentro de un año todavía.

Raine levantó la vista de un pan tostado con mantequilla y se quedó boquiabierta.

—¡Felicitaciones! —expresó con el rostro iluminado. Pero Colette no se hallaba excitada.

—A veces quisiera que él hiciera lo que Colt hizo contigo… que me arrebatara y terminara con el asunto —comentó pensativa—. Entonces no tendría tiempo de que se me enfriaran los pies. ¿No es eso una cobardía? Sin embargo, me alegro de que todo esté funcionando bien.

Raine se sentía muy mal al decepcionar así a su amiga. Aun al no decir nada, sabía que estaba despistando a Colette y se alegró cuando la otra chica cambió el tema, por la curiosidad de ver qué había

comprado Raine.

Raine le mostró todo. Había material para cortinas, varias macetas con atractivos diseños. Una pequeña acuarela original de Gorey… una aldea de pescadores en la costa occidental de la isla… y un cochecito de control remoto para Sean.

—¿Qué piensa el amo y señor de este súbito capricho de mejorar el nido de amor? —preguntó Colette riéndose. Su poco exacta descripción de la nueva casa de Raine hizo que ésta sintiera un agudo dolor. Pero a pesar de ello sonrió.

Los ojos azules la estudiaron.

—Lo amas mucho, ¿verdad?

Estúpidamente, sintió deseos de llorar… una presión en la garganta y asintió, demasiado abrumada para hablar. Sí, lo amaba, pensó. Demasiado. Y sabía que sólo podría soportarlo mientras Colt no se enterara.

Al dejar a Colette, terminó de hacer sus compras y recogió a Sean en su nueva escuela, lo condujo a la fiesta de cumpleaños de un compañero, donde, como el día siguiente era sábado, pasaría la noche. Cuando, afuera de la casa de su amigo, Raine le entregó el auto que le compró, los ojos del pequeño brillaron con deleite.

—¡Es igual al de papá! —sonrió triunfante y Raine lo besó, conmovida por el evidente orgullo por su padre.

—Sí, como el de papá —susurró, con la garganta apretada y, al observarlo entrar con su nuevo juguete bajo el brazo, sabía que no podría amarlo más si fuera su propio hijo.

De regreso a casa, dio los toques finales a las nuevas cortinas de la sala y las colgó, retrocediendo para admirar el efecto que el suave color de rosa creaba en la habitación. Le añadía calor, al contrario del insulso color crema de las anteriores y complacida con sus esfuerzos, se sentó a escribir una breve carta a sus padres, sabiendo que estarían esperando noticias suyas. En su carta no había indicio de sus problemas, simplemente les dejaba saber que se estaba estableciendo. Y después, con un súbito y loco impulso de oír la voz de Colt, le telefoneó a la marina, ostensiblemente para preguntarle a qué hora llegaría a la casa.

—Me temo que Colt ha estado en reunión con la señorita Day desde la hora de la comida y dijo que regresaría tarde —fue la respuesta de Sheila—. ¿Quieres dejarle un recado?

No dejó ninguno y, dándole las gracias, colgó, experimentando un acceso de ridícula emoción. Así que Jocelyn Day estaba de nuevo en la isla. Y a juzgar por su acostumbrada actitud hacia Colt, Raine apostaba su vida a que la otra mujer no permitiría que las discusiones descansaran solamente en los negocios. Sabía que era tonta, pero no podía remediar que los celos la carcomieran. Después de todo, Colt era un hombre viril y saludable y ella no había sido demasiado generosa con sus funciones conyugales. E iba a llegar tarde.

Sacudiéndose sus desagradables pensamientos, decidió salir a correr hasta la granja y volvió, se preparó un bocadillo cuando regresó y subió a darse una ducha.

Apenas se había desvestido cuando escuchó que un auto se detenía afuera y su corazón perdió un latido. ¡Colt! Si era él, entonces había olvidado su llave, se dio cuenta momentos después, cuando sonó el timbre de la puerta.

No había nadie más, pues la señora Bisson había salido ya, así que se echó encima un *négligée* de satén color crema y bajó a abrir la puerta.

Timothy estaba ahí, apoyándose pesadamente en su bastón; las sombras de la noche en el porche enfatizaban la cicatriz de su mejilla, haciéndolo verse casi siniestro.

—Bien… —murmuró. La sonrisa que se extendió por su rostro hizo que Raine se sintiera incómodamente consciente de su ropa ligera—. ¿Estoy interrumpiendo algo… personal? ¿O le gustas así a mi hermano para estimular su apetito antes de la hora de irse a la cama?

Resentida, Raine lo miró, deseando que hubiera sido cualquiera menos Tim.

—¿Qué quieres? —demandó, con ojos cautelosos.

Timothy chasqueó la lengua con desaprobación, alisando su rubio cabello.

—Ese no es un saludo muy amistoso para tu nuevo cuñado —comentó con una mueca—. Sucede, que parece que me perdí de besar a la novia.

—¡No te atrevas! —sus manos volaron a empujarlo como si la hubiera besado, pero en lugar de eso él la eludió, entrando en el vestíbulo.

De una mirada, notó las nuevas plantas y cuadros. Su boca se torció con irónica aprobación.

—¿Dónde está Colt?

Bajo ese acostumbrado despliegue de arrogancia, ella percibió que Tim parecía nervioso y su pecho se levantó al sentirse ella misma tensa.

—No está aquí —lo dijo automáticamente; luego deseó no haberlo hecho cuando vio la sorpresa y el súbito brillo que iluminó los ojos de Tim. ¿O era alivio?, se preguntó, dándose cuenta de que él había estado bebiendo.

—¿Oh? —había entendimiento en esa única sílaba—. ¿Ya está trabajando tarde? Eso es muy justo para su nueva esposa —la miró con lujuria—. Está bien que haya venido, ¿no?

Raine se mantuvo en su lugar al acercarse él, ocultando su incomodidad.

—No, no lo es. Y si no te importa, Tim, agradecería que te fueras.

Él encogió los hombros, cojeando hacia la puerta y Raine respiró con alivio, el cual se convirtió al instante en aprensión, al verlo usar su bastón para cerrar la puerta.

—¿Qué haces? —el color subió en sus pómulos y sintió un poco de miedo cuando él regresó a ella.

—¿A qué hora volverá Colt?

Raine tragó saliva, apartándose de él y fue detenida de improviso por la perilla de madera contra su espalda.

—Pronto —alardeó, sin tener idea de cuándo regresaría Colt.

Timothy la estudió, de pie bajo la tenue luz del sol poniente, y pronunció con tranquilidad:

—Eres una mentirosa, no sabes a qué hora volverá a casa ¿verdad? —las rubias cejas se juntaron y susurró con incredulidad—. ¿Las cosas no están funcionando?

Raine había olvidado lo astuto que era Tim. Era el medio hermano de Colt, así que no era sorprendente que compartieran una característica.

—Te gustaría creer eso, ¿verdad? —lo acusó con amargura, aferrándose a la perilla de la puerta inconscientemente. Después de todo, él era la única persona que sabía la razón real por la que Colt se casó con ella y suponía que satisfaría inmensamente el “ego” de Tim saber que el segundo matrimonio de su hermano era una farsa también.

—No, Raine, quiero verte feliz.

La sorprendió tanto su al parecer sincera preocupación que, cuando la tomó por el codo para conducirla a la sala, no se resistió.

—Tenemos que hablar —enfatizó, la hizo volverse frente a la enorme chimenea de mármol blanco—. No quisiste verme después… que sucedió —titubeó y Raine se encogió, sabiendo que se refería a su rompimiento y al accidente—. Colt cree que yo venía aquí aquella noche a contarle mis penas —continuó Tim, su voz de pronto era ronca—, pero yo sabía que él estaba en Inglaterra. Yo venía a ver a Stephanie, borracho como estaba, a decirle que todo había terminado entre nosotros. Yo ya le había telefoneado a ella para decirle que venía en camino —levantó la vista y miró las nuevas cortinas rosas—. Creo que ella sabía a qué venía yo, porque se molestó y quería ir a mi apartamento… probablemente a tratar de disuadirme de que termináramos nuestra aventura. Creo que allá era a donde se dirigía cuando di vuelta y me estrellé contra su auto esa noche. ¡Pero nunca quise que eso sucediera! —con un profundo gruñido agonizante, escondió el rostro entre sus manos, su bastón colgaba de sus dedos.

Sorprendida por este súbito estallido, Raine se mordió los labios, sintiendo una oleada de piedad por él.

—No quise saber nada al principio —continuó Timothy, pasándose los dedos por el rostro—, pero ¡Dios!, ¡ella era tan persuasiva! Cualquier hombre se hubiera resquebrajado bajo la presión… aunque no espero que Colt entienda eso. Él tiene una voluntad de hierro —sus rasgos se torcieron cuando continuó—. Ella en realidad no me prefirió a mí en lugar de Colt —su tono era de burla de sí mismo—. Cualquier hombre hubiera servido. Colt necesitaría haber sido un semental para satisfacerla. ¡Estaba enferma, Raine! Y me dejé llevar… arruiné las cosas para nosotros y la vida de Colt… —se interrumpió, su voz se resquebrajó y volvió la cara a otro lado.

Increíblemente, Tim lloraba, carcomido por el remordimiento por lo que había hecho. Y esta vez, abrumada por la piedad, Raine no pudo evitar extender los brazos hacia él y tocar levemente su manga con los dedos.

Como si ese pequeño gesto de ella fuera todo lo que necesitara, la tomó en sus brazos, enterrando su rostro en la suavidad de su cabello. Su cuerpo se estremecía por fuertes e incontrolables sollozos.

Era como un niño, pensó Raine, débil y vulnerable y se preguntó en ese momento qué era lo que la había atraído hacia él. Pero la piedad

que sentía por Tim hizo que, sin pensarlo, lo rodeara con sus brazos y acariciara su cabello como hacía a veces con Sean cuando estaba perturbado. Pero era por Colt por quien sentía compasión mientras confortaba a su hermano.

Así que Stephanie estaba enferma, reflexionó, con el corazón rasgado por la infelicidad que debió sufrir Colt a causa de ello… lo sentía tanto por él que en ese momento casi se olvidó de Tim.

De pie en la suave luz vespertina, sintió que el cuerpo de Tim se ponía rígido y supo por qué, al instante en que él se separó repentinamente de ella.

—¿Qué dem…? —Colt se hallaba en el umbral, con los ojos relampagueantes y el rostro sombrío—. Lárgate —exclamó con los puños apretados mientras se acercaba a su hermano—. ¡Lárgate de aquí, Tim, o te romperé todos los huesos!

El rostro de Tim estaba blanco por la sorpresa, se dio cuenta Raine, temblando, porque Colt parecía aniquilador. Pero Timothy no iba a quedarse a ver si cumplía su amenaza.

Tropezándose, cogió su bastón y con notable velocidad se apartó del camino de su hermano. La sangre de Raine parecía haberse congelado cuando escuchó que la puerta se cerraba.

—¿Qué demonios estaba haciendo aquí? —gruñó, su pecho se elevaba con pesadez bajo la camisa de seda blanca—. ¿Fue por eso que me llamaste?—sus ojos eran duros, severos—. Oh, sí… Sheila dejó un mensaje en su libreta —interpuso, explicando la silenciosa pregunta de ella de cómo lo había averiguado—. ¿Qué hacías? ¿Confirmando a qué hora vendría yo a casa para poder pedirle a tu amante que viniera?

El rostro de Colt estaba enrojecido por la indignación y sus ojos la acusaban.

—¡No seas ridículo! —un intenso rubor se acentuaba en sus pómulos y se dio cuenta de que no sabía por qué había ido Tim—. Yo no lo invité a venir aquí.

—¡Pero te echaste en sus brazos! —gritó él. Su acusación le dolió y le disgustó que pudiera pensar eso de ella. Se apartó de él y corrió escalera arriba para huir de su furia. Su estómago se agitó cuando escuchó sus fuertes pisadas siguiéndola—. ¡Oh, no, no lo harás! —ante la puerta de su dormitorio, la tomó por el brazo, sus rasgos eran una tensa máscara al mirar la indignada belleza de ella—. Quiero una

explicación por la escenita de allá abajo ¡y la quiero ahora!

Los ojos de Raine relampaguearon con furia desafiando su orden.

—No te debo nada, Colt —exclamó con frialdad—, y si tratara de explicarte, no me creerías. ¡Estás tan corroído por querer ajustar cuentas con Tim, que todo lo que te interesa es lastimarlo a él y a mí en el proceso! —entró en la habitación, abrió un cajón y seleccionó ropa interior limpia para después de ducharse—. ¿En realidad piensas que me habría casado contigo si hubiese querido tener una aventura con *él*?

—¿Por qué no? —su tono estaba matizado de frío escepticismo mientras avanzaba hacia ella—. ¡He aprendido de la manera dura a no confiar nunca en los motivos de una mujer!

—*¡Pero yo no soy Stephanie!* —exclamó, enfrentándolo. La dura chispa de los ojos de Raine competía con el destellante ámbar de los ojos de Colt. Y sin embargo, había una apariencia de dolor en él que parecía estrujar el corazón de Raine, en tanto se alegraba de que Sean estuviera fuera de la casa, para que no pudiera oír lo que se gritaban —. Dios, Colt, ¿qué clase de opinión…? —se interrumpió cuando los dedos de él sé cerraron en su muñeca, evitando que cerrara el cajón, mientras con la otra mano tomaba una caja de cartón puesta con descuido entre su ropa interior.

—¿Mi esposa me pidió que no la tocara y, sin embargo, está tomando pastillas anticonceptivas?

Lo que había en la mente de Colt era obvio por la áspera contorsión de sus facciones y Raine admitió lo que parecían las cosas.

—Había razones —murmuró ella; su voz era de pronto humilde y pasó la lengua sobre su labio superior, sabiendo que nunca podría dar una explicación satisfactoria.

Colt levantó su ceja dorada y un músculo tiró de su mandíbula.

—¿Qué tipo de razones, Raine? —su voz era peligrosamente baja e hizo un ademán hacia ella. Raine apretó su ropa contra su pecho, retrocediendo. ¿Pero qué podría decir? “¿Te quiero tanto que si tratas de hacerme el amor no podré detenerme y quise estar a salvo?” ¿Cómo podría explicarle eso?

Y de pronto, su temperamento explotó a causa de su frustración y por la situación entera, el inútil deseo y el anhelo sin esperanza por su amor. Y, deseando herirlo tanto como ella lo estaba por dentro, manifestó con imprudencia:

—¿Qué sucede, Colt? —con los ojos heridos y sombríos—. ¿No puedes aceptar la idea de perder dos esposas con el mismo hombre?

Tan pronto como vio el modo en que la sangre desapareció del rostro de Colt, deseó no haberlo dicho, pero era demasiado tarde. Horrorizada consigo misma, trató de apartarse y dejó escapar un pequeño grito cuando él la atrapó. Sus dedos magullaban dolorosamente la suave piel de la joven.

—Tú, pequeña…

Perra, pensó Raine que la había llamado. La respiración y las palabras se perdían en el fiero calor de su emoción. La arrojó de él, hacia la suavidad de la cama.

—¡Colt, no! —fue una angustiada súplica a Colt, quien se inclinaba sobre ella. La expresión de él era inexorable, y su respiración fuerte y controlada.

Raine levantó la vista hacia él, temblando y sin aliento, sabiendo que si él daba salida a su indignación ahora, sería del modo más humillante. Y qué tan cerca estuvo de hacerlo, no lo sabía, porque, para su sorpresa, algún vestigio de ese tremendo control que tenía Colt, lo hizo apartarse de ella, y unos cuantos momentos más tarde escuchó el golpe de la puerta al cerrarse y luego su auto que se alejaba.

Capítulo 9

Raine despertó la mañana siguiente con dolor de cabeza y, después de levantarse, descubrió que Colt no había vuelto a casa. No había dormido en su cama y se preguntó dónde se habría quedado. ¿Con Jocelyn Day? No podía soportar esa idea y no era consuelo aceptar que, si lo había hecho, era probable que ella misma lo hubiera inducido a eso. Era verdad que Colt no se había casado con ella por amor, pero a pesar de eso, siempre la había tratado con respeto y sabía que al menos debía corresponderle de igual manera. El dolor de su rostro cuando ella le arrojó aquellas crueles e insensatas palabras quedaría estampado en su memoria de por vida.

Se vistió mecánicamente con unos *jeans* y un suéter, pues la mañana era fría y bajó a prepararse una taza de café. Extrañaba a Sean y estaba a punto de telefonear a la madre de su amigo para preguntar si ya podía pasar por su hijastro cuando escuchó que la puerta se abría. Se volvió con cada uno de sus músculos tensos por esta temida confrontación, cuando vio a Sean correr adelante de su padre.

—¡Mami! Los pequeños pies lo llevaron hasta los brazos de Raine, quien lo abrazó con fuerza antes de escuchar el agudo:

—¡Sean! —el pequeño se volvió sorprendido hacia su padre, incapaz de comprender la razón tras el severo tono. Y, sin moverse de la puerta, dijo con más suavidad—. Creo que los trabajadores terminaron ayer tu estanque. ¿Por qué no sales a verlo?

Sean emitió un jadeo de excitación.

—¿Y tú, mami? —preguntó tirando de la mano de Raine.

—No. *Mamá* se queda aquí —el cortante modo en que enfatizó el título, le aseguró a Raine lo incompetente que él pensaba que era para llevarlo. Al correr Sean, ajeno a la animosidad entre su padre y su madrastra, salió al patio.

La luz que provenía de la ventana era de un color gris tormenta, dibujando líneas a través del rostro de Colt. Su cabello se hallaba despeinado por el viento y sus ojos, sombríos por el desdén. Raine lo miraba con una silenciosa súplica, que resultó inútil, al pasar él frente a ella y subir la escalera.

—¡Colt, espera! —no podía soportarlo… esta actitud fría, glacial hacia ella, este antiguo desprecio era mil veces peor de aceptar ahora

porque ella lo amaba con locura. El dolor pareció torcer sus entrañas y corrió tras él—. ¡Colt, espera, por favor! ¡Tenemos que hablar!

—No lo creo —las palabras negativas le fueron arrojadas sin que él se molestara siquiera en volverse.

—Colt… por favor —estaba desesperada ahora. Preparada para hacer o decir cualquier cosa que le devolviera su respeto. Sin aliento, lo siguió hasta su dormitorio. Él se había quitado la chaqueta y estaba sacando una camisa limpia de un cajón.

Raine tragó saliva.

—Lo siento —fue todo lo que pudo decir con voz baja y trémula.

Colt la miró con dureza mientras cerraba el cajón, levantando la ceja con desprecio.

—¿Por qué? —su tono era abrasivo—. ¿Por ser la segunda señora Falloner que actúa como prostituta con mi hermano?

La respuesta de Colt fue como un latigazo y la hizo parpadear. Lo observó ir hacia el baño adyacente. Los delicados rasgos de ella estaban más pálidos que de costumbre contra el impresionante contraste de su cabello rojizo.

—¡No fue así! —exclamó y, cuando él no respondió, caminó hacia la puerta del baño. Colt se estaba quitando la camisa, dándole la espalda. Temblando, Raine murmuró—. Colt… no he dormido con Tim.

Colt giró en redondo, con su bronceado pecho desnudo.

—Pero intentabas hacerlo.

Por supuesto, las pastillas que había descubierto.

—No.

Se estaba poniendo una camisa blanca de manga corta, pero la afirmación de ella lo detuvo. Por primera vez Raine notó las ojeras bajo los ojos de Colt, por primera vez notó lo tenso que estaba.

—Así que —razonó él con las manos sobre las caderas, acercándose a ella—. Soy admitido en tu cama, siempre que no contamine ese encantador cuerpo tuyo embarazándote, ¿verdad?

Raine no podía mirarlo, herida por la dureza de su voz, cuando había esperado… ¿qué? ¿Ternura a causa de su afirmación? No sabía, pero su corazón gritaba: ¡*Tendría tantos bebés como quisieras si sólo me dijeras que me amas!*

Él la tomó por la barbilla, inclinando el rostro ruborizado de Raine hacia el suyo; ella cerró los ojos, temerosa de la emoción que la

abrumaba, pues estaba demasiado consciente de él. De su aroma familiar. Y por un momento, ella casi imaginó que esa fuerte mano temblaba. Pero entonces, de pronto, el teléfono comenzó a sonar.

Raine no tenía que mirarlo para saber que él no contestaría, pero después de un momento, Colt rodeó la cama y levantó el auricular.

Raine dedujo que era alguien de la oficina, al escuchar las respuestas cortadas de él y supo que, aunque era sábado, había personal de guardia.

—Tengo que salir —murmuró al volver a ella, abotonándose la camisa—. Pero tienes razón —había una extraña inflexión en su voz —, tenemos que hablar —mas hizo evidente que no intentaba hacerlo en ese momento, porque tomó su chaqueta y salió, dejando a Raine más infeliz de lo que estaba antes.

En un intento por distraerse, salió a buscar a Sean, pensando que un poco de aire y un juego de *frisbee* la harían sentir mejor. Pero el viento era demasiado fuerte y la violencia del mar en la bahía la hizo estremecerse, así que después de unos cuantos momentos recuperó él *frisbee* y llevó a Sean hacia la casa.

El teléfono sonaba de nuevo cuando llegó al vestíbulo y al responderlo, se alarmó al escuchar a Ruth preguntando ansiosamente por Colt.

El angustiado gruñido de la señora cuando Raine le dijo que no estaba, hizo que la joven preguntara.

—¿Sucede algo?

—Sí —respondió Ruth y el estómago de Raine dio un vuelco; su mente imaginaba toda clase de cosas—. Timothy me telefoneó anoche y me pidió que fuera —explicó Ruth con rapidez—. Parecía a punto de estallar —hizo una pausa, como si vacilara en seguir adelante. Y luego continuó—: Te lo voy a decir, Raine… Timothy vino al continente hace una semana más o menos, y nos dijimos algunas verdades. Traté de hacerle ver la equivocación que había cometido con Stephanie… que no ayudaba a nadie seguir con celos inútiles y animosidad contra su hermano. Pensé que había desperdiciado mi aliento, pero creo que debe haber tenido algún efecto porque me dijo que había venido la noche anterior a ver a Colston para tratar de hacer las paces, pero que él no estaba. Dijo que esperaba poder lograr que tú convencieras a su hermano de lo terrible que se siente, cuando Colston llegó y tuvo una idea equivocada de ustedes dos al verlos

juntos y prácticamente lo echó de la casa —el calor encendió las mejillas de Raine al recordar la amarga discusión que siguió, pero al menos ahora sabía por qué Tim había ido, lo que estaba atrás de ese sorprendente cambio en él la noche anterior era… ¡Ruth! Ahora se daba cuenta por qué le había parecido aliviado cuando ella dijo que estaba sola.

»Dijo que no podía soportar que Colston no lo perdonara —escuchó decir a la otra mujer—, y en realidad, pienso que la culpa lo ha desgastado, Raine. Y a riesgo de parecer una madre parcial… creo que ese ha sido el problema… el porqué se ha comportado de ese modo desde el accidente… la culpabilidad.

Mentalmente, Raine tuvo que admitirlo. Y sabía que su suegra no trataba de disculpar a Tim.

—De cualquier modo —continuó—, volé esta mañana, pero no hay señales de Tim y tengo la horrible sensación de que puede hacer algo estúpido.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Estaba muy deprimido anoche —la breve declaración de su suegra hizo que Raine frunciera el ceño—. Hay un vaso y una botella de whisky casi vacía sobre la mesa del comedor —continuó Ruth. La preocupación por su hijo era evidente en su voz—, así que es obvio que estuvo bebiendo. ¡Y acabo de hablar con su casera y me dijo que lo vio salir en su auto hacía media hora, tirando de su bote!

—¿Qué? —apretó el auricular con ambas manos y volvió el rostro hacia la ventana. El viento agitaba los árboles de la entrada y aun en el interior de la casa podía escuchar la fuerza del mar chocando contra la bahía. Tim era un experto marinero, pero un pequeño bote tendría poca oportunidad con ese tiempo.

Un miedo helado se apoderó de ella. Tal vez en su perturbado ánimo, era lo que estaba esperando, pensó estremeciéndose.

—Tenemos que localizar a Colston —la urgente declaración de Ruth cortó los escalofriantes pensamientos de Raine—. ¿Adónde es probable que esté? ¿En la granja?

—No, él… está en la oficina —recordó. A pesar de sus problemas, sabía que debía ofrecerse a llamarlo ella misma. Ruth estaba obviamente afligida y Raine no podía permitirle manejar esto sola—. No te preocupes… me pondré en contacto con él —aseguró a Ruth consolándola, aunque los músculos de su estómago se apretaron unos

momentos más tarde cuando marcó el número de la oficina—. ¡Colt! Es Tim… —comenzó al escuchar su profunda voz y con consternación se dio cuenta que, después de lo que él vio la noche anterior, era probable que interpretara mal su preocupación por su hermano.

Pero estaba tan preocupada por Tim y sabía que no había tiempo para preliminares. Brevemente, le explicó acerca de la llamada telefónica de Tim a su madre… Contuvo el aliento a media frase porque Colt no decía una palabra; el tenso silencio al otro extremo de la línea era tan palpable que casi podía tocarlo.

—Ruth piensa que él pudiera estar borracho… y dice que los vecinos lo vieron sacar el bote…

—¿Con este tiempo? —la incredulidad atrás de la aguda exclamación de Colt, le aseguró lo que ella ya sabía. Cualquier marinero debería estar medio loco para intentar navegar en un tiempo como ese—. ¡Maldito estúpido idiota! ¿Hace cuánto que salió?

Ansiosamente, Raine puso una mano en su sien. Luego recordó lo que Ruth le comentó:

—Alrededor de media hora —contestó, y escuchó a su esposo maldecir de nuevo en voz baja—. Colt… —comenzó ella tentativamente, luego, su estómago se revolvió—. Lo que viste anoche… no fue nada. Tim lo lamentaba… estaba perturbado por lo que había hecho. En realidad estaba llo…

—¿Llamaron a los guardacostas? —su dura interrupción le indicó que no deseaba discutir acerca de la noche anterior y Raine se encogió, sintiendo como si la hubiera abofeteado. ¿Así que todavía no la perdonaba?

—No —murmuró, sintiéndose enferma y deseando patearse por no haberlos llamado ella misma—. Primero quise pedir tu opinión.

—Entonces llámalos ahora —de pronto él estaba a cargo—. Manejaré las cosas desde aquí.

La boca de Raine se secó.

—¿Qué vas a hacer?

—Iré a buscarlo. ¿No es eso lo que quieres?

Su lacónica y cortada respuesta confirmó los temores más profundos de Raine, e ignoró la acusación implícita en su pregunta. Sus nudillos se pusieron blancos al apretar el auricular.

—¡No, Colt!

Pero la línea estaba muerta. Desesperada, Raine sabía que no podía

haberlo detenido aunque hubiera tratado. Tim era su medio hermano, no importaba lo que hubiera hecho, e instintivamente sabía que Colt no se habría quedado quieto y dejado el rescate a los guardacostas. El propio barco de Colt, el *Cassandra*, estaba anclado en la marina, así que era probable que lo abordara. No podía evitar sentir miedo. Colt era un marinero extremadamente hábil, pero había rocas traicioneras, además del viento y la furia del mar ese día, y las corrientes alrededor de las Islas del Canal podrían ser fatídicas aun con el mejor tiempo. Raine palideció, su ceño se frunció por la preocupación. Suponiendo que algo le sucediera a Colt…

Sabiendo que no podía quedarse sentada a esperar, Raine fue en busca de Sean y de la señora Bisson, encontrando a ambos en la cocina. Les explicó que tenía que salir por un rato. Se echó un anorak sobre el suéter y los *jeans* y se puso en marcha hacia el embarcadero, esperando que, si Colt encontraba a Tim y todo andaba bien, volvería con el *Cassandra*.

El viento le rasgaba la cara cuando ella bajó del Fiat y cruzó el estacionamiento de Island Marine. Un súbito aguacero balanceaba los botes en sus amarras; el crujido de la madera y el latigazo de las olas contra el muro de la bahía la hicieron consciente de la amenazadora fuerza del mar contra la del hombre. Y Colt estaba allá fuera en algún lugar…

Trató de no imaginarse en qué situación estaría él en ese momento; su mirada involuntariamente se dirigía al desolado horizonte.

En un momento de debilidad, Raine sintió una fuerte urgencia de llorar. Había querido decirle a Colt por teléfono que lamentaba lo que dijo la noche anterior, que lo había dicho desesperada por su amor. Pero él no estaba de humor para escucharlo, lo cual era probablemente culpa de ella y sabía que, si algo le sucedía allá, nunca se lo perdonaría.

Conteniendo las lágrimas, entró en el edificio y le dijo al guardia de seguridad en la recepción quién era, que estaba esperando al señor Falloner y que le gustaría llegar a su oficina. El hombre accedió de inmediato, obviamente complacido por ayudar a la esposa del director, incluso le llevó una taza de café y conversó con ella unos instantes antes de regresar a sus deberes.

Raine terminó su café y se quedó mirando por la ventana,

sintiendo un escalofrío al observar el turbulento mar gris arrojar rocío al muelle. Sus ojos buscaban señales del barco, y sus oídos estaban atentos a cualquier sonido que le indicara que Colt regresaba.

Y luego lo escuchó: el desgarrador sonido de la sirena de una ambulancia en el lado opuesto de la bahía. No podía ver nada, porque la bruma era muy espesa en ese momento, pero sin pensarlo corrió afuera de la oficina y escalera abajo… sin molestarse en esperar el ascensor… sorprendiendo al guardia de seguridad al pasar frente a él hacia su auto.

¿Habría Colt encontrado a Tim? ¿Habría llamado él a la ambulancia desde el barco? ¿O sería la respuesta a un mensaje enviado por el bote salvavidas desde algún lugar del mar?

Al poner en marcha el auto, la sangre se le heló al considerar si se trataba de lo último. Tal vez el *Cassandra* estaba en dificultades. Quizá Colt y Tim…

Sofocó un pequeño sollozo y trató de sacudirse esas ideas negativas, manteniendo su concentración en el camino. Y de pronto, al dar vuelta a una esquina, pudo ver la luz intermitente de la ambulancia cerca del muelle. El bote salvavidas estaba ahí, también, y dio un breve grito de alivio al ver el barco flotando al lado.

¡Oh, Colt! Las lágrimas escaparon de sus ojos y las limpió con impaciencia, pisando con fuerza el acelerador. Así que Colt estaba a salvo. ¡Gracias a Dios! ¿Pero estaría Tim herido… o algo peor? ¿Sería por eso que pidieron la ambulancia? ¿O sólo una preocupación en situaciones como esa?

No podía soportar pensar en cuáles podrían ser las respuestas y tuvo que sofocar otro sollozo, orando en silencio. *¡Por favor, que todo esté bien!*

Detuvo abruptamente el auto al pasar la ambulancia. Salió y corrió, empujando a la multitud que se reunía para ver qué estaba sucediendo.

—¿Qué es? ¿Qué sucedió? ¡Díganme qué sucedió! ¡Soy una parienta! —se aferró de la manga de un guardacostas que pasaba, con el rostro enrojecido y los ojos ansiosos—. ¿Dónde está el señor Falloner? ¡Dígame!

El rostro curtido del hombre era severo.

—Hubo un accidente casi trágico. Me temo que el señor Falloner está en mal estado.

Raine palideció, tratando de quitarse el cabello de los ojos. Y un pensamiento cruzó por su mente, haciéndola demandar con urgencia.

—¿*Cuál* señor Falloner?

Pero el hombre se apresuraba a ir hacia el bote salvavidas; era obvio que tenía cosas más importantes que hacer que hablar con ella.

Se refería a Tim, por supuesto, le aseguraba la lógica. No es que quisiera que le sucediera algún daño, tampoco, pero el hombre había dicho casi trágico. Así que estaba todavía vivo. ¿Pero dónde estaba Colt? ¿En la ambulancia con su hermano? ¡Oh, Dios! ¿Por qué no podía encontrarlo?, se preguntaba, mirando frenéticamente a su alrededor.

—¡Colt! —estaba desesperada por encontrarlo. Corrió hacia el bote salvavidas, su respiración entrecortada le lastimaba los pulmones. Tal vez estaba con el guardacostas. ¿Por qué no había nadie a quien preguntar? Y de pronto una fuerte mano la detuvo.

Dio vuelta y miró al hombre alto con una mezcla de alivio y decepción en el rostro.

—¡Jack! ¿Qué sucedió? —¡al menos *él* le diría!

—El barco de Timothy Falloner encalló —afirmó y, al ver el rostro pálido de Raine, agregó—. Pero va a estar bien, no te preocupes.

—¿Y Colt? —preguntó Raine, aliviada al saber que el estado de Tim no era tan serio como había temido—. ¿Dónde está Colt? Tengo que verlo.

Al tratar de encaminarse al muelle, el brazo de Jack la detuvo.

Raine lo miró interrogante.

—¿Qué sucede? —preguntó conteniendo el aliento. Sus ojos eran dos pozos oscuros de ansiedad al notar la grave expresión de él.

—Temo que está herido, Raine… está bastante mal —titubeó Jack —. Es por eso que enviaron por la ambulancia.

—No —fue un susurro de negativa—. ¿Cómo? ¿Cómo fue herido?

—Salvando a su hermano —Jack miró los ojos esmeralda y deslizó un brazo alrededor de los hombros de Raine—. Timothy estaba pataleando contra la corriente cuando lo alcanzamos —continuó él—, y no pudo alcanzar el cinturón salvavidas ni la cuerda que le arrojamos. No podíamos acercarnos más o el *Cassandra* se hubiera despedazado, así que Colt se lanzó al agua para salvarlo —había un profundo respeto por Colt en la voz de Jack Hardwicke y en sus ojos —. Dios sabe cuánto luchó contra esa corriente y para mantener a su

hermano a flote también, pero lo hizo. Y Tim sentía pánico, también, así que eso hizo las cosas más difíciles para él. De cualquier modo, cuando Colt trajo de regreso a Tim, yo pude sostenerlo, pero entonces el *Cassandra* se movió y golpeó a Colt. Lo dejó inconsciente y yo no podía alcanzarlo. Si el bote salvavidas no nos hubiera encontrado cuando lo hizo… —encogió los hombros, tratando de no pensar en lo que habría sucedido y como los pensamientos de Raine siguieron la misma línea, no pudo controlar las lágrimas que, hasta entonces, había reprimido.

Así que Colt había arriesgado su vida para salvar la de su hermano, a pesar de todo, pensó llena de admiración por su esposo. Y si no fuera el poderoso nadador que era— si el bote de rescate no hubiera llegado…

Se estremeció.

—Debo verlo —pronunció desolada, tratando de recobrar la compostura.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Jack con gentileza.

—No, estaré bien, gracias —Raine pudo esbozar una débil sonrisa para el segundo al mando de Colt—. ¿Estabas en la oficina? —preguntó entonces.

Jack asintió, pasando una mano por su cabeza.

—Colt no quería que nadie más fuera con él, pero yo insistí… bajo la amenaza de ser despedido —hizo una mueca—. Sabes, tienes un esposo muy testarudo.

Raine esbozó otra débil sonrisa.

—Sí, lo sé —aceptó. Testarudo y valiente, también. Y en ese momento todo lo que quería era estar con él. Decirle cuánto lo admiraba por lo que había hecho, cuánto le importaba…—. Me alegro que estuvieras allí —murmuró a Jack—. Si no hubieras estado, Tim podría no haber sobrevivido —automáticamente, miró hacia el muelle —. ¿Dónde está él? Si la ambulancia vino por Colt…

—Tim fue con él. Estará bien —su tono despectivo hacía patente que él consideraba que Tim había puesto a todos en gran riesgo—. No creo que él sufra más que una conmoción.

No la tenía. El hospital lo confirmó tan pronto como Raine llegó, pero le dijeron que Colt todavía era atendido.

—Hay algunas sillas afuera de su habitación —informó una joven enfermera—. Puede esperar ahí si quiere, hasta que el doctor diga que

puede entrar.

Raine se lo agradeció. Telefoneó primero a Ruth para mantenerla informada. Luego, por instrucciones de la enfermera, siguió un laberinto de corredores hasta que encontró el ala privada donde se hallaba Colt, y se desplomó sobre una de las sillas de afuera.

¿Qué tan grave sería su herida? La idea continuaba girando en su mente, porque nadie en la recepción parecía saberlo.

¡Oh, Dios, permite que esté bien!, imploró con cada fragmento de su amor por él y prometió que tan pronto como pudiera hablar con él le confesaría su amor. Y de pronto, comenzó a llorar de nuevo… en silencio y muy en privado… hasta que una enfermera salió y le dijo que podía entrar.

Cuando lo hizo, la aparición de Colt la sorprendió. Estaba sentado en la orilla de la cama, no inconsciente como había imaginado, sino muy despierto. Raine lo vio parpadear al moverse; su dolor fue ocultado al instante atrás de una fría máscara cuando levantó la vista y la vio.

Ninguno habló por un momento; sólo se miraban y Raine sintió una contracción nerviosa en el estómago.

—Yo… estaba preocupada por ti —expresó un poco sin respiración.

—¿Lo estabas? —su expresión era tan escéptica como su tono, una respuesta que envió una flecha a través del corazón de Raine. —Jack… y el hombre del bote salvavidas… dijeron que estabas en mal estado —respiró, aliviada al ver que no le temblaban las piernas.

—Probablemente estaba yo inconsciente cuando Jack me vio —pronunció con frialdad, amarrando el cinturón de su bala con mano firme—. ¿Estás segura de que el hombre del bote salvavidas no hablaba acerca de Tim? —la miraba fijamente, como para ver alguna reacción—. Él estaba histérico cuando lo aparté de su bote.

—Fue un acto muy valiente —sintió un nudo en la garganta que hizo que su voz se quebrara.

—¿Ya viste a Tim? —no había rastro de emoción en la profunda voz y Raine agitó la cabeza. Todo lo que le preocupaba era cómo estaba Colt, pero no podía decírselo, se sentía de algún modo como si estuviera frente a un extraño.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto, notando cómo parpadeaba él de nuevo al apoyarse contra una montaña de almohadas.

Colt hizo una mueca, pero a excepción de sus vendajes, estaba tan

fuerte y poderoso como siempre.

—No creo que vaya a morirme por un pequeño chichón en la cabeza y unas cuantas costillas fracturadas —declaró secamente—. Sí, estoy perfectamente bien… lo cual es más de lo que puede decirse de ti —su mirada recorrió el cabello despeinado de ella, los ojos hinchados y sus mejillas pálidas. Con una línea entre las cejas, murmuró censurándola.

—Te veo horrible.

—Gracias —contestó Raine simplemente, detectando preocupación en él a pesar de sus propias heridas, aunque no había rastro de cordialidad en sus palabras.

—No podemos seguir así —pronunció él de pronto, inhalando abruptamente.

—¿Qué quieres decir? —interrogó tragando saliva, y se dejó caer en el brazo de madera de la silla, porque ya sabía lo que quería decir.

La boca de Colt era severa al escudriñar los rasgos de Raine.

—Sólo tengo que mirarte para ver lo que te estoy ocasionando… lo que nos estamos ocasionando el uno al otro —dijo con inmenso desprecio—. Ninguno de nosotros puede negar que fue un error desde el principio —admitió él—. No te estoy culpando de nada. Probablemente todo es culpa mía, al precipitar que te casaras conmigo como lo hice. Y por razones puramente egoístas —añadió. Su franca admisión taladró el corazón de Raine—. Cuando salga de aquí —declaró con tranquilidad, alzando los ojos hacia ella—, vamos a tener que hacer algo acerca de ello.

Raine sabía lo que él estaba insinuando, aun cuando, desde el principio, había albergado la mínima esperanza de que pudiera haber un futuro para ellos juntos. Pero, por supuesto, no podría haberlo. Casarse con ella había sido una demostración de Colt de victoria sobre su hermano, una venganza, por haberle quitado a Stephanie.

Bien, al menos él nunca sabría acerca de su tonto amor por él, pensó con un tortuoso intento de indiferencia mientras se ponía de pie.

—Sí —respondió Raine, casi inaudiblemente, y se alegró cuando entró una enfermera en ese momento para anunciar que Ruth Falloner estaba afuera. Tomó la llegada de su suegra como una oportunidad para alejarse de él y que no pudiera ver cómo se le destrozaba el corazón.

Capítulo 10

Raine salió de la casa cuando la última de las vacas dejaba el cobertizo y ofreció una débil sonrisa al hombre alto que limpiaba el patio.

—¿Terminaste, papá?

Él asintió y se puso de pie, apoyándose en su escoba para mirar a su hija. Con la suave camisa a cuadros, pantalones vaqueros y botas, presentaba una figura más delgada, más pálida que la que había escoltado por la nave de la iglesia sólo un mes antes y sacudió la cabeza con desaprobación.

—¿Desayunaste bien esta mañana? —preguntó frunciendo el ceño con preocupación.

Raine murmuró un pequeño sonido de confirmación, esperando que él no verificara con su madre y descubriera lo poco que había comido.

Pero la verdad era que no tenía apetito esos días. Y mirando a su alrededor, se preguntaba por qué la familiaridad de las construcciones de piedra gris, los inclinados pastizales, el olor de la cocina de su madre y el silbido de Nick, no podían hacer nada para calmar la pena de su corazón que, con cada día que pasaba, parecía empeorar.

Recogió un balde vacío y caminó penosamente a través del patio, tratando de no pensar, pero sabía que nada, ni siquiera el rudo trabajo físico, podría sacar a Colt de su mente. Y había sido igual los diez últimos días. Se había agotado mental y físicamente, en un vano intento de olvidarlo; cada noche daba vueltas en su cama en una agonía de anhelo. Y la necesidad por él se volvía más y más insoportable, pensó desesperada, tan abstraída en su infelicidad que no se dio cuenta del silbido de saludo del ayudante de su padre.

En lugar de llenar el balde de agua cuando llegó a la llave, lo dejó en el suelo y caminó hacia el granero, para que nadie viera las lágrimas que le escocían los párpados.

El hecho era que no había hablado con Colt en privado después de aquella mañana en el hospital, ya que Ruth se había quedado con ellos. Durante ese fin de semana, después que él volvió a casa, su glacial cortesía hacia ella, Raine, sólo había reforzado lo que ella ya sabía… que todo había terminado entre ellos. La angustia se agolpó

en su pecho al recordar su fría indiferencia; sin embargo, se preguntaba cómo estaría él. Había estado sufriendo, podría afirmarlo, aquella última mañana cuando él insistió en conducir hasta la oficina. Sólo hasta que estuvo segura de los motivos de Colt para sugerir que Ruth se llevara a Sean a Inglaterra por unos cuantos días, sucedió que, después que se fueron ese día, Raine guardó sus pertenencias y se fue, una hora antes que Colt regresara.

Palideció al recordarlo ahora, odiándose por escabullirse como lo hiciera… demasiado cobarde para enfrentar el último adiós de él… y preguntándose, cómo explicaría su ausencia a Sean. Se preguntaba también qué habría pensado Colt al regresar a casa aquel día y descubrir que ella se había ido. En la breve nota que le había dejado, declaraba que no se opondría al divorcio, que ella no esperaba nada de él. Y no había tenido nada, pensaba ahora. Ni siquiera una llamada telefónica.

Tenía que terminar con este agonizante amor por él o volverse loca, se dijo con firmeza. No eran el uno para el otro. Pero al volver al patio y ver la camioneta del cartero detenerse en la reja, su corazón dio un vuelco con imprudente anticipación. ¿Habría una carta para ella?

—Es para ti, Ojos Brillantes —sonrió Nick y acaso sería por el modo en que sus dedos temblaron al tomar la carta o el súbito rubor en sus mejillas, lo que lo hizo preguntar—. ¿Está todo bien?

—Perfectamente, gracias —hasta pudo sonreír para asegurarle que todo estaba bien, pero su mano temblaba cuando dio vuelta al sobre.

Sintió la decepción como un cuchillo en el pecho. No era de Colt. Era de alguien del extranjero, pero la dirección en Jersey había sido tachada y redirigida a la granja con los fluidos garabatos de su esposo y ese frío e indiferente gesto de su parte le rompió el corazón.

¿Cómo pudo hacerlo? se preguntó con angustia al darse cuenta de lo poco que ella significaba para él y tuvo que reprimir una oleada de emoción al abrir la carta.

¡Raine! ¡Lo hizo! ¡Estoy de luna de miel! El entusiasmo de su amiga le brincó desde la página. *Creo que Dave tenía miedo de que yo cambiara de idea, así que aquí estamos en Venecia. Ahora sé que voy a ser tan feliz como tú. C.*

Aunque agradablemente sorprendida, Raine se esforzó por no derrumbarse por completo al leer el último comentario. Pero no lo hizo, sofocó sus penas y en silencio deseó a su amiga toda la felicidad que ella misma no conoció con Colt.

—¿De quién es?

Escudando sus ojos de la brillante luz del sol, levantó la vista, sorprendida de ver a su padre observándola.

—De Colette —fue todo lo que pudo decir, doblando la carta y tratando de ocultarle su decepción.

John Welland observó a su hija con escepticismo.

—¿No crees que deberías comunicarte con él? ¿Hacer algún esfuerzo por tratar de enmendar las cosas?

Se interrumpió cuando Raine agitó la cabeza y lo vio a su vez sacudir la suya con exasperación.

Estaba segura de que su padre la culpaba por el rompimiento de la relación. Cuando llegó la semana anterior… pálida y humillada, sin tener a dónde ir… y les dijo que su matrimonio había terminado, recordó que su madre había llorado. Se despreciaba por llevarles sus problemas de nuevo. Pero el modo en que John Welland había sugerido que Colt era lo suficientemente maduro para saber lo que hacía cuando se casó con ella, que no parecía ser del tipo que toma los votos matrimoniales a la ligera, implicaba que su padre estaba del lado de Colt, que pensaba que su hija era voluble y, como no podía soportar decirle a él o a su madre la humillante verdad de por qué Colt se había casado con ella, se resignó a dejarles seguir pensando de ese modo.

—Tu madre y yo vamos a ir a la casa de los Yates para ver un par de vaquillas esta mañana —la voz del hombre interrumpió sus atormentados pensamientos—. ¿Quieres venir?

Raine sacudió la cabeza.

—No, gracias, papá, creo que me quedaré aquí —respondió desanimada, incapaz de enfrentar las torpes preguntas que sabía despertaría entre los vecinos su presencia.

Su padre encogió los hombros y se alejó. Unos cuantos minutos más tarde, escuchó que el auto se alejaba.

La mañana era tibia, con una fresca brisa proveniente del mar y mientras vagaba hasta la reja pudo probar el sabor de sal en sus labios. Las vacas pacían y en el dulce viento veraniego llegó el sonido

distante del tractor en los pastizales.

¿Lo era? Hubiera jurado que el sonido provenía del patio, pero estaba demasiado ensimismada en su infelicidad para cuestionarlo, incapaz de dejar de torturarse con pensamientos de Colt.

Había pagado el precio por su ingenuidad, se dijo con crispante aceptación, y ahora todo estaba atrás. Con firme determinación, decidió en ese momento que en un día o dos comenzaría a buscar un empleo en Inglaterra. No sería una carga para sus padres por más tiempo y al menos en el continente estaría lo bastante lejos de Colt a fin de estar segura de que nunca lo vería de nuevo, pensó con dolor, mordiéndose el labio. Y esta vez, cuando probó sal, supo que no era sólo del viento proveniente del mar.

Escuchó que un vehículo se detenía atrás de la reja. Se volvió al darse cuenta a través de la bruma de sus lágrimas que no era el tractor sino un Land Rover lo que había oído. Se quedó helada al reconocer la familiar figura que saltaba de él y se acercaba a ella.

—¡Colt! —su nombre salió de sus labios en un susurro y se quedó como si estuviera arraigada, demasiado aturdida para moverse. Luego, consciente de haber estado llorando, incapaz de enfrentar la humillación de que la viera así y tal vez que adivinara por qué, se volvió y se alejó de él.

—¡Raine! —su urgente orden la detuvo, aunque la chica no se volvió.

—¿Q-qué es lo que quieres? —preguntó trémula, porque él estaba justo atrás de ella ahora y Raine luchaba contra una abrumadora compulsión de volverse a los brazos de Colt.

—Hablar contigo —había una suave persuasión en su voz que la hizo contener el aliento y trató de no recordar cómo aquellos profundos y ricos tonos podían volverla loca por él.

Raine respiró profundamente, implorando fuerza para conducir esa entrevista con algún grado de dignidad.

—¿Acerca de qué? —preguntó sin mirarlo. Pero su voz temblaba y medio enojada, expresó a través de lágrimas que no podía contener—. Te dije en mi nota que no me opondría a un divorcio. ¿Por qué tuviste que venir aquí?

Raine miraba el suelo, viendo sólo una bruma esmeralda y púrpura donde el trébol se mezclaba con la hierba y escuchó decir a Colt con bastante impaciencia.

—Raine… mírame.

No quería hacerlo, pero había una determinación en la voz de su esposo que no podía ser ignorada y con renuencia obedeció.

Colt parecía más delgado bajo la ligera camisa de algodón y pantalones oscuros de pana que vestía. Ella notó que su piel parecía estirada sobre sus pómulos, lo cual, con las líneas de cansancio alrededor de sus ojos, le prestaba una apariencia desvalida. Abstraídamente se preguntó si estaría preocupado por Tim.

—No vine aquí a hablar de divorcio —dijo casi con suavidad y con los ojos fijos en las suaves y pálidas facciones de ella—. Vine aquí para… pedirte que vuelvas.

Una pequeña chispa de esperanza saltó en el interior de la chica.

—¿Por qué? —preguntó con voz temblorosa, con ojos suspicaces y la pequeña llama murió al considerar que habría un buen número de razones para querer que volviera. Como Sean, por ejemplo. Pero al pensar en el niño se le hizo un nudo en la garganta y para ocultar su emoción, murmuró con voz quebrada—. ¿Por qué, Colt? ¿Temes que Tim ría al último si averigua que terminamos?

La ira oscureció los ojos de Colt. ¿Lo era? Él parecía casi dolorido.

—¿Por qué por una vez no aprendes a confiar en mis razones?

Se volvió y comenzó a alejarse con las manos metidas en los bolsillos y un helado y enfermizo vacío se apoderó de ella. Reprimió un sollozo en su garganta y se dio media vuelta para no verlo partir, pensando que estaba preparada para volver con él por cualquier razón que tuviera. Cualquier cosa sería mejor que esa interminable, agonizante tortura sin él. Pero ahora, a causa de ese estúpido comentario, era demasiado tarde.

Lo escuchó cerrar la puerta del Land Rover. Luego, de pronto, lo escuchó pronunciar su nombre y Raine se volvió con el corazón saltando. ¡No se había ido, después de todo! ¡Había vuelto!

Raine lo miraba, perpleja por la oscura emoción en sus ojos, y aún más por la dorada criatura que sostenía en los brazos.

—Sé que es la novia quien regala la ternera, pero voy a romper la tradición —pronunció secamente, yendo hacia ella—, aunque el significado es todavía el mismo. Quiero compartir la vida contigo, Raine. Toda ella. Crear una nueva con nuestros hijos…

Se interrumpió, pues su voz se quebró de algún modo misterioso. Aturdida, ni siquiera se dio cuenta de que él le entregaba el animal

hasta que sintió su tibio cuerpo contra el suyo. Y de pronto comenzó a sollozar, meciéndolo, dejando escapar la angustia en ardientes lágrimas sobre la suave cabeza de la criatura.

—Oh, mi bello, bello amor, no llores —había una tremenda intensidad en la voz de Colt y su abrazo era demoledor. Sus labios depositaban besos sobre la suave seda de su cabello.

Raine no podía comprender por qué Colt hacía eso, decía esas cosas que le rompían el corazón cuando el suyo propio estaba tan desprovisto de cualquier sentimiento real por ella, pero en ese momento no le importaba. Todo lo que quería era estar en sus brazos. Que ese aroma limpio y familiar de él le llenara los pulmones. Pero, tenso, el ternero comenzó a luchar y Colt retrocedió un poco para que Raine pudiera dejarlo ir.

Se retorció sobre sus largas piernas, dio un pequeño resoplido de indignación y se alejó trotando mientras Colt atraía a Raine de nuevo a sus brazos.

—Cuando llegué a casa y descubrí que te habías ido, casi me volví loco —susurró roncamente, abrazándola con tanta fuerza que la lastimaba.

—Pero eso era lo que querías —acusó, perpleja, empujándolo para mirarlo con ojos sombríos y torturados—. En el hospital, dijiste…

—Sé lo que dije —cortó él— pero no pensé que te fueras… así nada más… que me abandonaras. Estaba tan enojado todavía… conmigo mismo… pero el fin de semana decidí que lo que necesitábamos era unos cuantos días a solas para tratar de resolver las cosas. ¿Por qué crees que le pedí a Ruth que se llevara a Sean de regreso a Inglaterra con ella?

—Pero yo pensé… —levantó la cabeza, sus ojos examinaban las dolorosas líneas y ángulos de la cara de Colt—. Pensé que tú querías que me fuera… que ya no me querías ahí. De cualquier modo, no podía seguir siendo un símbolo de victoria sobre tu hermano.

—¿Honestamente, todavía crees eso?

Raine levantó la vista hacia él, mordiendo su labio inferior; ya no estaba segura de qué creer.

—Pero te escuché —le recordó, con la pena traspasándola al recordar su conversación con Tim en el estudio aquel día.

—Lo que escuchaste fue un mero comentario gracioso —afirmó; sin embargo, Raine no estaba segura de qué quería decir—. Tim me

acusó de casarme contigo para ajustar cuentas con él y yo simplemente estuve de acuerdo —al ver la expresión lastimada en el rostro de ella, agregó con impaciencia—. ¡Por amor de Dios, Raine! Si te hubieras quedado ante esa puerta unos cuantos instantes más, ¡me habrías oído decirle que yo nunca había escuchado algo más presuntuoso en mi vida! Que yo no habría desperdiciado tiempo valioso maquinando un plan sólo para vengarme de él. Y que si hubiera querido eso, que no lo quería, no habría arriesgado tu futuro, o el mío, para lograrlo.

Raine lo miraba con los ojos brillantes por las emociones mezcladas que de pronto la atravesaban.

—Pero tú me pediste primero que viviera contigo —murmuró, todavía insegura de él—. No te habrías casado conmigo si yo hubiera accedido a…

—Al principio no… no de inmediato —admitió y con mucha suavidad tomó las manos de ella y la hizo sentarse a su lado sobre la hierba tibia—. Sólo porque no quería apresurarte a hacer algo para lo que no estabas preparada y yo te deseaba tanto que no quería hacer o decir algo que te asustara. Después del modo en que te traté por causa de Tim, cuando tú no eras culpable, pensé que probablemente había arruinado mi oportunidad de tener una relación contigo. Sabía que tenía que dejar que las cosas transcurrieran con suavidad para ti por un tiempo, para que yo llegara a gustarte de nuevo. Cuando averigüé que Tim te había estado llamando y pregunté cuáles eran tus sentimientos hacia él, no quisiste hablar de ellos y pensé que en el fondo todavía lo amabas… que si yo me esperaba, Tim te persuadiría de volver con él. Sabía que te estaba apresurando, aun al pedirte que te fueras a vivir conmigo, pero sabía que no parecería tan impetuoso como pedirte que te casaras conmigo de inmediato. Cuando te negaste, sin embargo, temo que sentí pánico. No podía aceptar el riesgo de perderte con Tim… o con cualquier otro —declaró con una posesividad que hizo que Raine se emocionara—. Consideré que te quería demasiado y por mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, sin respiración por la tibia marea de emociones que fluían a través de ella… porque todavía le costaba trabajo creer lo que él decía. Después de todo, Colt apenas la conocía lo suficiente para quererla por mucho tiempo.

—Cuando te tomé en mis brazos en aquella fiesta hace seis arios

—manifestó, corriendo el dedo por la suave línea de la mejilla de Raine—, sentí como si hubiera sido golpeado entre los ojos con algo. Nunca deseé tanto a ninguna mujer como a ti esa noche.

—¡Pero me ignoraste por completo después! —respondió pasmada; un cálido deseo se agitaba en ella por su contacto.

Al recordar, Colt sonrió, apoyándose en un codo y Raine pensó verlo parpadear.

—Lo sé —declaró—. Pero ya había percibido que tú no eras totalmente inmune a mí y sabía que si no ejercitaba cada onza de control que tuviera, me volvería loco por ti y haría algo al respecto… como romper tu compromiso… cualquier cosa para mantenerte en mis brazos.

Raine encontró su mirada, los ojos de ella grandes y sorprendidos.

—¡Pero amabas a Stephanie! —exhaló perpleja.

—No, Raine —dijo con suavidad—, entonces, no.

—Entonces ¿por qué… por qué estabas todavía con ella? —preguntó incapaz de comprender; su rostro estaba radiante al darse cuenta de que ese hombre podía estar enamorado de *ella*.

Colt encogió los hombros.

—Sólo por Sean. No había otra razón —explicó con un profundo suspiro—. Stephanie era una buena madre, a pesar de todo lo demás… y sabía que si me divorciaba de ella… con mi tipo de trabajo… las horas y los viajes al extranjero… ella tendría la oportunidad de obtener su custodia. Yo estaba preparado para quedarme con ella para que eso no ocurriera. Stephanie no se quejaba. Además, podía tener el lujo a que estaba acostumbrada y el apellido Falloner, y seguir con sus aventuras atrás de un frente completamente respetable —frunciendo el ceño, añadió—: Ella no podía evitarlo, Raine. Era como una enfermedad.

Colt parecía tan apenado, probablemente al recordar la angustia de su primer matrimonio, pensó Raine y colocó una mano sobre su brazo.

—Lo sé —dijo ella con tranquilidad—.Tim me lo contó.

Colt la miró sorprendido.

—¿Lo hizo? —su ceño se arrugó aún más. Luego, con otro suspiro, expresó—. Sí… el pobre tonto estaba hecho para pagar por involucrarse —y, sacudiendo la cabeza, declaró—: Ambos lo estaban —continuó—, no pude hacerme a la idea de hacerle el amor durante

el último año o más, aunque lo deseara y no me sentía inclinado a involucrarme en relaciones extramaritales con otras mujeres, créelo o no, Raine —Colt la miró y la sinceridad, el amor en sus ojos la hicieron sentirse débil—. Pensé que podría soportarlo… siempre que tuviera a Sean y mi trabajo. Pero en la fiesta esa noche, me hiciste darme cuenta… aun cuando eras bastante inocente… de lo que me estaba privando. Creo que si te hubieras casado con Tim, yo hubiera formado una compañía en las Hébridas Exteriores y los habría colocado a ambos ahí, sólo para apartar de mí la tentación —declaró secamente—. O al menos, lo habría ayudado a persuadirte de que te fueras a vivir a Inglaterra con él.

Raine no podía comprender que atrás de ese frío, sofisticado exterior de él, anidaran tales pensamientos acerca de ella aun entonces y un pequeño temblor recorrió su espina.

—Lo ocultaste bien —murmuró ella, maravillándose de su impecable reserva.

—¿Qué más podía hacer? Ibas a casarte con Tim y yo los respetaba a ambos. Luego, cuando lo dejaste plantado… como creía —se corrigió—, y sucedió ese horrible accidente, tuve ganas de estrangularte con mis propias manos.

—Lo noté —murmuró Raine con ironía, acurrucándose contra él. Pero lo vio parpadear de nuevo y se irguió, preocupada—. ¿Te duelen todavía las costillas?

—Sólo cuando me muevo —afirmó, notando la preocupación en los ojos de Raine. Hizo a un lado el tema para decir con suavidad—. ¿Sabes cuándo me di cuenta por primera vez que estaba enamorado de ti? —y, cuando ella sacudió la cabeza—. Cuando estábamos en el auto, saliendo de la casa de Ruth, me percaté, a pesar del modo en que te traté, de que tú habías estado protegiendo mis sentimientos al no decirme la verdad acerca de Stephanie y Tim. Es por eso que no te abrumé con mis disculpas como debí hacerlo… Estaba demasiado conmovido. En consecuencia, no podía creer mi suerte cuando accediste a casarte conmigo. Luego, cuando me acusaste de casarme contigo para ajustar cuentas con Tim, no podía creer que desconfiaras a tal grado de mí. Y lo peor era que yo sabía que probablemente fuera, por culpa mía, por el modo en que te traté al principio.

—¿Pero por qué no me confiaste entonces que no habías hablado en serio acerca de lo que le dijiste a Tim? —preguntó, desconcertada,

deleitándose en la calidez de su cuerpo—. ¿Por qué no me dijiste la verdad?

Colt encogió los hombros.

—Orgullo, supongo —admitió con una mueca—. Cada vez que trataba de explicarlo, no querías escucharme y estaba enojado contigo por pensar como lo hacías.

Y ella no había querido escuchar, lo aceptaba ahora, porque había estado ansiosa por creer lo peor de él. ¡Oh, qué estúpida había sido!

—Esa noche, cuando me fui… cuando te encontré con Tim… —su voz era entrecortada por la emoción—. Pasé la noche en una habitación de hotel pensando… preguntándome cómo podía regresar y hacer que me amaras. Luego, cuando me abandonaste aquél día, pensé que había perdido toda oportunidad para siempre.

¡Y ella pensaba que había estado con Jocelyn Day!

—¡Pero te amo! ¡Siempre te he amado! —admitió abiertamente ahora, apartándose de su fiero abrazo para mirar con ojos brillantes sus fuertes y amadas facciones—. ¿Por qué crees que no quise vivir contigo cuando me lo pediste? Porque pensé que no podría soportar que alguna vez terminaras nuestro romance. Es por eso que algunas veces te dejé pensar como lo hacías acerca de mis sentimientos por Tim… porque estaba tan asustada por lo que sentía por ti… porque creía que a ti no te importaba nada de mí.

—¡Oh, Raine! Si sólo supieras cuánto. Y creo que si yo estaba ansioso por creer que había algo entre tú y Tim era porque no quería aceptar que la razón de que te hubieras vuelto contra mí era principalmente por culpa mía. A propósito, Tim me aclaró las cosas acerca de ustedes dos la semana pasada antes de irse a Londres. Fue a verme para decirme que tiene un apartamento y un nuevo trabajo allá, así que con suerte se recuperará muy pronto —Raine notó el alivio en su voz al hablar acerca de su hermano.

De pronto, Colt se levantó y tiró de ella para que se pusiera de pie.

—¿Y tú? —preguntó con suavidad, acariciando su mejilla con amor, con el dorso de su mano fuerte y tibia—. Pasé diez días tratando de convencerme de que, si volvía a ti, no me rechazarías de nuevo. ¿Bien, querida? ¿Vas a aceptar mi ofrecimiento?

Raine levantó la vista a las fuertes y orgullosas líneas del rostro de Colt y sus ojos brillaron con la profunda emoción que sentía por él.

—¿Tú qué crees? —murmuró con una suave sonrisa.

Los ojos de Colt eran oscuros y ardientes y miraban de la casa desierta a los ojos de Raine.

—Pruébamelo —susurró con una sonrisa.

Un pequeño dardo de excitación la atravesó.

—¿Ahora? —respiró sorprendida y su corazón revoloteó, tiñendo de rosa sus mejillas.

—Ahora.

—Pero no podemos… quiero decir… tus costillas…

—Ahora —ordenó con suavidad, aunque su tono no dejaba lugar a discusión.

Raine sonrió y su cuerpo comenzó a hormiguear con anticipación. Luego, se encogió de hombros y lo condujo obedientemente hacia la casa.

Mucho tiempo después, Raine yacía con la cabeza en la curva del hombro de su esposo, tibia, contenta y satisfecha. Había sido perfecto su acto de amor. Una mezcla de cuerpos y mentes que se habían proporcionado un éxtasis que ella sabía que estaba más allá que cualquier cosa que ambos hubieran experimentado antes. Y soñolienta, pensó en todos esos años en el futuro en que compartirían el mismo éxtasis, otras alegrías, hijos y tal vez unos cuantos problemas, meditó, aunque sabía que juntos podrían soportar cualquier cosa, seguros en el conocimiento del amor del uno por el otro.

Afuera, el ganado mugía con suavidad bajo el sol matinal y recordando, se preguntaba qué diría su padre cuando regresara y encontrara un pequeño ternero de Jersey jugueteando con sus Guernseys. Bien, las explicaciones vendrían después, decidió soñolienta, acurrucándose contra Colt, pero él se movió y se apoyó en un codo, mirando el radiante y ruborizado rostro de ella.

—Pensé que estabas dormida —susurró y acarició sus labios con el pulgar—. ¿Fue satisfactorio?

Él sabía que sí, pero ella sonrió, leyendo el oscuro deseo en los ojos de Colt y sintió una respuesta mutua en ella misma mientras él besaba el pálido marfil de su cuello y hombros.

—Mmm —murmuró Raine, conteniendo el aliento y el contacto de Colt le proporcionó un nuevo apetito por él que la atravesó—. No está

mal —y, un momento antes que la pasión la rindiera por completo, murmuró provocativa—. ¡Para un hombre con las costillas rotas!

Fin